

«Solo aceptando la verdad sobre sí misma,  
podrá acabar aquello que ha empezado».

Paola C.  
Álvarez

# Traiciones ocultas



LM, COOL  
CONNECTED

ABM  
Parking Services

Car Accident?  
Call Attorney K...  
6  
YourLaw... .com

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos](#)

Paola C.  
Álvarez

# Traiciones ocultas

© *Traiciones ocultas*

© 2018 Paola C. Álvarez

© imágenes de cubierta Adobe Stock

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones son pura coincidencia.

ISBN: 9781983222429

Más información en: [www.paolacalvarez.com](http://www.paolacalvarez.com)

*Para lo mejor de mi vida, Ángel y Alejandro.*

# Capítulo 1

Hacía una noche fría y silenciosa, la luz de la luna se reflejaba pálida sobre el asfalto y el color amarillo y parpadeante de las farolas solo dejaba ver las siluetas de los edificios colindantes. Heather aparcó el coche a una distancia prudente de las instalaciones de Preiss Environment para que nadie pudiera descubrirlo y se abrochó todos los botones del abrigo. Se había recogido el pelo en una cómoda coleta y se había puesto unos vaqueros y unas zapatillas de deporte; si tenía que salir corriendo no quería que su calzado fuera un problema.

Tenía escalofríos, aunque no era la primera vez que entraba ilegalmente en una zona privada. Se detuvo a varios pasos de Davis, quien la estaba esperando junto a la valla trasera, y lo observó durante unos minutos. Heather notó cómo el hombre sudaba de manera copiosa bajo el grueso abrigo de paño y el cabello se le rizaba en la nuca debido a la humedad. Sonrió con desdén antes de acercarse por detrás haciendo ruido para no sobresaltarlo con su presencia.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz tensa apuntándola con una linterna.

—Apague eso —ordenó con frialdad.

Davis la obedeció de forma inmediata y la observó con la boca abierta. Heather iba vestida completamente de negro y llevaba una mochila pegada al cuerpo también de color oscuro. Sacó un dispositivo móvil de uno de los bolsillos y lo levantó mientras movía el brazo a su alrededor buscando una señal de antena. Cuando el artilugio emitió un suave y casi imperceptible pitido, Heather lo manipuló y lo ató a la valla a la altura adecuada bajo la atenta mirada de Davis.

—Es un inhibidor de señales. Tenemos diez minutos antes de que se den cuenta de que las cámaras no están emitiendo —explicó Heather sin mirarlo—. Después de usted —le dijo mirándolo a los ojos por primera vez desde que había llegado y señalando la puerta detrás de él.

Davis dio un respingo y la miró un par de veces más con incredulidad.

—Parece que hace esto muy a menudo —comentó mientras la guiaba por el aparcamiento alejándose de los focos de luz.

Heather se limitó a sonreír. Sentía la adrenalina corriendo por su torrente

sanguíneo y la emoción de la búsqueda en la punta de los dedos. Por primera vez en meses volvía a sentirse viva.

Se alejaron de los aparcamientos y atravesaron corriendo un cargadero tras otro hasta que Davis se detuvo frente al número tres. Sacó un manajo de llaves del interior del bolsillo del abrigo con un tintineo y tuvo que ahogar una exclamación cuando vio acercarse a uno de los guardias. Heather le tapó la boca con una mano y lo empujó de nuevo a las sombras mientras pasaba de largo. Asomó la cabeza para asegurarse que no había nadie más por allí y soltó a Davis haciendo una mueca.

—No sea idiota. Esos hombres van armados —le dijo con un siseo enfadado. Se había dado cuenta de inmediato al ver la actitud del vigilante, su manera de caminar y la postura de sus manos mientras observaba su alrededor. No era normal en una empresa de reciclado y se arrepintió de no haber llevado un arma.

Davis asintió con la cabeza al escuchar su advertencia y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Introdujo la llave adecuada en la cerradura y abrió la puerta de personal con un ligero chasquido.

—Bien, señorita Weaver, mire todo lo que quiera. Estaré vigilando.

El hombre asomó la cabeza antes de perderse en las sombras dejándola en la más absoluta oscuridad.

Heather rebuscó en su mochila y sacó una pequeña linterna mientras recorría las hileras de camiones sin encontrar nada extraño. Chasqueó la lengua con fastidio y se dio golpecitos en la pierna mientras pensaba y miraba a su alrededor. Allí no había nada de interés. Lanzando una maldición se metió debajo de uno de los camiones al azar y apuntó con su linterna las entrañas del vehículo. Se quedó paralizada al encontrar una pequeña abertura junto al depósito. Metió la mano con cautela y abrió los ojos sorprendida cuando tocó lo que parecía un paquete. Lo sacó despacio y, con la ayuda de una pequeña navaja multiusos, hizo una raja lo suficientemente profunda para meter la punta del dedo.

Un polvo blanco semejante a escamas de jabón cubrió parte de su uña y Heather contuvo las ganas de gritar de alegría cuando su lengua alcanzó a distinguir la textura cristalizada y el sabor amargo del crack.

Le debía una disculpa a Davis. No había creído ninguna palabra de su loca historia hasta entrar en el recinto y comprobar que la seguridad que tenían era exagerada para una planta de reciclaje. Pensar que una empresa de esas características fuera utilizada para la distribución estatal de drogas era, cuanto

menos, cuestionable.

Salió de debajo del vehículo y empezó a sacar fotografías de todos los camiones y desde todos los ángulos. También hizo fotos del interior de la nave para que no hubiera duda de la localización. Cuando ya había terminado y estaba a punto de salir, entró Davis como una exhalación y la instó a esconderse nuevamente.

—¡Apague la linterna!

Heather le obedeció sin rechistar y volvió a deslizarse bajo el chasis de uno de los camiones. Llevó su mano a la cintura y se tragó una maldición al recordar que no había ido armada. Sus músculos se tensaron, preparados para defenderse si era necesario, y se concentró en controlar el ritmo de su respiración; por primera vez en mucho tiempo volvía a sentir el gusto amargo del miedo en la boca, ese que había usado en infinidad de ocasiones para salir indemne de situaciones mucho peores que aquella.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Horas extra? —preguntó alguien con voz socarrona mientras otro se reía.

—¿Quién eres? —preguntó uno de ellos con autoridad.

—¡Sé lo de los camiones y la droga y quiero participar! Si no, lo contaré todo a la policía —dijo Davis sin pensar en lo que decía.

Heather no se atrevía a moverse para no hacer ruido. Podía ver el exterior a través de la puerta abierta, pero la salida estaba bloqueada y no tenía escapatoria. Solo esperaba que el Davis tuviera la suficiente sangre fría para que no la delatara y salir viva de allí.

El hombre que había hablado estaba situado por delante de los otros y Heather podía ver la forma de un revólver bajo la pernera del pantalón. Cuando comenzó a reír al escuchar la débil acusación de Davis, supo que había cometido un error imperdonable de cálculo; tenía la suficiente experiencia con ese tipo de hombres para saber que no se paraban ante nadie ni ante nada.

Estaba sola, desarmada y en desventaja, intentar ayudar a Davis sería un suicidio. Cerró los ojos con fuerza, pero no con la suficiente anticipación.

—Está bien, amigo. Participarás —escuchó decir con sorna antes de la explosión que anunciaba un disparo.

Davis cayó fulminado al suelo al instante con los ojos abiertos sin llegar a darse cuenta de lo que había sucedido. Sin tiempo de analizar lo que acababa de ocurrir, los gritos y disparos de armas automáticas empezaron a llegar hasta su posición y los hombres allí presentes salieron corriendo entre gritos incomprensibles.



Heather respiró hondo y se arrastró a donde estaba Davis para registrarle los bolsillos y quitarle las llaves; aprovechando el caos del exterior, corrió hacia la valla, cogió su inhibidor de señales y salió de allí corriendo a toda velocidad.

# Capítulo 2

*36 horas antes*

Heather solía llegar temprano a la redacción. Le gustaba el olor de las oficinas cuando no había casi nadie y el silencio tranquilizador que la recibía al atravesar la doble puerta del décimo piso, donde se ubicaba la oficina central del Boston Mirror, el periódico de mayor relevancia del estado. La recepcionista la saludó con un cabeceo mientras disimulaba un bostezo y se colocaba los auriculares con micrófono, preparada para comenzar la jornada. Heather introdujo varias monedas en la máquina automática de café y sacó uno doble como era su costumbre, después se dirigió con paso regio hasta su mesa. Estaba a punto de quitarse la chaqueta de pana de alta costura cuando su jefe la llamó a gritos antes de que ni siquiera hubiera terminado de decir buenos días.

—¡¡Weaver!! Quiero verte en mi despacho. ¡Ya!

Heather, sobresaltada, derramó parte del café sobre sus zapatos de diseño. Lanzó una maldición y se limpió como pudo antes de dirigirse hacia el despacho de su jefe. Tocó suavemente a la puerta y asomó la cabeza esbozando una de sus más encantadoras sonrisas.

—¿Me has llamado? —preguntó con fingida dulzura.

—Siéntate —le ordenó Guilfoyle dándole la espalda—. Estoy hartos —dijo tirando sobre la mesa unos documentos con membrete del Ayuntamiento.

Heather los cogió con curiosidad e hizo una mueca comprendiendo enseguida a qué se debía tanto barullo.

—Jefe...

—No quiero que digas ni una palabra —la interrumpió con voz helada—. Mira, Weaver, siempre te he dado demasiado margen, soy consciente de ello, pero esto... ¡Joder! Nos han puesto una reclamación desde la Delegación de Obras Públicas. ¿En qué coño estabas pensando?

—Tenía información de primera mano, jefe. Se están quedando con los fondos reservados para el mantenimiento de las autopistas de la zona norte. Lo único que he hecho ha sido hacer mi trabajo. El Consejero Delegado no quería

atenderme, así que lo intenté por otros medios —contestó con vehemencia intentando defenderse.

—¿A esto lo llamas tú otros medios? ¿Poner en entredicho el buen nombre del periódico? ¡Maldita sea! —vociferó.

Heather se encogió un poco en su asiento. Estaba acostumbrada a las broncas, ya que sus métodos no solían ser aprobados por su redactor jefe, pero esta vez parecía que había sobrepasado los límites.

Guilfoyle se sentó mientras respiraba profundamente y la miró con pesar.

—Dentro de una hora tengo una reunión con el equipo de dirección y voy a sugerir que eliminen tu columna —dijo tajante.

Ella lo miró atónita sin creer lo que estaba oyendo. Ambos sabían que era la mejor periodista de investigación de su generación, había recibido ofertas de los más prestigiosos periódicos del país, pero ella había decidido quedarse en el Mirror, solo sabía Dios por qué.

—Eres una buena periodista, pero no podemos seguir cargando con los problemas que ocasionas. De ahora en adelante te vas a Local hasta que decidamos qué hacer contigo.

—¿¡Qué!?! —exclamó saltando de su silla—. ¡No puedes hacerme esto!

—Ya lo creo que sí. El equipo legal está agobiado de trabajo solo contigo, el director está bajo continua presión por parte de los propietarios porque les estás costando el dinero...

—¡Y una mierda! Este periódico resurgió gracias a mis artículos y lo sabes. ¡La gente compra el Mirror solo para leerme a mí!

Guilfoyle la miró por encima de sus gafas durante un segundo. Nunca permitía que nadie le hablara de ese modo y menos uno de sus empleados, pero su mirada no hizo ningún efecto en ella, de hecho, nunca lo hacía. Estaba furiosa y no lo disimulaba; sus fascinantes ojos ambarinos parecían querer matarlo.

El redactor jefe sonrió para sí. Era demasiado prepotente y orgullosa, no le vendría mal un baño de humildad una temporada.

—En Preiss Environment hay una huelga. Quiero el artículo sobre mi mesa antes de las dos.

Heather lo miró unos minutos sin decir nada, pero él ya no le prestaba atención, leía con el ceño arrugado la pantalla de su ordenador, así que salió del despacho dando un portazo que hizo temblar el vidrio. Quería gritar de rabia pero no permitiría que el resto de los redactores, que estaban incorporándose al trabajo, vieran su turbación.

—Heather, ¿qué ha pasado?

La periodista giró la cabeza y sonrió con desdén. Bárbara y ella habían empezado a trabajar juntas en el periódico y habían sido amigas y confidentes durante mucho tiempo, aunque su relación se había ido enfriando hasta llegar a ser inexistente. Sabía que sus compañeros no la apreciaban demasiado así que no pensaba darles motivos para chismorrear a sus espaldas. Enderezó la espalda y levantó la barbilla con altivez.

—Tengo una noticia que cubrir en Standford Pick, si me disculpas...

Se alejó de ella arreglándose la chaqueta y, haciendo un ademán, le dijo a Jess que la acompañara. Sin mediar palabra, él se encogió de hombros y la siguió.



Llevaba la ventanilla abierta mientras conducía su Chevrolet a toda velocidad por la autopista y el viento azotaba su pelo despeinando los mechones de su frente. Parecía serena mientras las caladas del cigarrillo se sucedían pausadas y sujetaba el volante con una sola mano. Jess la miraba de cuando en cuando sin hacer ningún comentario, no porque no deseara hacerlo, sino más bien por su expresión inescrutable. Apenas habían hablado desde que salieron de la redacción, pero él la conocía lo suficiente como para saber que no contestaría ninguna pregunta en ese estado; su ira contenida era palpable dentro del minúsculo habitáculo. Estaba acostumbrado a su mal humor, así que suspiró y se dedicó a revisar su cámara de fotos, aunque no pudo controlar su curiosidad por mucho tiempo.

—¿No vas a explicarme qué pasó allí dentro? Vuestros gritos se oían a kilómetros —terminó preguntando Jess mirando al frente. No quería admitirlo, pero la forma de conducir de Heather le producía pavor.

Ella apartó la vista de la carretera y lo miró de reojo. Le dio una última calada al cigarro y lo tiró por la ventanilla abierta.

—Está claro, ¿no? Me han quitado mi columna.

—¡Joder! —exclamó el fotógrafo mirándola con sorpresa—. Esta vez sí que la habrás liado de verdad.

Heather encogió los hombros y volvió a mirar al frente. Ya no le preocupaba su destitución, al fin y al cabo era la mejor reportera de ese periodicucho y pronto volverían a ponerla en el lugar que le correspondía. Había empezado a trabajar en el Boston Mirror hacía casi siete años con mucha ambición y expectativas, y con mucho esfuerzo había conseguido escalar posiciones y

ganarse el respeto de sus superiores, ya que no le importaba nada ni nadie cuando perseguía una buena noticia. Esto le había acarreado ciertos problemas con sus compañeros, que la tildaban de egoísta y soberbia, pero a ella le daba igual. El periodismo se había convertido en parte esencial de su vida.

—Supongo que hablarán de ello durante semanas —comentó.

Jess se rio y cogió su cámara para fotografiarla.

—Y a ti te encanta, no lo niegues.

Heather se rio con él y volvió a encoger un hombro dándole la razón. Jess era uno de los pocos amigos que tenía en la redacción, ya que estaba tan loco como ella.

El muchacho le sacó un par de fotografías y maldijo para sí. No podía evitar sentirse atraído a pesar de que sabía que estaba fuera de su alcance. Ella lo hacía todo más difícil porque no dudaba en explotar su espectacular físico para amedrentar a quien fuera. Durante algún tiempo se rumoreó que se había acostado con media redacción, aunque Jess no les daba ningún crédito a esos cotilleos. Él era uno de tantos que lo habían intentado y se habían topado con un bloque de hielo, distante y orgulloso.

Nunca había sido una más, desde sus primeros años como becaria. Siempre se había diferenciado por un ansia de aprender y de ser la mejor que le había granjeado la enemistad de sus compañeros y, aunque actuara como si no le importara, sabía que en el fondo le dolía sentirse desplazada. Quizá esa fuera una de las razones que la impulsaron a convertirse en una auténtica devoradora de noticias. Había abandonado los vaqueros y la vestimenta *hippie* por trajes de corte italiano ajustados y escotados, e incluso había cambiado su maquillaje y peinado. Había perdido la naturalidad y la frescura de la noche a la mañana. Sus ojos rara vez volvían a tener esa mirada expresiva y alegre de los primeros tiempos. Jess sospechaba que todo eso se debía a que había descubierto que era una profesión difícil para las mujeres; hasta su sorprendente cambio, nadie la había tomado en serio e incluso siempre firmaba sus columnas como H. A. Weaver, para no identificarse como mujer.

Heather aparcó el coche lo más cerca que pudo de las instalaciones de la empresa y escuchó cómo Jess emitía un prolongado silbido. No le extrañaba. La manifestación que se estaba llevando a cabo en la puerta principal era de proporciones mayúsculas y un cordón de guardias de seguridad de una empresa privada impedía el acceso a cientos de piquetes y trabajadores descontentos al interior del almacén.

—¿Y ahora cómo lo hacemos?

Heather no le contestó, ya se encaminaba con decisión a la cabecera de la manifestación, donde se encontraban los sindicatos y los cabecillas de la revuelta. Jess se apresuró a seguirla mientras tomaba fotos a su paso y sonreía al escuchar los silbidos y los comentarios obscenos que la perseguían. De repente, se detuvo en el centro mismo del tumulto y sonrió a la gente que se congregaba a su alrededor.

—¡Buenos días a todos! ¡Soy Heather, del Mirror, y me encantaría que me contaran sus historias y el motivo por el que están todos ustedes hoy aquí!

—¡Yo te cuento todo lo que quieras, preciosa!

Heather le dirigió una mirada directa y sacó un cuaderno del bolso.

—¿Cuál es su nombre?

—Norman Wyler, para servirla, señorita.

—Bien, señor Wyler, tengo entendido...

—¡Eh, encanto! ¿Por qué le preguntas a ese idiota de Wyler? El jefe está más adelante.

—Estoy segura de que su jefe podría atender mis preguntas con más datos, pero no es su historia la que me interesa, me interesa la de ustedes, que son los que están sufriendo las bajadas salariales. Los sindicatos están aquí por la publicidad —dijo con convicción.

Todo el mundo a su alrededor enmudeció y algunos asintieron con la cabeza.

—Pregunte todo lo que quiera, señorita.

Heather sonrió y asintió con la cabeza. «Jaque mate», pensó.

—Tengo entendido que la directiva de Preiss ha decidido subcontratar a terceras partes para hacer el recorrido extraurbano, con lo cual, la mitad de ustedes irían al paro y la otra mitad vería reducido su salario. ¿Es eso cierto?

—¡Ellos manipularon nuestras protestas! Empezamos a quejarnos porque hacíamos más recorridos de los estipulados y además no nos pagaban las horas extraordinarias, y ahora nos salen con el cuento de que si no queremos trabajar contratarán a otros que sí lo hagan. La mayoría de nosotros tenemos familias que mantener y no podemos permitir que nos rebajen los salarios. ¡Quieren matarnos de hambre!

—¡Así se habla, Jim!

—El señor Preiss...

—Ese cabrón no se ha dignado a aparecer por aquí en estos diez años. Siempre manda al imbécil de Relaciones Públicas, que lo único que hace es cambiar el empapelado de recepción cada dos meses. Los de reciclado hacen dobles turnos cada día porque no dan abasto, y a los que se niegan a mantener

el ritmo les dan una patada en el culo. Así que apunte bien lo que le voy a decir, señorita del Mirror, estamos en huelga porque ¡nos están explotando y no aguantamos más!

—¡¡Eso es!!

—¡Sí! Incluso han intentado impedir que nos manifestemos amenazándonos con un despido masivo —dijo alguien a lo lejos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Heather fingiendo consternación—. Todo el mundo tiene derecho a ir a la huelga sin temer por sus puestos de trabajo.

—Bueno, ¡pues aquí no! ¡Esto es una dictadura! ¡Y lucharemos hasta el final por nuestros derechos!

—¡¡Bien dicho!!

«Ya tengo mi titular», pensó Heather mientras cerraba su libreta.

Le hizo una seña a Jess para que se acercara y sonrió a la multitud.

—Bien, caballeros, ¿les importaría posar para nuestro periódico?

—¡Solo si usted también sale en la foto!

Heather les sonrió, pero no posó con ellos. Esperó a que Jess tomara un par de fotografías y se despidió con la mano.

Jess no podía dejar de sonreír al observarla. Era capaz de ganarse la confianza de cualquiera y así obtener toda la información que quería; se había soltado el pelo al bajar del coche y se lo había ahuecado de tal manera que su rostro quedaba enmarcado, el intenso maquillaje resaltaba la plenitud de su boca y la profundidad de su mirada, y su ropa, que debería darle un aspecto profesional y serio, acentuaba cada una de sus curvas. Era sensual hasta decir basta sin tener en cuenta la sonrisa angelical y el pestañeo inocente. Se preguntó por qué no habría dado el salto a la televisión, ya que estaba completamente seguro de que habría recibido varias propuestas.

Pensaba que ya iban a marcharse cuando ella volvió a sorprenderle. Creía haberla escuchado decir que no pensaba hablar con los sindicatos, sin embargo, en ese instante, estaba bombardeando a preguntas al representante de los mismos y a los encargados generales de Preiss Environment.

Jess esperó pacientemente fumando sobre el capó del coche a que ella terminara y la miró con ceño cuando se acercó.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó señalando la cabeza de la manifestación con un gesto.

—Si no entrevistara a todos los implicados no estaría haciendo bien mi trabajo —replicó ella echando el bolso en el asiento de atrás y subiéndose al coche—. ¿Vas a quedarte aquí?

—¡Diablos! —exclamó tirando el cigarrillo y subiéndose al coche rápidamente.

—Esa pobre gente no podía darme datos y estadísticas reales. Ahora iremos al centro, a ver al señor Preiss.

—¿Qué? Con la agenda social que tiene, será casi imposible. Con un poco de suerte, te darán cita para el año que viene —bufó.

—A mí me atenderá —dijo ella con seguridad alejando el coche de aquel lugar.

Aparcaron frente a las oficinas centrales de la empresa de reciclaje, situadas en un imponente edificio acristalado. Se identificaron en la recepción de la entrada y les dieron dos pases de prensa. Un guardia de seguridad los acompañó hasta que fueron recibidos por el jefe de prensa. Heather había coincidido con él en un par de ocasiones antes de que se incorporase a Preiss Environment, cuando aún trabajaba en la radio local. Reprimió una mueca al verlo muy desmejorado, había perdido mucho peso y lucía bolsas negras bajo los ojos.

Al verlos, se acercó a Jess con una sonrisa de oreja a oreja y con una mano estirada en señal de bienvenida.

—Señor Weaver, es todo un placer conocerle al fin. No puedo negar que me encanta su columna —exclamó antes de echarse a reír.

El fotógrafo enarcó una ceja y miró a Heather con una mueca. Ella solo parecía resignada cuando se adelantó lo suficiente para interponerse entre ellos.

—Es usted muy amable, si bien algunos críticos consideran que utilizo un tono demasiado... mordaz —comentó con una sonrisa encantadora y estrechándole la mano con fuerza—. Permítame que le presente a mi compañero, Jess Hamilton. Nos encantaría poder hablar cinco minutos con el señor Preiss, si no es inconveniente.

—Pues me temo que no va a ser posible, señorita Weaver —balbuceó aún confundido—. El señor Preiss está de viaje.

—¿De viaje? ¿En un momento tan crucial como este? —exclamó Heather fingiendo un tono sorprendido—. Es inaudito, si me permite decirlo, que no esté al pie del cañón cuando su empresa está registrando las cotas más altas de descontento entre sus trabajadores. Les he hecho una visita esta mañana y lo que denuncia esa pobre gente es un escándalo.

La actitud del jefe de prensa cambió de manera sutil: su mirada ya de por sí cautelosa se había vuelto desconfiada, la sonrisa había desaparecido de su



rostro y mostraba una mueca seria y descortés. Heather se maldijo a sí misma por su agresividad. Si había alguna posibilidad de conseguir una exclusiva, se había esfumado con su falta de tacto.

—No dudo que su información sea veraz, señorita Weaver, pero le aseguro que el señor Preiss está al tanto de todo lo que sucede en su empresa. Esta huelga es completamente infundada e innecesaria; los cabecillas se han negado a escuchar y a negociar con el señor Preiss y sus socios, buscando la publicidad malsana e intentando hundir el buen nombre de Preiss Environment. Espero que como periodista objetiva tenga en cuenta las dos versiones, señorita Weaver, no sería agradable tener que reclamar a su editor.

Heather sintió como esas últimas palabras la taladraban sin compasión, aunque intentó evitar que no se reflejara en su rostro ni un atisbo de desconcierto. Sonrió seductora y encogió un hombro.

—Yo siempre soy objetiva. Y, ahora, ¿le importaría contestar a un par de preguntas?

Él cabeceó y dejó que le precediera a su despacho.

—Será un placer.

—¡Menudo imbécil! —exclamó Heather furiosa cuando salieron del edificio.

Jess se echó a reír y encendió un cigarrillo mientras le ofrecía otro a ella; Heather lo tomó y le dio una calada profunda apoyada en el coche.

—¿Por qué dices eso? Ha dicho que le encanta tu columna.

Heather esbozó una mueca y de repente se puso a reír con él.

—¡Dios mío! ¡Qué día tan horrible! No me apetece nada volver a la redacción —se quejó con un suspiro.

—Tú verás lo que haces, pero puede que el jefe te ponga de correctora si no entregas el artículo —le dijo Jess bromeando.

Ella le miró con horror y se subió al coche resignada.



—Me gustó mucho tu artículo, Weaver, así que he decidido mantenerte ahí un tiempo —comentó Guilfoyle al día siguiente en su despacho.

—¿¡Qué!? ¿No te basta con quitarme mi columna? ¿También tienes que humillarme? ¡Maldita sea, Paul! ¿Me estás puteando a propósito para que me vaya? ¿Es eso lo que queréis?

Heather no entendía por qué de repente su jefe la estaba tratando de aquella manera. Era cierto que quizá se había extralimitado en algunos de sus últimos artículos, pero las ventas seguían creciendo y compensaban con creces las posibles quejas que pudieran recibir por su causa. Desde que había dejado de trabajar como *freelance* para ellos y tenía una columna fija, su relación con Guilfoyle no había hecho más que empeorar y estaba empezando a cansarse.

Paul tuvo el decoro de parecer avergonzado, pero no podía dar su brazo a torcer. Sabía que no podía permitir que ella se fuera a la competencia, ya que gracias a sus brillantes artículos las ventas del periódico no habían dejado de subir como la espuma. Desde el primer artículo que le publicaron.

—¿Recuerdas la primera vez que te presentaste en esta oficina? —le preguntó de repente con una sonrisa.

Heather le miró extrañada y asintió sin decir nada. No sabía qué esperar de ese comentario.

—Claro que lo recuerdo —respondió mientras se sentaba, abatida—. Acababa de regresar de Yale con mi flamante título de periodismo debajo del brazo y con mi extenso currículum en el otro, que por cierto ni te dignaste a mirar. Me dijiste que no querías más mujeres en tu redacción. ¡Dios! Me lo tomé como un insulto personal, ¿sabes? —Guilfoyle le sonrió y se rascó la coronilla—. Me propuse demostrarte que valía. Era muy joven y mucho más impetuosa que ahora, si es que eso es posible —comentó con una media sonrisa mirándolo de reojo.

Quería que la emplearan en ese periódico y decidió investigar al que todas las encuestas daban como ganador de las elecciones a gobernador, Robert Wade, un hombre de mediana edad, que prácticamente acababa de entrar en política y que tenía subyugada a la mitad de los medios y de la población. Heather se convirtió en su sombra, siempre pegada a él y con su cámara colgada del cuello. Tanto impresionó a Wade su tenacidad, que fue una de las pocas periodistas a las que concedió una entrevista la misma noche de las elecciones. Su reportaje, *Robert Wade, un hombre de futuro* hacía un repaso por toda su vida y salió en un suplemento el mismo fin de semana de su victoria electoral. Fue todo un éxito para el Boston Mirror, la primera edición se agotó a las dos horas de salir. Desde entonces Paul Guilfoyle había estado prendado de ella. Hasta ahora.

Su jefe se levantó de la silla y rodeó la mesa para sentarse en la esquina de la mesa y cogerla de la barbilla con suavidad.

—No comprendo que te está pasando, pero ya no eres la misma periodista de

entonces. Tus artículos eran divertidos, irónicos, pero te has vuelto mordaz y ofensiva. Estás descontrolada y eso pone en peligro tu prometedora carrera, ¿es que no lo ves? Te has vuelto prepotente y orgullosa, casi no tienes trato con tus compañeros. Te comportas como si todo te importara una mierda y eso afecta a tu trabajo y en consecuencia a esta redacción. Sabes que no quiero echarte, ni tampoco quiero que te vayas, no soy estúpido, pero no puedo permitir que esta situación se mantenga, ¿lo entiendes, Heather? Hace un año decidí darte tu columna y estoy empezando a pensar que fue una mala decisión.

Heather levantó inmediatamente la cabeza y lo miró sin verlo con los ojos velados. Hacía un año que toda su vida se había vuelto del revés y no solo porque había decidido aceptar la oferta de Paul de trabajar a tiempo completo en el periódico, sino porque había aprovechado esa oportunidad para traicionar a su mejor amigo.

Ian era inspector de homicidios y ella había utilizado información confidencial de un caso en el que él estaba trabajando para una exclusiva, dejando a Ian en ridículo frente a la opinión pública y a su capitán muy enfadado, tanto que lo suspendió durante dos meses y le negó su ascenso, de hecho, era poco probable que ese ascenso alguna vez se produjera, ya que su expediente había quedado manchado para siempre.

Y desde entonces Ian había salido de su vida para siempre.

—Perdonad que os interrumpa. Heather, ¿tienes un momento? —le preguntó Bárbara desde la puerta.

Heather parpadeó un par de veces y miró con aturdimiento a su jefe, quien sacudió tristemente la cabeza y volvió a sentarse en su sitio.

—Está bien, puedes marcharte. Te sugiero que pienses en lo que te he dicho, Weaver —dijo sin mirarla y volviendo a prestar atención a los papeles de su mesa.

Heather se levantó sin decir nada y cerró la puerta tras ella con suavidad. No esperaba sentir nuevamente esa punzada de dolor al pensar en Ian.

—¿Qué has hecho ahora? Al final vas a conseguir que te despidan. Deberías tener más cuidado —susurró su compañera con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó cortante.

La redactora la miró fastidiada y señaló con la cabeza a un hombre que se paseaba nervioso en recepción.

—Aquel hombre te está buscando. No me ha dicho su nombre, solo que es de la empresa de Leonard Preiss y está muy nervioso —contestó con

preocupación.

Heather asintió mirando al hombre y se dirigió hacia él forzando una sonrisa.

—Buenos días, señor...

—Davis —le dijo estrechando la mano que ella le ofrecía—. Señorita Weaver, ¿podría hablar con usted en privado? Se trata de algo muy delicado.

—Por supuesto. ¿Me podría decir al menos de qué se trata? —le preguntó fingiendo curiosidad.

El tema de la huelga ya estaba resuelto y no pensaba darle más publicidad ni importancia, así que escucharía lo que tuviera que decir y después lo echaría de la manera más educada posible.

—Sé por qué de repente nos cambiaron los itinerarios.

—No me dice usted nada que no sepa, señor Davis. Tengo tres versiones de por qué ocurrieron esos cambios y todas coinciden. ¿Sabe usted algo nuevo que pueda interesarme?

—Drogas —le susurró acercándose a ella, tanto que pudo distinguir las gotas de sudor frío que cubrían su frente.

Heather dio un paso hacia atrás, algo asqueada, aunque Davis había conseguido espolear su curiosidad; levantó una ceja y le hizo un gesto para que la siguiera a un lugar más privado. Entraron en una pequeña sala de visitas y Heather le señaló a Davis una ajada silla de cuero negro.

—Siéntese, le aseguro que tiene toda mi atención.

—He visto en los camiones de la empresa escondidos decenas de kilos de drogas.

—¿Tiene alguna prueba de lo que me dice? —preguntó con seriedad.

Estaba acostumbrada a los oportunistas que se inventaban cualquier cosa con tal de ganar un poco de notoriedad. Y desde luego lo que estaba escuchando distaba de ser algo creíble.

—No, pero puedo enseñárselo.

Heather fingió que lo pensaba y se encogió de hombros.

—¿Por qué no ha ido a la policía?

—Había pensado que ustedes me pagarían. Mire, me voy a quedar sin trabajo y con la huelga no nos pagan. Necesito dinero. Si a usted no le interesa, iré a otro sitio —dijo poniéndose de pie.

—Espere —le dijo bloqueando la puerta.

Se cruzó de brazos y lo miró a los ojos. No parecía un mentiroso y desde luego parecía como si temiera que alguien saltara sobre él de un momento a otro. Sus implorantes ojos hicieron crecer la duda en Heather, que hizo una

mueca y dejó caer los brazos.

—Mire, no dudo de su palabra, pero antes de arriesgarme necesito una prueba. Comprenderá que llegan muchas personas contando cosas increíbles a esta redacción y la mayoría son cuentos.

El hombre volvió a mirar a su alrededor y se secó el sudor de la frente con la manga de la chaqueta. Sacó su teléfono móvil y buscó algo en él antes de enseñárselo.

Heather miró incrédula lo que parecía un gran alijo de estupefacientes dentro de un pequeño cubículo metálico escondido en los bajos de uno de los numerosos camiones que componían la flota de la empresa. Enseguida comprendió la bomba informativa que tenía en las manos y miró a Davis en silencio mientras le devolvía el teléfono.

—¿Pueden pagarme?

—Puedo arreglarlo. Pero antes necesito comprobarlo. Esta foto podría haber sido tomada en cualquier sitio.

—¡No ha sido en cualquier sitio! Y se lo demostraré —le dijo enfadado, guardándose el móvil con un ligero temblor—. Esta noche. Sea puntual.

Estaba saliendo de la habitación cuando Heather le retuvo cogiéndole del brazo.

—¿Por qué yo? —le preguntó con curiosidad.

—Ayer la vi en la manifestación. Me gustó su sinceridad. Y me gustó usted —comentó esbozando la primera sonrisa desde que llegó.

Heather esbozó una media sonrisa y se sintió un poco culpable cuando lo vio marcharse. Ella no era sincera, solo lo fingía para obtener lo que deseaba.

Fue hasta su mesa con una tranquilidad que no sentía. Estaba deseando volver a Preiss Environment esa noche y ver por sí misma lo que se estaba cocinando allí. Guilfoyle no tendría más remedio que reconocer su error y, quizá, podría compensar todo lo que le había hecho a Ian.

# Capítulo 3

*Esa misma noche, más tarde*

Apenas podía abrir la puerta de su apartamento, temblaba de pies a cabeza y tuvo que recoger las llaves del suelo un par de veces. Cuando consiguió entrar en su casa, la cerró y se apoyó tras ella intentando tranquilizarse. Soltó todo lo que llevaba encima dejándolo caer al suelo, se desnudó y se metió en la ducha. Se apoyó en la pared mientras el agua resbalaba por su cuerpo con los ojos cerrados intentando borrar la imagen de Davis, pero era inútil, no podía dejar de recordar los ojos sin vida de aquel hombre. Salió del agua con lentitud y fue hasta el dormitorio sin prestar atención al reguero de agua que iba dejando a su paso. Se puso un chándal viejo y se recogió el pelo aún húmedo sobre la nuca.

Se sentó en una esquina del sofá con las luces apagadas y temblando. Tenía la mirada fija en el televisor, aunque no lo tenía encendido, mientras los recuerdos que tanto trabajo le había costado enterrar inundaban de nuevo su mente. Por primera vez desde que había vuelto a ser una civil, entendía lo que Gil había querido decir cuando le habló de las consecuencias de su trabajo. Pensó que tendría que avisar a Ian de inmediato, aunque no estaba segura de que la creyera. Podía pensar que era una nueva estrategia para acercarse a él, como había intentado otras veces en el pasado. Encendió una lamparita y, estaba a punto de agarrar el teléfono, cuando unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento.

Levantó la cabeza automáticamente y miró la puerta como si fuese a salir volando de un momento a otro, dándole la oportunidad de matarla a quien estuviera detrás.

—Heather, soy yo, Jess. Abre por favor —susurró el fotógrafo a través de la puerta.

Corrió a abrirla sin pensar y Jess suspiró aliviado cuando se echó en sus brazos con un sollozo. Le acarició el pelo con una mano y le dio un beso en la frente manteniéndola apretada contra él.

—Gracias a Dios que estás bien —susurró.

Heather levantó la cabeza y lo miró a través de sus pestañas húmedas con extrañeza. Necesitaba tanto un contacto humano que no se planteó por qué Jess la visitaba tan tarde. Se enderezó y entonces vio la sangre que le goteaba del brazo.

—¡Tú! ¡Dios mío! ¿Has perdido la cabeza?

Le regañó mientras cerraba la puerta y lo conducía al interior del piso. Él no se resistió, se quitó la cazadora y se dejó caer en el sofá.

—Quítate la camiseta —le ordenó mientras empezaba a cerrar las ventanas a cal y canto y echaba sobre la lámpara de mesa la primera prenda que encontró para amortiguar la luminosidad. Habría sido mejor apagarla, pero necesitaba ver la herida de Jess.

Lo ideal sería abandonar el apartamento de inmediato y buscar un lugar seguro, pero no sabía si habrían llegado a seguirle y, en ese caso, la posibilidad de que algún francotirador les esperase en la calle no era nada absurda.

—¡Joder! ¿Por qué tenías que seguirme? ¿Eres idiota? —le gritó girándose hacia él.

—Parece que sí —respondió haciendo una mueca mientras intentaba con una sola mano levantarse la camiseta.

Ella chasqueó la lengua y le ayudó a desvestirse, dejando la piel abrasada a la vista. No era nada grave, había tenido suerte de que la bala solo le rozara superficialmente, aunque le escocería como el demonio.

—No es grave —confirmó en voz muy baja—. Voy a por el botiquín.

Él no dijo nada, echó la cabeza hacia atrás con un quejido.

—Te vi hablando con aquel tipo —comenzó a decir cuando ella empezó a vendarle el antebrazo con algo de brusquedad—, y la expresión de tu cara al salir de la sala. ¿Conozco esa mirada tuya, Weaver! Sospeché que no tramabas nada bueno, así que te seguí. Jamás pensé que pudiera tratarse de algo como eso. Aquel tipo... lo mató como si nada, y ese pobre diablo ni se enteró.

—¿Quieres una copa? —le preguntó abrazándose a sí misma cuando terminó el vendaje.

Jess asintió con los ojos cerrados, aunque enseguida los abrió de nuevo al venirle a la mente la imagen de aquel desgraciado cayendo desmadejado sobre el suelo. Un escalofrío le hizo temblar el cuerpo entero. Más que una copa necesitaba una botella.

—Sí, por favor.

Heather fue hasta la cocina a por dos copas y una botella de whisky. Los dejó

sobre la mesita y le sirvió un vaso a Jess y otro para ella. Sentía una ansiedad horrible por ir hasta su habitación y coger su pistola, sentirse segura con ella entre las manos. Dejó de pasearse por el pequeño salón al sentir la mirada de su compañero y suspiró. Parecía a punto de echarse a llorar y lo último que necesitaba era hacer de niñera.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? Casi morimos esta noche, ¡joder! —le dijo sin dejar de mirarla.

—¿Cómo has venido? ¿Con tu coche?

—No, cogí la moto —contestó sin entender a qué venía la pregunta.

—¿Te han seguido?

—¿Crees que me he parado a mirar? —exclamó levantándose con los nervios hechos añicos.

—¡No me jodas, Jess! —dijo con la suficiente autoridad como para hacer que el chico volviera a sentarse—. Lo que ha pasado esta noche no es ninguna tontería. Esa gente ha matado a un hombre sin pensárselo dos veces y saben que como mínimo hay un testigo: tú. Así que céntrate de una puta vez y piensa.

—Joder... Joder... —Se llevó las manos a la cara y empezó a restregársela casi al borde de la histeria.

Heather le observó intentando tranquilizarse; perdiendo la paciencia no conseguiría nada. Se arrodilló junto a él y puso una mano en su rodilla haciendo que la mirara tragando saliva.

—Escucha, ahora estamos a salvo, ¿vale? Tenemos que llamar a la poli y contarles lo que ha pasado. ¿Has podido distinguir a alguien?

—Mejor que eso... —Se levantó y sacó la cámara de fotos de la funda. Abrió el compartimento de la tarjeta de memoria y se la mostró sosteniéndola entre el pulgar y el índice—. Tengo fotos.

Heather se la arrebató y corrió a sentarse frente a su portátil, al lado del cual descansaba su propio equipo. Concentrarse en las pruebas y tener algo que hacer les ayudaría. Conectó su cámara al ordenador y, al instante, todas las fotos que había tomado esa noche comenzaron a aparecer una a una en la pantalla.

Jess emitió un silbido prolongado al ver el cargamento de drogas de cada camión y su ubicación.

—No es muy difícil detectarlo —comentó ella mirando el ordenador—. La nave era gigantesca, había al menos una decena de camiones. Si en cada uno había un paquete como este...

—¿Qué crees que es todo esto? ¿Una red de narcotráfico? ¿Usan los camiones



para distribuir la droga por la ciudad?

—Tal vez. Narcotráfico, crimen organizado... Vete tú a saber.

Le dio a imprimir y sacó una copia de cada foto a la vez que insertaba un pequeño pendrive para hacer copias de seguridad. Cuando hubo acabado, cogió la tarjeta de Jess y la introdujo en la ranura correspondiente mientras escuchaba cómo su amigo contenía la respiración. A ella tampoco le apetecía verlo todo otra vez, con una ya había tenido bastante para el resto de su vida, pero necesitaba comprobar que las fotos eran buenas y visibles antes de denunciar a la policía.

Cuando empezaron a surgir las imágenes abrió los ojos como platos y se acercó casi sin querer un poco más a la pantalla. Jess tampoco podía apartar la vista. Había fotografiado toda la secuencia desde que aparecieron esos tipos en la puerta.

—¡Joder! —exclamó llevándose las manos a la cabeza y empezando a pasear por la habitación.

Las caras se veían nítidamente, puesto que encima de la puerta de ese cargadero había un farol que iluminaba la zona.

—¿Estás segura de que no te grabaron las cámaras de seguridad? —le preguntó Jess con preocupación.

Heather asintió sin mirarle. Estaba segura de que el inhibidor de señales había funcionado, al menos durante los primeros diez minutos.

Imprimió las fotos y también hizo copia de seguridad. Abrió el cajón de su escritorio y buscó un sobre con el tamaño adecuado; introdujo una copia de cada foto y movió la silla para quedar frente a Jess.

—Mañana iremos a primera hora a la poli con el sobre. Tú guardarás el pendrive y yo guardaré las tarjetas, ¿entendido?

Él tardó unos segundos en responder.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad? —dijo mirándola fijamente.

Ella le sostuvo la mirada sin responder. Había hecho muchas cosas en el pasado y no se sentía orgullosa de ninguna. Se levantó, cogió la botella de whisky y señaló el sofá con una mano.

—Puedes dormir ahí.

Él bufó estirando los brazos por encima de la cabeza, hasta que sintió una punzada en la herida que le hizo lagrimear. No le dio tiempo a decir nada más, ella ya se había encerrado en su habitación. Se dejó caer en los cojines y apuró la gota de licor que quedaba en su vaso antes de volver a mirar la puerta cerrada.

Se moría por tocarla, más que nunca. Tal vez por el hecho de que habían estado a punto de morir o porque de repente parecía otra mujer, dando órdenes y comportándose como si lo ocurrido fuera normal en su vida. Se burló de sí mismo mientras se acomodaba para pasar la noche, si se le ocurría molestarla para insinuarse seguro que se arriesgaba a que le rompiera la cara. Antes de que se diera cuenta, sus suaves ronquidos llenaban el silencio del salón.

Ella no pensaba dormir, por eso había llevado consigo la botella de alcohol. Haría guardia toda la noche por si esos cabrones aparecían por allí. Le dio un trago y la dejó sobre la mesita después de limpiarse con el dorso de la mano. Abrió el armario y sacó el segundo cajón; el doble fondo estaba escondido debajo de un montón de ropa interior. Lo vació y miró el arma durante varios minutos, indecisa.

La mano le tembló un poco al sacarla de su escondite, no quiso analizar el motivo.

Jess se despertó temprano con un dolor punzante en el brazo y se levantó del sofá sintiendo los miembros agarrotados. Se quitó la venda y arrugó la nariz al ver el mal aspecto que tenía el balazo. La piel estaba enrojecida y parecía que salía un líquido ambarino de ella. Seguramente estaría infectada; abrió el botiquín que Heather había dejado en el suelo la noche anterior y husmeó en busca de algún antiséptico. También cogió un par de aspirinas e intentó ponerse la camiseta sin hacerse mucho daño; recogió su material fotográfico y lo guardó en la mochila antes de ponerse la cazadora.

No pensaba tardar mucho, pasaría por su casa, cogería unas cuantas cosas y regresaría antes de que ella despertara, pero, aun así, le dejó una nota sobre la mesa del ordenador.

Heather se despertó sintiendo la lengua como la suela de un zapato, rasposa, áspera y completamente seca. Le dolía todo el cuerpo y no podía mover el cuello hacia la derecha. No le extrañaba, se había quedado dormida sentada en el suelo con la espalda apoyada en los pies de la cama, la pistola entre las manos y la botella vacía a su lado.

—Mierda... —Había hecho una guardia de pena. Borracha y dormida—. Menos mal que no estás aquí para echarme una bronca —murmuró mientras imaginaba a Gil amonestándola con esa mirada severa tan suya y reprochándole su comportamiento irresponsable con un civil en la casa.

Se puso de pie sujetándose al colchón y suspiró mientras escondía la pistola

de nuevo en su sitio. Agradecía que Jess hubiera respetado su intimidad y no hubiera entrado en el dormitorio, se habría llevado un buen susto. Abrió la puerta y le extrañó no verlo en el sofá, pensando que estaría en el baño encendió la luz de la cocina y sacó una botella fresca de agua de la nevera; bebió un largo trago sintiéndose un poco mejor.

Salió del nuevo al salón y miró la escasa luz que entraba a través de los huecos de la persiana. Pensó en abrirla. Si todavía estaban vivos tal vez no les vieron a pesar de todo. Agarró la cinta de la persiana, pero, antes de tirar, su lado entrenado y cauteloso la obligó a soltarla. Todavía era demasiado pronto. —¿Jess? —Tocó a la puerta del baño y pegó la oreja en la madera. Frunció el ceño y tocó más fuerte—. ¡Jess!

Giró la manivela y empujó la puerta. Tardó en comprender que estaba sola un breve segundo e intentó no dejarse llevar por el pánico mientras miraba a su alrededor. Vio el papel blanco sobre la superficie negra del ordenador cuando paseó la vista por la zona de trabajo y fue hasta allí, presta, sorteando el sofá. Leyó la escueta nota y después la arrugó, enfadada y preocupada. Era un inconsciente, el muy idiota. Si habían conseguido tomar el número de matrícula de la moto, lo primero que haría esa gente sería esperarlo en su casa. Tenía suficiente experiencia de campo para comprender cómo actuaban ese tipo de criminales.

—Estás siendo una neurótica —murmuró mientras se encaminaba hacia su cuarto y empezaba a buscar uno de esos estúpidos trajes elegantes e incómodos que usaba para mantener las apariencias.

Escogió uno de pantalón negro con pernera ancha y una blusa gris y después se peinó con una coleta alta y estirada que resaltaba su rostro afilado. Se maquilló sin mucha estridencia y agarró su bolso. Antes de cerrar la puerta, apretó los labios y entró de nuevo en el piso maldiciendo. Recogió las tarjetas de memoria de las cámaras de fotos y se marchó.

Iría a trabajar, como cada día, y rezaría para que Jess estuviera en la redacción y que Ian quisiera cogerle el teléfono.

Eran las nueve de la mañana y la redacción empezaba a tener actividad. Heather salió del ascensor buscando al fotógrafo con la mirada y el corazón golpeándole con fuerza en el pecho, pero parecía que no estaba por allí. Su presencia siempre se hacía notar porque una pequeña multitud de becarias rondaba a su alrededor y sus risas entrecortadas rompían la monotonía de los teclados y el timbre de los teléfonos. La esperanza de encontrarlo fue

disminuyendo conforme se acercaba a su puesto de trabajo; había supuesto que tal vez habría ido al periódico a revelar las fotos con más calidad o algo así. Pero allí no había señales de él por ninguna parte.

—¡Weaver! Quiero que cubras un robo en... —comenzó a decir Paul con una mueca mirando el bloc de notas que llevaba en la mano.

Heather lo miró con ceño sin moverse.

—¿Has visto a Jess esta mañana? ¿Ha venido por aquí? ¿Ha dejado algún mensaje para mí? —le preguntó intentando ocultar su nerviosismo.

—¿Acaso crees que soy un puto contestador? No, no ha dicho nada de ti. El muy cretino llamó a primera hora. Dijo que había aceptado un puesto en una revista de mujeres y que se iba a Hawái a hacer un reportaje de modelos en bikini. Espero que no vuelva a aparecer por aquí si no quiere que le dé una buena patada en el culo —dijo con un gruñido.

Heather palideció al escucharle, pero Guilfoyle pareció no darse cuenta mientras seguía hablando del robo que quería que cubriera. No era posible que Jess se hubiera ido sin decirle nada ni dejarle un mensaje, aunque también era posible que se hubiera asustado y que hubiera decidido poner tierra de por medio, al fin y al cabo era un hombre que se dejaba llevar por sus impulsos.

Se levantó de golpe y le arrancó la libreta a Guilfoyle de las manos, que la miró sorprendido.

—El artículo, en mi mesa en dos horas.

Heather no le respondió, cogió su bolso y salió a la calle sin una determinada dirección. Tal vez Jess estuviera de verdad en Hawái y su instinto estuviera equivocado.

«Sí, claro, ¿y qué más?», gruñó dentro de su cabeza. Su intuición no le había fallado jamás.

Sabía que lo que estaba a punto de hacer podía costarle muy caro, pero tenía que comprobar que Jess se había ido de verdad.

La calle donde vivía su compañero no estaba demasiado concurrida y en su edificio solo un par de chavales hacían novillos sentados en los primeros escalones de la entrada intercambiando cartas de la NHL. Pasó deprisa junto a ellos y se coló en el portal empujando la puerta con el hombro. No esperó el ascensor. Subió las escaleras con paso tranquilo, atenta a cualquier movimiento en cada rellano, hasta que llegó al piso de Jess. Miró de reojo a ambos lados e introdujo una tarjeta de plástico duro en la ranura justo en la cerradura; dio un golpe seco y las bisagras apenas chirriaron al girar sobre sí

mismas.

Solo tenía sus propias manos para defenderse en el caso de que fuese necesario, así que se pegó a la pared nada más entrar y cerrar de nuevo con la punta del pie.

Lo intuyó incluso antes de que el olor a hierro, tan característico de la sangre, inundara sus fosas nasales. Cerró su mente a cualquier emoción y recorrió el resto de la casa, con cuidado de no tocar nada, por si el asesino seguía allí, pero el apartamento ya estaba vacío.

Rodeó el sofá y quedó frente al cuerpo de su amigo. Tenía la cabeza hacia atrás, como si se hubiera quedado dormido, y los ojos medio abiertos; un hilo de sangre seca había chorreado desde el agujero de su frente hasta el puente afilado de su nariz.

—Idiota... —susurró cerrando las manos en dos puños para evitar tocarlo.

Cometió el error de inspirar con fuerza por la nariz y una oleada de náuseas subió por su garganta llenándole la boca con el sabor de la bilis.

Cerró los ojos sabiendo que jamás podría olvidar la imagen de Jess y salió de la casa agarrando la manivela con la tela de su camisa, tan sigilosa como había entrado.

Todo había escapado de su control y ya solo podía hacer una cosa, aunque eso significara tener que suplicar.

Era necesario que hablara con Ian de inmediato.

# Capítulo 4

Stephen Cole aparcó la moto frente al bar de copas que constituía el centro de operaciones de la organización criminal en la que llevaba infiltrado más de medio año. Había notado una excesiva expectación en los últimos días y tenía el pálpito de que no tardaría mucho en enterarse por fin de lo que estaba pasando. Tenía la esperanza de que las pruebas que tanto trabajo le estaba constando recabar contra Roger Finch, traficante de armas y proxeneta, estuvieran pronto a su alcance.

Para ellos era Viper, un matón a sueldo que había trabajado en seguridad privada y había estado en la cárcel por robo y contrabando. Fue en la cárcel donde hizo los primeros contactos con la organización de Finch, gracias a una serie de circunstancias perfectamente orquestadas por el alcaide de la prisión y el jefe de operaciones encubiertas del FBI, y donde empezaron a llamarlo así debido al tatuaje de una víbora que se enroscaba en su antebrazo.

Finch era inalcanzable, casi nunca se le veía y siempre delegaba la ejecución de sus órdenes en sus hombres de confianza, por lo que encontrar pruebas que lo relacionaran con sus supuestas actividades delictivas era bastante difícil.

Se bajó de la moto y se quitó las gafas de sol antes de entrar en el local; emanaba un aire peligroso que iba más allá de su pelo rubio recogido hacia atrás en una coleta, el par de pendientes que decoraban el lóbulo de su oreja o la cicatriz que cruzaba su mentón, era su forma de caminar, su mirada siempre desafiante o la rapidez con la que utilizaba los puños a la menor provocación lo que hacía que su papel se afianzara.

Era temprano para que el bar estuviera abierto al público, así que solo estaban el encargado y un par de camareros cuando entró. Les saludó con la cabeza y se acercó a la barra haciendo una seña al camarero.

—¿No ha llegado nadie todavía?

—Están arriba.

—Gracias. —Se encaminó hacia las escaleras laterales que daban acceso a la planta superior con paso tranquilo.

La zona VIP solo era accesible para consumidores habituales de un tipo de servicio que iba más allá de tomarse una copa. Cada noche, una decena de

chicas diferentes pasaba por allí y, aunque Steve no había tenido la oportunidad de cerciorar qué pasaba una vez se cerraba el acceso, suponía que no era nada agradable para ellas.

Un puñado de hombres se giraron cuando entró en uno de los apartados más grandes. Saludó con la cabeza a los que conocía y se acercó al que había sido su compañero de celda en prisión.

—¡Eh! ¿Qué pasa, tío? —le dijo agarrando su mano y dándole un medio abrazo fugaz.

—Ni idea, pero el jefe solo nos ha convocado a nosotros —contestó en voz baja mirando al resto de hombres que los acompañaban.

Steve siguió su mirada y le sorprendió ver a la mano derecha de Finch y a otros pocos que formaban parte de su círculo más cercano. No auguraba nada bueno y sus músculos se tensaron mientras buscaba una posible vía de escape si la situación se volvía en su contra.

Lo último que imaginaba era ver a Roger Finch entrando sonriente mientras hablaba con uno de los hombres y se frotaba las manos después de echar un vistazo a su alrededor. No debió ser el único sorprendido, puesto que un murmullo se extendió entre los asistentes.

—Gracias a todos por venir. Os he convocado porque uno de nuestros principales clientes necesita nuestros canales de distribución, pero hay que negociar las condiciones en persona, así que algunos de vosotros me acompañaréis y el resto tendréis que controlar que todo se sigue haciendo como está previsto. —Lanzó una significativa mirada al hombre que estaba a su lado, que asintió con un firme movimiento de cabeza. Cuando tuvo su confirmación, Finch comenzó a nombrar a la mitad de los presentes, aunque Steve lo escuchaba a medias maldiciendo el retraso que supondría para su investigación—... y Viper. Vosotros vendréis conmigo a Boston y os encargaréis de que mi espalda no se convierta en un colador. ¿Alguna objeción?

Todos guardaron silencio, incluido Steve, que de repente veía como un simple retraso se convertía en una sentencia de muerte casi segura.

—Esta noche os quiero a todos en el punto de encuentro. Brown os pasará las indicaciones.

Dando por finalizada la reunión, Finch salió acompañado por el hombre que se encargaría de sus negocios allí, en Filadelfia, mientras el resto empezaba a moverse y salían en grupos de dos.

Su compañero parecía entusiasmado con el viaje, sin embargo, las

implicaciones de esa eventualidad para Steve eran incalculables. No podía negarse a volver a Boston; sería un necio si renunciara a la oportunidad que el mismo Finch le estaba brindando, pero siendo su hermano inspector de homicidios, las posibilidades de que su tapadera se descubriera eran demasiado altas para ignorarlas.

En cualquier caso, no tenía alternativa. Enviaría un mensaje a su jefe con los nuevos planes a través de su enlace habitual y se prepararía para volver a casa.



—Inspector Cole, tiene una llamada de la señorita Weaver, otra vez —dijo una voz a través del altavoz del teléfono.

Ian miró hacia el techo con desesperación, mientras Jake, su compañero, hacía una mueca divertida. Heather había estado llamando toda la mañana incansablemente a su móvil y a la oficina, llamadas que Ian había estado ignorando en cada ocasión, pero esa insistencia estaba acabando con su paciencia y con sus nervios.

—¡Maldita mujer! —exclamó Ian cogiendo el auricular—. Dígame que no estoy, y no me pase más llamadas, por favor. Estoy ocupado.

—Discúlpeme, inspector. La señorita dice que no dejará de llamar hasta que usted hable con ella, señor —dijo la voz en tono lastimero.

Ian puso los ojos en blanco.

—Está bien, pásemela.

Jake le miró con suspicacia y no hizo ningún comentario al ver cómo colgaba justo al tiempo que se escuchaba la voz de Heather.

—¿No crees que al menos deberías escucharla? Puede que esta vez sea serio. Nunca antes había insistido tanto.

Ian le miró fijamente un minuto y siguió a lo suyo sin molestarse en responder. Su compañero se encogió de hombros como única reacción, conocía muy bien a su amigo y sabía que su orgullo jamás le permitiría dar su brazo a torcer.

—¡Cole! ¡Tunner! Venid a mi despacho —gritó el capitán Murray a través de la puerta abierta de su despacho.

Ian se levantó a regañadientes. Tenía un millón de informes que entregar, pero parecía que nadie le daba la tregua que necesitaba para terminarlos.

—Han encontrado un cadáver sin identificar en una zanja cerca de Stanford



Pick. Un tiro en la cabeza, id para allá, los forenses están de camino —explicó nada más verlos entrar por la puerta.

—Genial... ¿No puede darle el caso a otro? Estamos hasta arriba de papeleo. Murray levantó la cabeza de los informes que tenía en la mano y los miró de tal manera, que Ian levantó los brazos y dio media vuelta sin añadir nada más.

Heather colgó el teléfono con demasiada fuerza llamando la atención del propietario, que la miró de malhumor. Estaba en un teléfono público de una cafetería, pensando cuál iba a ser su siguiente movimiento. Ian no quería escucharla y no le culpaba por ello, pero tendría que hacerlo fuese como fuese. Dejó un par de dólares sobre el mostrador y salió con su decisión tomada. Tendría que recurrir a algo que no le gustaba en absoluto.

Ian subió las escaleras con paso cansado. Había tenido un día agotador, física y mentalmente. Heather no había parado de dejarle mensajes durante todo el día y además el cadáver que habían encontrado no tenía identificación y le habían quemado las huellas dactilares, lo que dificultaría toda la investigación hasta que el reconocimiento facial diera un resultado. Un nuevo caso complicado para sumar al montón que tenía sobre la mesa.

Volvió a pensar en Heather y suspiró. Hacía más de un año que no se veían ni tenían contacto alguno exceptuando las ocasiones en las que había intentado engañarlo para conseguir un acercamiento, pero él estaba demasiado dolido y enfadado. Se sentía traicionado de una manera que no podía explicar porque jamás habría esperado una puñalada como la que le asestó. Ella lo había sido todo para él, todo.

«Y lo sigue siendo, imbécil», dijo una voz en su cabeza.

Lo cierto era que la echaba terriblemente de menos, aunque jamás lo admitiría delante de nadie. Pensaba en ello cuando metió la llave en la cerradura. Caminó por el largo y estrecho pasillo a oscuras y, cuando estaba a punto de poner un pie en el salón, la luz se encendió.

—Hola, Ian.

Su primera reacción fue sacar la pistola y apuntar hacia la figura que había surgido de forma inesperada frente a él.

—Alex —susurró mirándola a los ojos haciendo que ella se estremeciera.

Se quedó muy quieto bajando el arma lentamente mientras sentía cómo de repente la habitación se estrechaba y se quedaba sin aire. De manera inconsciente, abrió la boca para aspirar con brusquedad.

Estaba preciosa. Más que preciosa y notó como la boca se le secaba mientras la contemplaba. Siempre intuyó en qué clase de mujer se convertiría porque ya desde pequeña era visible, pero no fue hasta que terminó la universidad que su belleza floreció; sus rasgos aññados maduraron, sus curvas se estilizaron y su mirada del color de la miel adquirió fuerza, tanta, que a veces tenía la sensación de estar mirando un gran felino.

Heather Alexandra era un nombre demasiado femenino para ella y su hermano Dennis y él empezaron a llamarla así porque de niña había sido más mandona y más masculina que los chicos, y no dejaba de meterse en problemas con los moscones que empezaron a rondarla cuando en la adolescencia se hizo evidente que de chico tenía poco. Y él empezó a verla de una manera diferente, demasiado para su paz interior.

Pero de eso hacía mucho tiempo. Ella había cambiado y no era la misma muchachita que le traía de cabeza cuando eran niños. Ahora era una devoradora de noticias, egoísta y orgullosa, que solo pensaba en sí misma y en su carrera.

La sorpresa inicial de encontrarse con ella después de tantos meses se evaporó y la ira volvió a ocupar un lugar preferente junto a su corazón.

—He estado a punto de pegarte un tiro. ¿Estás loca? ¿Cómo coño has entrado aquí? —dijo guardando la pistola en la funda que llevaba colgada de la cadera.

Heather sacó la copia que tenía de la llave y la meneó suavemente, decidida a ignorar su tono hiriente.

—No me has dejado elección. No has contestado a ninguno de mis mensajes —se disculpó con un movimiento de hombros.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Para escuchar más disculpas fingidas? Lárgate

—ordenó apartando la mirada y arrebatándole el llavero que colgaba de sus dedos al pasar junto a ella rumbo a la cocina.

—Ian, por favor...

—No quiero hablar contigo. No quiero escucharte, ni verte. ¡Quiero que desaparezcas de una puñetera vez de mi vida!

Estaba furioso consigo mismo. El sutil aroma de su piel se colaba por su nariz y esa cadencia ronca y pausada que era el sonido de su voz le estaba destrozando por dentro. Su cuerpo reaccionaba ante esa mujer como no lo hacía ante nadie y lo único que deseaba era abalanzarse sobre ella y besarla hasta hacerle perder el sentido. Le estaba costando muchísimo contenerse y eso le enfurecía todavía más.

—Es importante, Ian. —Su voz sonaba suplicante, pero él estaba tan concentrado en ignorarla que no se dio cuenta—. No se trata de mí, por favor. Solo quiero...

—¡Me da igual lo que quieras! Hace tiempo que no me importa en absoluto. Has demostrado en muchas ocasiones que puedes apañártelas sola. Estoy harto de que me jodas la vida —la interrumpió mirándola furioso.

Heather permaneció impassible sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en su garganta. En cierto modo, había tenido la esperanza de que todo ese odio y rencor fueran desapareciendo después del tiempo que había transcurrido, pero había vuelto a equivocarse.

—No puedes estar enfadado conmigo siempre, ¡maldita sea! Mírame, Ian, soy yo —exclamó con desesperación abriendo los brazos sin saber qué más podía hacer para recuperar a su amigo.

Ian la miró durante un breve segundo y negó con la cabeza sin esconder su desdén.

—No, no eres tú. No te conozco.

La mirada fría de Ian la atravesó como hojas afiladas haciéndola sentir avergonzada hasta el alma. Jamás la perdonaría. Abrió los ojos al comprender ese hecho. Había perdido a Ian para siempre y no podría hacer nada para recuperarle. Nada.

Se dio media vuelta en silencio y salió de la casa cerrando la puerta tras ella suavemente. Empezó a bajar las escaleras con paso tranquilo, manteniendo la calma, acariciando la madera del pasamanos, pero parecía que con cada paso la parte más importante de su vida se iba evaporando dejando un reguero oscuro y vacío. Las lágrimas la pillaron por sorpresa. Ella no lloraba, se enfrentaba a los problemas y los solucionaba. Las lágrimas eran para los débiles y ella no lo era. La habían entrenado para no serlo, para ser fría, calculadora y emocionalmente distante.

Echó a correr por las escaleras deseando salir de allí cuanto antes. Si Ian no quería ayudarla, encontraría al asesino de Jess por su cuenta costase lo que costase. Se secó las lágrimas con furia y se subió al coche mientras dibujaba en su mente el principio de un plan.

Ian golpeó con tanta furia la pared que un fuerte calambre se extendió desde sus nudillos hasta el hombro. Gruñó de dolor y se sujetó la mano contra el pecho maldiciendo. Siempre le pasaba igual cuando estaba con ella, su cerebro se convertía en mantequilla.

Comenzó a quitarse la ropa y, haciéndola una bola, la metió en la lavadora sin ningún orden, después se metió en la ducha y abrió el grifo del agua fría. Le castañearon los dientes al sentir la cascada de agua sobre la cabeza y apretó la mandíbula mientras agachaba la cara y apoyaba los brazos en la pared.

Recordaba cada palabra que había dicho y no se sentía satisfecho en absoluto. Él no era así, pero no podía evitar castigarla cada vez que tenía la oportunidad, consciente del daño que podían hacer sus palabras. La había herido profundamente, lo había visto en sus ojos y en la expresión angustiada de su rostro y ahora sentía un desagradable sabor amargo en la boca y un vacío enorme en el estómago.

Cerró el grifo y salió de la ducha sacudiendo la cabeza y dejando gotas en el espejo. Se secó el pelo con una toalla y se lo peinó con los dedos esbozando una mueca al ver su imagen reflejada. Llevaba el pelo castaño claro demasiado largo y necesitaba urgentemente un buen afeitado. Parecía más un delincuente que un policía.

Su vida era un auténtico desastre desde hacía un año y no estaba dispuesto a permitir que esa situación continuase así. Escucharía lo que tuviera que decir y tal vez podrían comenzar de cero, aunque lo que habían tenido fuera irre recuperable.

Miraba a su alrededor mientras guardaba el móvil y las llaves cuando un sobre le llamó la atención. Estaba encima de una silla, iluminado por la luz que Alex había dejado encendida.

Se acercó a él con un gruñido, pero cuando estaba a punto de sacar el contenido, su móvil sonó. Molesto, comprobó el número y descolgó al ver que era su compañero.

—Cole.

—Han encontrado el cuerpo de un tipo con un disparo en la cabeza en su propia casa. El aviso lo ha dado el casero y creo que esto te va a interesar: el muerto trabajaba en el Mirror.

Ian se detuvo en mitad de las escaleras con una extraña sensación.

—¿Cómo se llama?

Esperó con una paciencia que no tenía a que Jake buscara el nombre entre sus notas.

—Hamilton.

—¡Mierda! —exclamó impresionado.

—¿Le conocías? —preguntó Jake sorprendido.

—Es amigo de Alex. Joder, Jake, ¿qué ha pasado?

—Mejor te pasas por aquí —dijo mientras le daba la dirección.

Ian cerró los ojos al sentir cómo la culpabilidad le atenazaba el estómago y su rostro palideció al comprender que la insistencia de Alex por hablar con él estaba relacionada con la muerte de Jess. Buscó su número entre los contactos del móvil y soltó una maldición cuando recordó que lo había borrado de la agenda, aunque no de su memoria. Lo tecleó mientras terminaba de bajar las escaleras corriendo y cruzó la calle en dirección a su coche lo más rápido que pudo sin obtener respuesta. Tiró el sobre en el asiento de atrás y arrancó sin más preámbulos.

El sol estaba en su ocaso y las primeras farolas ya se habían encendido. No tardaría en hacerse de noche y el inspector tuvo la seguridad de que no traería nada bueno.

El edificio estaba acordonado y varios coches patrulla se agolpaban en la puerta mal estacionados. Ian aparcó sin mucha ceremonia en un lugar reservado y bajó dando un portazo. Le enseñó su identificación a uno de los policías que custodiaban la entrada de la calle y pasó saltando por encima de la cinta policial. Jake lo esperaba fumando junto al portal, con un pie apoyado en la pared. Se enderezó al verlo.

—No parece que hayan forzado la cerradura —le explicó tirando el cigarro mientras entraban en el edificio—. El forense acaba de irse. La causa de la muerte está bastante clara, la bala atravesó la cabeza limpiamente. No hay signos de violencia, lo que sugiere que o conocía a su asaltante o lo amenazaron de alguna manera para obtener su colaboración.

Ian entró en el apartamento seguido de Jake y saludó a varios conocidos mientras se dirigía al salón. Al entrar a la habitación maldijo en voz alta mientras se mesaba el pelo. Jake entró tras él y juntos observaron el cuerpo de Jess medio tendido en el sofá, con un balazo en la cabeza.

—Lo siento —le dijo Jake tocándole el hombro.

Ian asintió con la cabeza y fue al dormitorio.

No conocía muy bien al muchacho, solo lo que Alex le contaba antes de que su relación se destruyera, pero las pocas veces que habían coincidido, le había parecido un buen tipo y lamentaba que hubiera acabado de esa manera. El dormitorio era un desastre, con ropa tirada encima de la cama y por el suelo, y restos de comida y botellas de cerveza repartidas por toda la habitación. Ian registró los cajones de la cómoda y la mesita de noche, pero no encontró nada significativo. El armario estaba lleno de accesorios fotográficos y demás

material. En uno de los cajones encontró varias fotos de Alex, sonriente con un cigarro en la mano y los ojos brillantes.

—Maldita sea —murmuró mirando las fotos—. ¿Han encontrado algo los de la científica?

—No había casquillos y el asesino se tomó la molestia de llevarse la bala, que quedó incrustada en el yeso de la pared. No hay huellas ni nada que indique que aquí hubiera otra persona.

—No lo entiendo. No parece que falte nada de valor y solo el equipo fotográfico vale unos cuantos miles.

—Podemos descartar el robo. ¿Tal vez un ajuste de cuentas? ¿Un crimen pasional?

—No lo sé. Según Alex, Jess era el típico tío que se liaba con cualquier cosa que llevara faldas. Tal vez deberíamos seguir por ahí. ¿Has hablado con los vecinos?

—La señora Morris vive en la puerta colindante. Me ha contado que no le había visto desde hacía un par de días, aunque eso no era algo extraordinario, ya que conocía a muchas chicas y normalmente pasaba las noches fuera de casa.

Ian apretó los dientes, furioso.

—En qué demonios estaría metido —susurró en voz baja.

Jake lo miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario. Siguió leyendo su bloc de notas y golpeó una hoja con la uña.

—Tendremos que hablar con su jefe, tal vez alguien de su trabajo sepa si tenía deudas de juego o si le habían amenazado de alguna manera —comentó mirando significativamente a su amigo.

Ian se desordenó el pelo de nuevo, un gesto incontrolable que manifestaba cuando estaba nervioso, sabiendo lo que Jake le estaba pidiendo.

—Ya lo he intentado, ¿vale? La he llamado y no coge el puto teléfono. Ha estado en mi casa y no he sido precisamente amable...

Ian fijó la mirada en su amigo con un nudo en la boca del estómago y recordó el sobre olvidado en el asiento trasero de su coche. Horrorizado, salió presuroso de la casa con su compañero pisándole los talones.

—¿Qué pasa? —le preguntó con curiosidad cuando alcanzaron el vehículo.

Ian cogió el sobre y sacó el contenido de un tirón. Una maldición ahogada se le escapó al ver las fotos. Jake silbó por lo bajo al verlas con la cabeza por encima del hombro de su compañero.

—Joder, ese es el cadáver de esta mañana —señaló Jake sin apartar la mirada

de Davis—. Pobre desgraciado. ¿Crees que Hamilton estaba metido en asuntos de drogas?

Ian lo escuchaba a medias aterrorizado. Estaba completamente seguro de que el asesino de Jess había registrado el apartamento en busca de esas fotos, y si había encontrado los negativos no tardaría en saber que había otra persona con él.

—No, lo que creo es que Jess y Alex se metieron donde no debían. ¡Maldita seas, Alex! ¡Si te matan antes que yo, me las pagarás! —exclamó sujetando el sobre con tanta fuerza que lo destrozó sin darse cuenta.

# Capítulo 5

No había perdido su toque, lo que la aliviaba muchísimo. Era la especialista de su equipo y bastante buena, hasta el punto de que su pericia había sido un recurso necesario e imprescindible. Pero hacía demasiado tiempo de la última vez y mientras esa tarde compraba todo lo que necesitaba había temido equivocarse, ser demasiado obvia, pero cuando pasó junto al guardia de seguridad, encorvada, empujando el carrito de la limpieza, supo que nadie vería más allá de la peluca y del uniforme.

Solo había necesitado un poco de investigación para averiguar cuál era la empresa contratada para la limpieza de las oficinas de Preiss Environment. Había entrado en su servidor y había consultado los horarios antes de duplicar un pase y presentarse a la hora indicada con el resto del personal. Había maquillado su rostro, envejeciéndolo, se había vendado el pecho para aplastarlo y una peluca corta con flequillo de un color marrón anodino ocultaba su larga melena oscura.

Era consciente de que la gran mayoría de sus compañeros pensaba que era una esnob por llevar trajes de marca y por ir siempre tan arreglada, pero la realidad era muy distinta. Había aprendido hacía tiempo que la gente veía lo que quería ver y su estrategia había funcionado increíblemente bien durante años. Así, nadie la reconocía cuando vestía con vaqueros, una camisa y una gorra, de manera que podía hacer su trabajo con relativa seguridad.

Le habría gustado volver al polígono, pero tras el tiroteo de la noche anterior no era recomendable, así que la única pista que podía seguir era buscar en las oficinas algo que le sirviera para desenmascarar a Preiss.

Hasta ahora, había revisado varios despachos, incluyendo el del jefe de prensa, pero no había encontrado nada relacionado con las drogas ni con nada ilegal. Llevaba horas allí y estaba empezando a desesperarse. Solo le quedaba subir a la última planta, pero hacerlo no sería tan sencillo. El ascensor tenía un panel de códigos para acceder a los últimos pisos y no sabía si habría algún acceso alternativo; no había tenido tiempo de estudiar los planos del edificio, un error de novata que no volvería a cometer.

No podía marcharse con las manos vacías. Tanta seguridad armada, los



ascensores con acceso restringido, las cámaras de seguridad... Aquello casi parecía un búnker, no una sencilla empresa de reciclaje. Tenía que pensar en algo antes de que el turno acabara.

Empujó el carrito hacia el final del corredor y se metió en el hueco de las escaleras. Estaba en el último rellano de acceso libre y una puerta hermética con un sistema de reconocimiento de tarjetas bloqueaba el paso. Solo necesitaba una de esas dichosas tarjetas para poder entrar donde quería.

—¿Qué haces aquí?

Se giró asustada cuando uno de los guardias la agarró del hombro y se encontró con un pecho grande y amplio a la altura de la nariz.

—Li... limpiando el pasamanos —murmuró levantando la vista.

Una ceja poblada y espesa se elevó con escepticismo. La observó un segundo interminable y pasó una mano por el acero, se miró los dedos y sonrió cabeceando.

—Anda, termina y sal de aquí.

—Enseguida.

Esperó a que el hombre entrara en el pasillo y se llevó una mano al pecho, donde sentía el corazón a punto de explotar, después la metió en el bolsillo del uniforme y sacó la tarjeta que había hurtado de la chaqueta del hombre. Murmuró una plegaria mientras la introducía en la ranura y esperaba el ansiado clic de la puerta al abrirse.

Un leve suspiro se escapó de sus labios cuando la lucecita roja cambió de color. Respiró hondo y entró. Había olvidado el inhibidor de señales en casa y debía ser más rápida que nunca. Intentando encontrar los puntos ciegos de las cámaras avanzó por el pasillo y llegó a la única puerta que había en la planta. Pensó que encontraría otro sistema electrónico de seguridad, pero la cerradura era simple y sencilla. Sacó el pequeño material que llevaba en el bolsillo y la manipuló con cuidado.

Abrió la puerta y se coló en el interior sin pérdida de tiempo. Disponía de pocos minutos porque ignoraba si la habrían visto por la videovigilancia y corrió hacia la mesa en busca del ordenador. Chasqueó la lengua al ver que tenía contraseña, pero eso no era ningún problema, solo un pequeño contratiempo que tenía asumido. Tardó varios minutos en piratearlo y navegó por las distintas carpetas mientras vigilaba la puerta con el rabillo del ojo, pero no encontró nada interesante o relevante hasta que dio con un archivo que llamó su atención y que contenía varias listas de socios de la empresa y recorridos de la ciudad así como un listado de reuniones, con una serie de

datos financieros y nombres.

Llevaba la pistola pero no quería utilizarla a no ser que fuera estrictamente necesario, así que esperaba que la suerte no la abandonara y salir de allí igual que había entrado.

Escuchó un ruido fuera del despacho y maldijo en voz baja. No tardarían en encontrarla allí. Apagó la pantalla justo cuando la puerta se abría de golpe.

—Te hemos visto, zorra. Sal ahora mismo muy despacio.

Su mente se quedó en blanco mientras permanecía agachada junto al sillón. Su primer impulso había sido sacar la pistola, que tenía sujeta con ambas manos, pero la guardó controlando el ritmo de su respiración mientras calculaba sus posibilidades. Si disparaba, el lugar se convertiría en un hervidero de guardias de seguridad, eso sin contar con que no tenía ninguna autoridad para estar allí.

Allanamiento, robo y asesinato. Sería una buena manera de acabar el día.

El halo de luz que entraba desde fuera no era suficiente para iluminar todo el despacho por lo que podría moverse por el lateral y pillar por sorpresa al guardia. Solo había uno, si podía reducirlo sin que pudiera avisar a nadie más, podría huir por las escaleras y escapar por la puerta de servicio antes de que alguien acudiera en su ayuda.

—No sé qué estás buscando, pero te has metido en un buen lío. Sal de una puta vez.

Vio que el hombre se movía hacia la izquierda tanteando la pared, seguramente buscando el interruptor de la luz.

Debía darse prisa.

Se arrastró entre las sombras haciendo el menor ruido posible. Con un poco de suerte podría salir por la puerta mientras el tipo recorría la habitación por el otro lado. Estaba a punto de alcanzar la salida, cuando una sombra llenó todo el haz de luz, impidiendo que saliera.

—¿Qué coño haces? —preguntó el recién llegado apuntando con la linterna al hombre que había entrado primero.

—Buscando la luz —gruñó—. Esa puta todavía está aquí. No te quedes ahí y ayúdame.

El segundo guardia suspiró y dio un paso hacia adelante en el momento en el que Alex se deslizaba por el suelo y lo golpeaba en las pantorrillas, desequilibrándolo y tirándolo al suelo con un golpe sordo.

—¿Qué...?

El hombre intentó sacar la pistola, pero ella fue más rápida y le tiró del brazo

mientras que con el codo le golpeaba en la cara, rompiéndole la nariz.

—¿Qué pasa? ¡Lamp! ¡Lamp!

Heather se levantó mientras el guardia se quejaba tirado en el suelo y no esperó a que el otro los alcanzara, corrió hacia él y saltó sobre su espalda cogiéndolo del cuello y agarrándole con las piernas para hacerle una llave que le dejó noqueado en el suelo.

No se quedó a ver si se levantaban, corrió hacia la puerta y salió al pasillo en dirección a las escaleras. El sonido de varios disparos retumbó junto a su oreja, pero siguió corriendo sin mirar atrás. Alcanzó la puerta, la cerró por fuera y siguió corriendo escaleras abajo hasta llegar a la zona de personal. Atravesó la zona de descanso y la garita de los guardias sin detenerse a responder las preguntas de los trabajadores sorprendidos que se encontraba a su paso, y salió al callejón lateral por donde se accedía al edificio.

Caminó deprisa hacia la vía principal y entró en el primer bar que vio atestado de gente. Se abrió paso entre los clientes y se encerró en los servicios.

Se quitó el uniforme y lo hizo una bola para tirarla a la basura, después se deshizo de la peluca y se dejó su larga melena suelta, peinándola con los dedos. Se miró al espejo y se dio por satisfecha con su aspecto. No podía hacer nada con el maquillaje, pero el conjunto de *leggings* negros y camiseta con incrustaciones también de color negro no le quedaba del todo mal y le daba un aire elegante y desenfadado. Nadie la relacionaría con la limpiadora que había entrado minutos antes.

Salió de nuevo a la calle, se paró en el borde de la acera elevando la cara hacia las estrellas y pensó en Jess.

Su amigo estaba muerto y solo podía culparse a sí misma.

No sentía nada, ni miedo ni euforia ni remordimientos. Apenas había pensado qué debía hacer o cómo hacerlo, simplemente lo había hecho. Suspiró y empezó a caminar calle abajo.

Gil tenía razón, siempre la tenía. Nunca dejaría de ser lo que era, por mucho que se esforzara en aparentar lo contrario.

Paró un taxi y le indicó que la llevara al puerto. En el ordenador de Preiss había llegado a ver que esa noche habría una reunión y no iba a perdersela.



El teléfono que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta vibró por segunda

vez en menos de cinco minutos y un suspiro exasperado brotó de su boca. Lo sacó y leyó el mensaje, primero con sorpresa y después con una creciente sensación de desastre que sus años en el servicio militar le habían enseñado a no ignorar.

Enfadado a un nivel que sus subordinados preferirían no ver, llamó a la oficina en busca de una explicación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó controlando la ira de su voz.

—Señor, no estamos seguros. Una de las limpiadoras ha reducido a dos de nuestros hombres en el despacho del jefe. Estamos comprobando si ha robado algo...

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Una limpiadora?

—Sí, señor. Le estoy enviando las imágenes.

Se apartó el teléfono de a oreja y miró la pantalla sin dar crédito a lo que estaba viendo. Apretó los dientes marcando la mandíbula y sus dedos se cerraron alrededor del aparato de forma inconsciente.

Había sospechado de la presencia de otra persona en el interior del almacén al descubrir todo el material que llevaba encima el fotógrafo y tenía la prueba en la mano. Era demasiada coincidencia un asalto a dos de sus instalaciones en un periodo tan corto de tiempo.

Tamborileó los dedos sobre el muslo pensando qué paso debía dar. No era el mejor momento, la reunión con Finch estaba a punto de celebrarse y la situación era demasiado delicada para permitir que algo saliera mal, pero ocultar lo ocurrido sería más perjudicial a largo plazo y, aunque sabía que tenía toda la confianza de Preiss, no podía tomar una decisión sin su previa autorización. Orwell se acercó a su jefe y se preparó para darle la noticia. Se cuadró delante de su mesa y, solo cuando le prestó atención, comenzó a hablar.

—Hemos tenido un problema de seguridad en la oficina central. Creo que puede tratarse de la persona que iba con el fotógrafo.

—¿Se ha llevado algo?

—Están comprobándolo.

—Encárgate del problema. La reunión con Finch no puede retrasarse ni verse afectada por esto, sin sus canales de distribución, perderemos millones de dólares.

—Lo entiendo, señor. Me ocuparé personalmente.

Preiss hizo un movimiento con la mano y Orwell inclinó la cabeza en señal de respeto antes de retirarse

Faltaba menos de una hora para la reunión y esa era su principal

preocupación; aumentaría la seguridad en la zona y vigilaría cada acceso. Después buscaría a esa mujer y le daría una lección que no podría olvidar.

# Capítulo 6

El principal puerto de carga del estado estaba localizado al norte de Boston, en Charlestown, y allí fue donde Alex se bajó del taxi. No iba vestida de forma apropiada para dar un paseo por las cercanías del río Charles y el frío y la humedad de la noche se colaron en el interior de sus huesos haciendo que su cuerpo tiritara levemente.

El taconeo de sus botas retumbó en el silencio de las anchas calles rodeadas de almacenes navales y se detuvo, indecisa. Su atuendo era idóneo para el centro de Boston, pero no para aquella zona y a esa hora de la madrugada; llamaría demasiado la atención si alguno de los hombres de Preiss la descubría. Necesitaba pensar un plan alternativo y cuando vio a un par de prostitutas pasear a varios metros de ella, lo tuvo. Comprobó el dinero que llevaba en el bolsillo y lo sostuvo en la mano mientras se acercaba con decisión.

—¡Perdonad! —las llamó sonriente. Las mujeres se pararon y la miraron con curiosidad—. Necesito vuestra ropa. ¿Con esto es suficiente?

Una de las chicas la miró de arriba abajo elevando una ceja sin decidirse a coger el dinero.

—Os daré mi ropa a cambio —insistió.

La otra joven agarró los billetes que sostenía y comenzó a desvestirse sin pudor. Alex sonrió y la imitó a una velocidad asombrosa. La ropa no era de su talla y le apretaba el pecho y la cintura, pero no se permitió el lujo de ser quisquillosa. Se trataba de pasar desapercibida en aquel ambiente y cuanta más carne enseñara, mejor.

Las jóvenes se alejaron entre risas y Alex se dirigió más confiada hacia el muelle donde sería la reunión. Solo esperaba no tener que llevar su papel más lejos de lo necesario.

Caminó sin prisa alrededor del acceso que tenía que cruzar, pero la presencia de media docena de hombres armados la hizo desistir de intentarlo por la fuerza. Supuso que su visita a la oficina de la empresa había provocado que Preiss tomara medidas adicionales para esa reunión, pero solo era una eventualidad de fácil solución.

Dio media vuelta y se encaminó hacia los muelles laterales. Si no podía colarse por la puerta, lo haría sorteando los contenedores almacenados en columnas a lo largo de todo el puerto.

Se deshizo de los zapatos y se subió la falda hasta las caderas para poder escalarlos con comodidad, cuando no pudo acercarse más, se tumbó sobre la superficie metálica y sacó su móvil. Su ropa era muy llamativa, de tonos rojos y dorados, pero esperaba que ningún reflejo inoportuno la delatara subida sobre aquella mole de hierro.

Un coche de color oscuro con las lunas tintadas estaba aparcado a un centenar de metros de ella y memorizó la matrícula. Después, observó a los hombres uno a uno que lo rodeaban y que vigilaban las inmediaciones, atentos a cualquier movimiento o sonido extraños. No reconoció a ninguno, pero esperaba que el hombre que había matado a Davis y a Jess hiciera acto de presencia. Abrió su móvil con la intención de conseguir pruebas gráficas y arrugó el entrecejo al ver varias llamadas perdidas de Ian.

Supuso que habría visto el contenido del sobre que dejó en su casa, pero ya era tarde. Si hubiera contestado sus llamadas mucho antes, tal vez, Jess no estaría muerto y ella no estaría congelándose el culo. Cerró los ojos y movió la cabeza enfadada consigo misma.

No era el momento de distraerse con lamentaciones; si quería pillar a Preiss haciendo algo ilegal debía estar concentrada en su objetivo. Dejó el teléfono con la opción activada «No molestar» y fotografió todo lo que abarcaba su vista.

Apoyó la barbilla sobre las manos y relajó los hombros. El frío había terminado por entumecer su piel, más desde que su cuerpo iba apenas cubierto por dos tiras de tela, y eso solo acrecentaba su malestar. Siempre había odiado esperar y la reunión parecía que iba con retraso.

El sonido de un motor acercándose puso a los hombres en movimiento. Un BMW negro se detuvo cerca del otro coche y tres hombres se bajaron de él provocando que en el otro vehículo también se abrieran las puertas.

El corazón de Alex se disparó al reconocer al asesino de Davis junto a uno de los hombres más famosos de la ciudad: Leonard Preiss. Empresario de éxito y filántropo, se codeaba con la clase social alta y política de Massachusetts y era admirado por la mayoría de la prensa estatal. Pero no era él el objetivo de la mirada asesina de Alex. Tenía que apelar a toda su fuerza de voluntad para no sacar su pistola de 9mm y pegarle un tiro entre los ojos al cabrón que había asesinado a su amigo.

Orwell levantó una mano para detener a Preiss junto al coche y caminó hacia los tres hombres que habían llegado, intercambiaron unas breves palabras y los cacheó a conciencia. Solo cuando quedó satisfecho, permitió que su jefe se acercara.

Alex aplicó el zoom de la cámara y arrugó el entrecejo al reconocer al hombre con el que negociaban. Roger Finch era un viejo conocido; su equipo se había cruzado con su nombre en alguna ocasión cuando investigaban el tráfico de armamento con células terroristas en Europa, pero nunca había formado parte de sus objetivos. Sabía que los federales iban detrás de él, pero no habían sido capaces de conseguir las pruebas suficientes para detenerlo.

Al contrario que Preiss, que era un hombre menudo, con calvicie incipiente y gafas, Finch era una mole de puro músculo. Esa diferencia física podía extrapolarse a la forma de dirigir sus organizaciones criminales; mientras el primero lo hacía desde el poder de su posición social y económica con una inteligencia privilegiada, Finch usaba el temor por la fuerza física para ganarse el respeto de sus subordinados y clientes. Formaban un tándem peculiar, pero no por ello menos peligroso y Alex sería una necia si no lo tuviera en cuenta.

Maldijo su mala suerte. Si hubiera podido acercarse un poco más, podría grabar toda la conversación y matar dos pájaros de un tiro, pero desde esa posición, solo podía limitarse a tomar imágenes.

La reunión duró poco más de media hora y por la efusividad que mostraban al estrechar sus manos, era obvio que habían llegado a un acuerdo.

Ambos volvieron a sus respectivos coches y Preiss y Orwell fueron los primeros en irse; Finch se demoró un poco más hablando con sus hombres y fue entonces cuando un jadeo provocado por la sorpresa se escapó de sus labios. Apagó el teléfono y se aplastó un poco más contra el suelo del contenedor, algo absurdo teniendo en cuenta que sería imposible que él pudiera verla desde esa distancia.

Que Steve estuviera allí lo cambiaba todo; contactar con él sería peligroso si, como sospechaba, estaba infiltrado en la organización de Finch, pero era una oportunidad que no podía desaprovechar.

Se arrastró hacia atrás para descolgarse de la parte superior del contenedor y apoyó las puntas de los pies en uno de los filos metálicos que sobresalían; saltó al suelo y recogió sus zapatos, se recolocó el pecho bajándose un poco más el escote y procuró que la falda cubriera lo justo. Se peinó con los dedos y echó a andar balanceando las caderas de forma exagerada deshaciendo el



camino hacia el acceso principal.

Remoloneó alrededor de la puerta y cuando lo vio salir junto a un grupo de hombres, se acercó colocando una sonrisa seductora en su boca.

—¡Eh, guapo! ¿Quieres compañía? —preguntó guiñando un ojo.

Steve desvió la mirada hacia ella mientras seguía hablando con su compañero y Alex supo el momento exacto en el que la reconoció. Sus pupilas se dilataron y su boca tembló al aspirar de golpe, el movimiento de sus pies se ralentizó hasta detenerse por completo y, durante un segundo interminable, Alex temió que la impresión hiciera que los delatara.

—¡Joder, colega! Todas las tías buenas siempre se fijan primero en ti —comentó el hombre que iba a su lado dándole un codazo en el costado.

El golpe pareció despertarlo de su trance, porque sonrió encogiéndose de hombros.

—Mala suerte, tío —contestó alejándose de él para ir a su encuentro.

Su sonrisa se acentuó y, cuando llegó hasta ella, enlazó un brazo con el suyo y escondió el rostro en su cuello.

—Casi me da un ataque al corazón. Espero que tengas una buena explicación para esto —gruñó.

—Estaba siguiendo a Preiss. Esto también ha sido una sorpresa para mí.

—Aléjate de esa gente, Alex. Esto es muy peligroso...

—No puedo hacerlo, han matado a alguien a quien apreciaba. Mira —dijo hablando más rápido al advertir que alguien los miraba con disgusto—, no quiero causarte problemas ni interferir en tu trabajo, solo dime si Finch va a distribuir las drogas de Preiss y seguiré sola a partir de ahí.

—¿Cómo sabes...?

—¡Viper! —le llamó el jefe del grupo dando un paso hacia ellos no demasiado contento.

Steve lo miró y levantó una mano, después meneó la cabeza de un lado a otro reprimiendo un suspiro. Supuso que Alex estaría haciendo una investigación para uno de sus reportajes y se apresuró a contestar.

—Sí, pero por lo que más quieras, no vayas más allá o no podré protegerte.

—No estás solo, Stevie. Yo te protegeré a ti, te lo prometo.

Steve no pudo reprimir una breve carcajada al ver su expresión risueña y la abrazó con fuerza.

—Me conformo con que te protejas a ti misma.

—¡Viper! Tenemos que irnos.

Ambos se giraron hacia el hombre que había hablado y Steve se apartó de ella.

—Tengo que irme. Dile a Ian... —se interrumpió indeciso.

—Se lo diré.

—Alex...

—Ten cuidado. —Le dio un beso en los labios que provocó los silbidos de los hombres que les observaban y se alejó antes de que a alguno se le ocurriera entretenerse con ella.

—¿De quién era la mala suerte? —Su amigo apareció a su lado de repente, hablando entre risas.

Steve rio con él y volvieron al grupo, no sin antes echar un vistazo hacia atrás y observar que Alex ya no estaba por ninguna parte. Siguió bromeando con su amigo, pero tenía la cabeza en otra parte. La unión de las dos organizaciones más importantes de la costa este no era algo que pudiera tomarse a la ligera, solo esperaba que la obsesión de Alex por descubrir la verdad no tuviera consecuencias.

# Capítulo 7

Eran las cuatro de la mañana y su nivel de desesperación hacía rato que había entrado en la histeria. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba dando vueltas en el apartamento sintiendo ira, frustración y un miedo horrible, las mismas que había estado pendiente del teléfono por si ella volvía a llamar o por si Jake le comunicaba algún dato nuevo.

Había registrado el apartamento sin ningún escrúpulo, aunque no había conseguido adivinar la contraseña de su portátil. En la basura había encontrado una botella de alcohol vacía y algunas vendas y apósitos, por lo que confirmaba su teoría de que Jess y ella se habían metido en problemas.

Jamás se perdonaría que le sucediera algo. Se dejó caer angustiado en el sofá y volvió a mirar el reloj. Estaba perdiendo un tiempo precioso ahí sentado en lugar de recorrer la ciudad buscándola.

Se levantó de un salto al oír ruido en la cerradura y saltó por encima del sofá para llegar cuanto antes a la puerta. Abrió de un tirón, sintiendo un cúmulo de emociones indescifrable, pero no llegó a ver a nadie. Alex le propinó tal golpe en los riñones que se encogió de dolor maldiciendo.

Ella no vio a quien había golpeado. Al sentir que abrían la puerta desde el interior había reaccionado instintivamente y empezó a correr escaleras abajo con un miedo atroz sin escuchar como Ian la llamaba a voces.

—¡Maldita sea!

El inspector corrió detrás, pero era muy rápida y no consiguió alcanzarla hasta casi llegar a la calle. La agarró del brazo y tiró de ella, pero siguió resistiéndose y utilizó el impulso de la fuerza usada por él para golpearle en la cara con su propio brazo.

—¡Joder! ¡Alex! ¡Para! —Intentó sujetarla del otro brazo, pero ella aprovechó que disminuyó su agarre para girarse y empujarlo contra la pared retorciéndole el brazo hacia atrás—. ¡Alex, soy yo! Soy yo. Soy Ian. —Alex pareció entender por fin lo que le decía porque aflojó el brazo y se separó un par de pasos.

—¿Ian? —Su voz sonó como la de una niña y cuando él se giró la vio temblar como una hoja.

—Sí, soy yo... Tranquila, cariño, soy yo —dijo mientras daba un paso hacia ella y alzaba una mano para tocarla—. Soy yo. No dejaré que te pase nada.

Alex le miró a los ojos y él se sorprendió de no reconocerlos. Estaban velados, oscuros, fríos. Tragó saliva y le acarició la mejilla con infinita suavidad, haciéndose un millón de preguntas. Después bajó la mirada y aspiró una bocanada de aire al darse cuenta de la ropa que vestía. Iba casi desnuda, con un top que dejaba ver sus pechos casi por completo y una minúscula falda que no escondía nada.

—Por el amor de Dios, Alex, ¿qué llevas puesto? —exclamó con horror.

Ella comenzó a reír con cansancio y nerviosismo y fue hacia el ascensor. De repente, toda la adrenalina la había abandonado y notaba su cuerpo demasiado pesado.

—Quiero darme una ducha y dormir una semana.

—No creas que vas a librarte de esta, ¿me oyes? Tienes mucho que explicar —dijo entre dientes. Alex lo miró por encima del hombro y suspiró antes de asentir—. ¿Y dónde has aprendido a pelear así?

No contestó, no podía. Pero llevaba demasiado tiempo mintiendo y ocultando la verdad y después de lo sucedido con Jess estaba a punto de quebrarse.

—¿De verdad te importa? Como dijiste, sé cuidarme muy bien sola —dijo girándose hacia él con una furia repentina—. ¿Qué estás haciendo aquí, Ian? Dejaste muy claro que te importo una mierda y si has venido a decirme que Jess está muerto, puedes ahorrártelo porque ya lo sé.

—¿Qué...?

—Fui a su casa. Lárgate, Ian. No te necesito.

Estaba tan sorprendido que no reaccionó hasta que fue demasiado tarde y las puertas del ascensor se cerraron con ella dentro.

—Será posible... ¡Alex! —gritó dándole un golpe a la puerta de acero—. Me cago en...

Subió las escaleras corriendo y la interceptó justo a tiempo de que cerrara la puerta de su apartamento. Le dio un fuerte empujón y entró dando un portazo.

—¿Crees que esto es otra de tus noticias o alguna especie de juego? ¿Sabes que encontramos el cadáver del tío de la foto? La misma foto que hizo Jess, ¿no? Y ahora él también está muerto. Si crees que voy a permitir que sigas con esto es que estás más loca de lo que pensaba.

—¿Tú no vas a permitírmelo? —Alex se echó a reír de nuevo y le dedicó una mirada burlona antes de quitarse el top y quedarse en sujetador.

—¿Te divierte? —Estaba a punto de cometer una locura como arrancarle el

resto de la ropa y besarla hasta que perdiera la razón. Eso o dispararle. La agarró del brazo dispuesto a hacer... no sabía el qué, pero quería zarandearla hasta que entrara en razón y dejara de comportarse como una lunática, pero entonces vio sus ojos y el profundo dolor que había en ellos, oculto tras esa chulería y prepotencia tan irritantes.

—Jess está muerto, Alex —repitió con menos brusquedad—. Lo encontramos sentado en el sofá... con un disparo en la frente...

Sus ojos del color del ámbar brillaron una milésima de segundo y su cuerpo entero se estremeció. Le apartó la mano de su brazo y caminó hacia el baño arrastrando los pies.

«La prioridad es terminar la misión, ya habrá tiempo de llorar a los muertos». Era una de las frases favoritas de Gil. Ella nunca había perdido un compañero, pero él sí y hasta entonces nunca había entendido cómo podía desvincularse lo suficiente para hacer lo que debía sin dejarse influir por el dolor o la culpabilidad. Esa noche lo había hecho, pero todo el peso de lo sucedido le sobrevino de pronto.

Echó el pestillo y se apoyó en la puerta sin ser consciente de las lágrimas que mojaban su piel y los sollozos desgarradores que atravesaban la madera.

Era culpa suya. Jess estaba muerto por su culpa.

Se sentó en el suelo helado y se tapó la cara con las dos manos dejando escapar toda la tensión y la culpabilidad mientras al otro lado Ian la escuchaba aguantando su propia dosis de vergüenza.

Él era el profesional, el poli, el que debería haber escuchado lo que Alex tuviera que decir, pero se había dejado llevar por el rencor y sus sentimientos y ahora ese muchacho estaba en el depósito.

Se sentó en el sofá echando la cabeza hacia atrás y estirando las piernas. Su corazón por fin latía más despacio, aliviado de que ella estuviera sana y salvo de nuevo a su lado.



Lo primero que notó al salir del cuarto de baño fue el olor del café. Un olor delicioso, amargo pero con ese toque a vainilla que tanto le gustaba. La nube de vapor la siguió hasta el salón, desde el que se accedía al único dormitorio y a la pequeña cocina. Ni siquiera podía denominarse casa a ese zulo en el que vivía, pero tenía una ventana con terraza, era céntrico y fácil de mantener. No

necesitaba nada más. Al menos había sido así siempre, ahora Ian estaba en su minicocina, llenando el espacio, y todo le parecía demasiado estrecho y asfixiante.

Se sintió insegura llevando solo el albornoz y entró en su cuarto para vestirse. Cogió unos vaqueros elásticos y una blusa ancha y se los puso despacio mientras su dolor de cabeza crecía, después se tomó un par de analgésicos y salió para enfrentarse a Ian. Le debía muchas explicaciones, pero primero se moría por una taza de ese elixir revitalizante.

Él ya la esperaba sentado de nuevo en el sofá sujetando su taza. Vio cómo giraba la cabeza al escuchar la puerta del dormitorio y no le quitaba la vista de encima hasta que se sentó en la silla del escritorio, frente a él. Le dio un largo sorbo a su café y suspiró con los ojos cerrados saboreando el líquido.

—Está buenísimo...

—Alex...

—He dormido cinco horas en dos días, así que, por favor, dame un respiro, ¿quieres? —No había sido su intención que su voz sonara así de desafiante, pero estaba cansada y agobiada y quería tomarse la maldita cafeína con un poco de tranquilidad.

—¡Y yo he pasado un infierno pensando en dónde coño estarías! —exclamó levantándose de golpe—. Mirando el puto teléfono por si Jake me llamaba para decirme que habían encontrado tu cuerpo tirado por ahí, así que no me jodas. ¿Tienes la más mínima idea del miedo que he pasado esta noche? ¿Has pensado siquiera en tu hermano mientras correteabas por ahí vestida... así?

—Llevo haciendo este trabajo desde hace diez años, así que tus miedos son injustificados —replicó con calma.

—¿Qué trabajo? ¿Ponerte en peligro? ¿Poner en peligro a los demás? —Ese había sido un golpe muy bajo. Lo supo en cuanto vio cómo apartaba la mirada y giraba la silla para darle la espalda y quedar frente al ordenador—. No quiero discutir. Si tienes información sobre los asesinatos, necesito conocerla y asegurarme de que nadie va detrás de ti y en el caso contrario tomar las medidas oportunas.

Ella tampoco quería discutir, por eso se limitó a encender el ordenador y sacar el móvil del bolsillo. Las fotos que había hecho esa noche en el cargadero del puerto no serían buenas, pero esperaba que sirviera alguna.

—¿Puedes...? ¿Por qué siempre es tan difícil hablar contigo?

—Han sido dos días muy complicados y no dejás de atosigarme.

Reproches y más reproches. Era la misma historia de siempre y estaba harta.

Giró la silla para quedar de nuevo frente a él y lo vio con los ojos cerrados y una mano apretándose el puente de la nariz.

Sonrió casi sin querer. Llevaba el pelo demasiado largo y revuelto y el mentón sin afeitar, por lo que el hoyuelo de su barbilla quedaba enmascarado. El continuo entrecejo arrugado ocultaba gran parte de su mirada azul y parecía un poco más corpulento. Daría cualquier cosa por ver su amplia sonrisa, pero algo le decía que no volvería a mostrarla, al menos delante de ella.

—El hombre de las fotos es Marshall Davis —dijo llamando su atención. Quería que la mirara, aunque no con esa expresión distante y cautelosa, sino con la de antes. Quería que todo fuera como antes. Carraspeó al sentir un nudo en la garganta—. Vino a verme después de conocerme en la manifestación de Preiss Environment. Quería que le pagara por cierta información.

—¿Qué información? —preguntó Ian tomando asiento.

Tomó aire y le expuso todo lo acontecido hasta hacía unas pocas horas mientras él escuchaba atento con el cuerpo echado hacia adelante y en completo silencio. De vez en cuando su ojo izquierdo hacía un pequeño tic y según avanzaba la narración, los nudillos de sus puños iban adquiriendo un color cada vez más blanquecino.

—¿Estás segura de que no te vio nadie? —preguntó cuando ella le relató que seguramente habrían tomado la matrícula de la moto de Jess y que por eso supieron dónde encontrarlo.

—Capé las cámaras con un inhibidor de señales.

—¿Un inhibidor...?

—En internet hay de todo —le cortó volviendo a prestarle atención al ordenador—. Anoche fui a las oficinas de Preiss. No tuve tiempo de copiar su disco duro, pero leí lo suficiente para descubrir que había una reunión en el puerto.

—Pirateaste el ordenador de... —Cerró los ojos intentando calmarse, algo imposible si cada vez que hablaba, lo que decía era una locura aún mayor que la anterior—. Dime que no has ido —ordenó enderezándose en el asiento sintiendo como la cabeza le daba vueltas—. Qué imbécil soy. ¡Claro que has ido! Has ido a uno de los sitios más peligrosos de la ciudad, de noche y sola, y encima vestida como...

—Como una puta, puedes decirlo. Le pagué a una para que me diera su ropa —explicó levantando el mentón con orgullo.

Entre divertida y asustada vio como el rostro del inspector se tornaba del rojo al azul y de este al pálido más absoluto. Esperaba que le echara un rapapolvo

pero le sorprendió guardando silencio y mirándola como si observase un objeto extraño y peculiar.

—No entiendo... ¿Merece la pena? ¿Exponerte de esa manera? ¿Por qué? ¿Por conseguir una exclusiva? ¿Tan importante es para ti que no piensas en lo que sufrimos los demás? Haces lo que te da la gana sin preocuparte por Dennis o por mí, en cómo nos sentiríamos si te pasara algo —concluyó despacio.

—No hago esto por una exclusiva —afirmó dolida, aunque sintió un calor extraño cuando él dejó entrever que todavía se preocupaba por ella.

—No lo sé, cada vez te entiendo menos y la verdad es que no... no puedo más. Todo esto es una locura.

Se levantó y cogió la cazadora que había dejado sobre una silla cuando entró.

—¿Qué haces?

—Está a punto de amanecer así que intenta descansar algo. Te esperaré en el coche y te llevaré a comisaría; allí podrás explicarle todo lo quieras al capitán Murray. Yo... no quiero saber nada más sobre esto, ni lo que has hecho ni lo que piensas hacer. Estoy muy cansado de ir siempre detrás de ti y que tú...

—Suspiró y se pasó una mano por el pelo antes de mirarla una última vez—. Se acabó, Heather.

Alex se puso de pie mirándolo con verdadero pánico. Él nunca la llamaba así, nunca. Si permitía que saliera de allí dejando que pensara todo eso sobre ella, no habría vuelta atrás. Lo sabía. Ian no era un hombre que tomara decisiones a la ligera y después se arrepintiera. Era la persona más testaruda y orgullosa que había conocido, sin contarse a ella misma, y no le regalaría una segunda oportunidad.

Estaba a punto de salir de su vida para siempre y, sin pensarlo, sus labios se movieron por iniciativa propia antes de que él pudiera agarrar la manivela de la puerta.

—Hasta hace un año trabajé como agente de la CIA.

Ya está. Lo había dicho. Y él se quedó como una estatua de sal, con la mano a pocos centímetros de la puerta. Sintió como la garganta se secaba y su respiración se volvía arrítmica mientras una bandada de hormigas correteaba dentro de ella haciéndola temblar. Su mundo acababa de paralizarse y él no decía nada.

—Me reclutaron en la universidad, cuando pirateé las contraseñas de seguridad nacional. Quería... quería hacer un trabajo sobre... —Estaba divagando—. Da igual. El caso es que me pillaron y me propusieron trabajar como analista para ellos. Y acepté. Después decidieron que podían



aprovechar mis... dotes, por decirlo de alguna manera, para otra clase de objetivos y me instruyeron. Me enviaron a París y a Múnich para vigilar células terroristas, averiguar qué contactos tenían y dónde compraban el armamento. Seguíamos a Henson desde hacía meses. —Ian la miró entonces con los ojos completamente inexpresivos—. No esperábamos que volviera a Estados Unidos y cuando esa escoria mató a aquel camello... no tuve elección. Nunca quise escribir aquel artículo ni hacerte daño, pero se acababa el tiempo y necesitábamos que volviera a Alemania para cerrar el trato con un traficante de armas que le vendía material a los islamistas radicales. Te juro que sangré cada palabra de aquel artículo porque sabía lo que supondría para ti. Si ahora hago esto no es... no es por notoriedad o porque me importe más mi carrera que las personas. Jess está muerto por mi culpa y tengo los medios y los conocimientos necesarios para encontrar a su asesino.

La habitación quedó en silencio y ambos permanecieron envueltos en un halo espeso y denso, irrespirable. Ninguno de los dos dijo nada ni apartó la mirada de los ojos del otro. Ella fue la primera en reaccionar. Se sentó de nuevo y ladeó la cabeza apoyando las manos sobre sus rodillas.

Había abierto la caja de Pandora y no había nada más que pudiera hacer o decir.

—¿No vas a decir nada? —preguntó después de varios minutos aguantando estoica la mirada insondable del inspector.

Ian pareció despertar. Desvió la mirada hacia el suelo y después otra vez a ella antes de abrir la puerta y salir del apartamento cerrando la puerta con infinita suavidad.

Alex sintió aquel gesto como una bofetada. Se mordió los labios para no gritar y se obligó a mantener la postura rígida y las manos sobre las piernas para no dejarse llevar y ponerse a romper cosas como una loca. Repitió cada palabra que había dicho en su mente, pensando de qué otra manera podría haberse expresado, si debería haber sido más sutil, pero por mucho que pensara en ello, ya no había marcha atrás.

Enchufó el móvil al portátil y buscó las últimas fotos que había hecho. Salían oscuras así que se centró en trabajar. Abrió un programa de procesador de imágenes y las retocó para limpiar el ruido y darles más luminosidad.

Ahí estaba el hombre que había matado a Davis. El que aparecía en las fotos de Jess. Llevaba un traje oscuro con camisa negra y corbata del mismo color; la chaqueta abierta dejaba ver una sobaquera de la que colgaba una Glock, quizá del calibre 9, aunque no había podido acercarse tanto como para

asegurarle. Tenía unas entradas muy marcadas y llevaba el pelo casi rapado, barba recortada y el principio de un tatuaje en la nuca.

Heather frunció el ceño y acercó la cara a la pantalla mientras aumentaba el zoom de la foto. Conocía a ese desgraciado de algo, pero era incapaz de recordar dónde. Las imágenes de repente bailaron delante de sus ojos y parpadeó para aclararse la vista. Demasiadas horas sin dormir, además de la tensión y el cansancio emocional. Intentaría recordar dónde había visto a ese matón después, cuando durmiera un poco.

Se levantó de la silla, cogió los restos del café y fue hasta su cuarto arrastrando los pies; al pasar por delante de la puerta de la calle, se quedó mirándola medio segundo, pensando en Ian. Un pinchazo agudo le atravesó el pecho y ahogó un sollozo antes de abrir una caja de somníferos y caer rendida sobre la colcha. Mañana volvería a ser fría, valiente y calculadora, ahora solo quería hacerse un ovillo y desaparecer.

# Capítulo 8

No pensaba volver. Se había marchado seguro de que no volvería, con la idea clara de hacer un informe para su capitán y que le diera el caso a otro. Se había subido a su coche y alejado de allí con una velocidad excesiva, tan abrumado y conmocionado que no podía pensar.

Alex era una agente de la CIA. «Exagente», dijo una vocecita en su cabeza.

—¡Qué coño importa! —gritó golpeando el volante mientras esperaba en un semáforo. Que lo fuera todavía o no carecía de importancia.

Por mucho que intentara engañarse a sí mismo, intuía que no era otra de sus paranoias. Esa seguridad en sí misma, esa manera de pelear y la inesperada frialdad de sus ojos... Lo que más le dolía era que le había mentido. Durante años. Él era policía, ¿acaso pensaba que no podía confiarle algo así? Podría haberle ocultado su doble vida al resto del mundo, pero no a él.

Y luego estaba lo de Henson.

Aceleró como un kamikaze cuando se abrió el semáforo, sintiendo como la ira y la rabia tomaban el control de sus emociones.

Alex y él se veían todas las semanas, cenaban, veían una peli o simplemente charlaban con una copa en la mano. Su relación era pura e inviolable, algo que siempre había estado ahí; ella formaba parte de él al igual que él formaba parte de ella, como un todo. Que él le hablara de sus casos o ella de sus investigaciones periodísticas era lo normal, incluso alguna vez Alex le había proporcionado otro punto de vista en casos difíciles.

Aquel caso era uno más, un claro y sencillo ajuste de cuentas. Las cámaras de seguridad habían grabado a Henson apuñalando a aquel camello después de una breve discusión. Solo tenían que esperar que apareciera en algunos de los sitios que solía frecuentar para detenerlo, y entonces Alex publicó el maldito artículo mostrando la foto de Henson acompañado de una extensa entrevista a su madre. El tipo desapareció sin más, el caso nunca se cerró y él pasó a ser el hazmerreír del departamento.

Después de un año por fin tenía una explicación. ¿Tráfico de armas? ¿Terrorismo? Que Alex hubiera tenido motivos de causa mayor para hacerlo no le aliviaba ni cambiaba nada y, sin embargo, allí estaba de nuevo, en el

punto de partida.

Echó el freno de mano y miró por la ventanilla hacia lo alto del edificio. Las luces del apartamento de Alex estaban apagadas y murmuró un agradecimiento; no tenía fuerzas para enfrentarse a ella otra vez.

Sacó el teléfono y marcó el número de su compañero.

—¿Estabas durmiendo? —le preguntó cuando escuchó su voz más ronca de lo habitual.

—Tío, son las... seis de la mañana. Todavía es de noche, joder.

—Necesito que me cubras con Sam hoy.

—¿Va todo bien? ¿Has hablado con Alex?

—Sí, pero necesito hablar con ella diez minutos seguidos sin discutir.

—Escuchó la risa entrecortada de su amigo y esbozó una sonrisa torcida. Ojalá él también pudiera encontrar gracioso todo aquello—. El cadáver que encontraron en Hollows se llama Davis. Lo mataron en las naves de Preiss Environment. Investiga con discreción, hasta que pueda conseguir algo más.

—Vale y ten cuidado, ¿quieres? Son profesionales.

—Lo sé, tranquilo.

Cortó la comunicación y se bajó del coche. Hacía fresco y se abrochó la cazadora hasta la barbilla, después metió las manos en los bolsillos y se encaminó despacio hacia el inmueble.

Tendría que apelar a toda su fuerza de voluntad, pero esta vez se comportaría como el profesional que era. Había dos muertos y un asesino suelto. Haría su trabajo sin permitir que sus sentimientos personales se inmiscuyeran.

Subió en el ascensor hasta el cuarto piso y suspiró profundamente antes de tocar con suavidad. Nadie abrió. Arrugó la frente y pegó la oreja en la madera, pero no se escuchaba nada en el interior, así que se arriesgó a entrar como lo había hecho la primera vez.

Sacó el llavero del que colgaba una llave solitaria y la introdujo en la cerradura.

—¿Alex? —llamó entrando en el apartamento.

Todo estaba en silencio y un pellizco de aprensión le atenazó el estómago. Se llevó una mano a la cadera, donde descansaba su revólver, y se asomó a la primera puerta que había a su derecha.

Se relajó al verla dormir sobre la cama y se acercó para observarla a placer. Su pecho subía y bajaba a un ritmo pausado y constante, tenía el pelo esparcido por la almohada y los labios entreabiertos. Se sabía sus rasgos de memoria, pero aun así nunca se cansaba de mirarla.

Cogió la caja de somníferos y comprobó el contenido, arrugando el entrecejo cuando supo que dormiría hasta bien entrado el día.

Tal vez debería irse a casa, descansar un poco y volver más tarde, pero no se fiaba de encontrarla allí cuando regresara. En ningún momento pensó que se estaba excusando a sí mismo. Se quitó la funda de la pistola y la dejó sobre la cómoda antes de quitarse la cazadora y tirarla con descuido en el suelo al no encontrar un lugar mejor; vació sus pantalones de llaves, cartera, placa y móvil y se sentó en la cama. Estiró un brazo para acariciar la parte superior de la cabeza de Heather y retiró un puñado de mechones que le impedían ver su rostro con claridad. Le dio un beso en la frente y se tumbó a su lado sin dejar de mirarla.

Alex, su Alex, era una espía del gobierno.

—¡Joder! —murmuró pasándose una mano por la frente.

Ella se quejó en sueños y se acomodó hasta que estuvo satisfecha, pasando una mano por su abdomen y acoplando su cabeza debajo del mentón de él. No era la postura más cómoda del mundo, pero no se apartó. La abrazó por inercia y una sonrisa iluminó su rostro mientras el sueño llegaba de golpe y sin previo aviso.

Su pequeña salvaje era una espía y él se sentía ridículamente orgulloso de ella.



Se desperezó estirando las piernas y los brazos por encima de la cabeza, sintiéndose por fin lo suficientemente relajada para afrontar lo que tenía por delante. Se quedó mirando el techo unos minutos y después giró la cabeza para inspirar el familiar olor de la almohada. No sabía por qué le recordaba a Ian y ese molesto pinchazo volvió a molestarla.

Se levantó de un salto y se dirigió hacia el salón, aunque no llegó a salir del dormitorio. Sus ojos se abrieron como platos al ver a Ian sentado delante de su ordenador mientras bebía de una botella de cerveza y daba buena cuenta de una pizza enorme.

—No sabía cuánto más ibas a dormir, así que he empezado sin ti. ¿Tienes hambre?

El olor del orégano y el *pepperoni* llegaron hasta ella provocándole retortijones. No recordaba cuando comió la última vez y estaba famélica. Se

acercó a donde él estaba y cogió un trozo de la deliciosa masa mirándolo de reojo.

Las preguntas se arremolinaban en su cabeza. ¿Cuándo demonios había vuelto? ¿Y por qué? Echó un vistazo a la pantalla del ordenador y se tensó al ver que él estaba mirando las fotos que hizo la noche anterior en el puerto.

—Ian...

—Solo quiero saber una cosa —la interrumpió sin mirarla—. ¿Pillasteis a Henson?

—Está en una cárcel albanesa.

La tensión de sus hombros pareció disminuir cuando se giró en la silla para mirarla de frente.

—¿Dónde hiciste estas fotos?

—En Charlestown, en uno de los muelles de almacenaje de contenedores. El asesino de Jess ya estaba allí cuando yo llegué. Se bajó de un Ford negro con las lunas tintadas. —Se terminó el trozo de pizza y cogió una servilleta del puñado que había junto a la caja para limpiarse, después tomó un boli y escribió un par de matrículas en una hoja de papel—. Finch no tardó en aparecer un rato después. Me sorprendió verlo, no pensaba que se dedicara él mismo a negociar.

—¿Finch? ¿Roger Finch, el traficante de armas? —preguntó sintiendo cómo la comida empezaba a revolverle el estómago.

—El mismo que viste y calza, y no venía solo.

Alex cruzó los brazos y fijó su mirada desafiante en la suya. No sabía si Ian era conocedor de que Steve había vuelto a Boston, pero para ella había sido una enorme sorpresa.

Ian se pasó las manos por el pelo y apretó los dientes antes de desviar la mirada de nuevo a la pantalla y pasar las fotos una a una buscando a su hermano en ellas.

—Joder, Stevie... ¿qué coño haces ahí? —murmuró cuando lo encontró formando parte de los hombres que protegían a Finch.

—¿Tú sabías esto?

—¡Claro, que no! Hace más de seis meses que no hablo con él. Sabía que estaba en mitad de una operación importante, pero nunca pensé que...

—Olvida a Steve por ahora. Después de que el matón los cacheara, adivina quién hizo su aparición en escena: Leonard Preiss. —Guardó silencio para dejarle tiempo a que asimilara todas las implicaciones que eso conllevaba—. Ian, esto es mucho más gordo de lo que pensaba en un principio. Preiss es un

pez muy gordo, tiene amistades en todos los ámbitos, ¡joder!, ¡si hasta pagó la campaña electoral del gobernador! Cuando llegó a un acuerdo con Finch, le entregó un maletín. A simple vista diría que al menos había diez millones, todo en efectivo.

—¿Preiss le pagó a Finch? —preguntó más para sí mismo que para obtener una respuesta—. No tiene sentido, ¿le compró armamento? ¿Viste la transacción?

—Lo que creo es que Preiss lo ha contratado para que distribuya la droga en su lugar. ¿Crees que Preiss va a dejar que le coman terreno? La huelga ha debido hacerles mucho daño, no pueden arriesgarse a sacar los camiones y que alguien se entere de todo esto, ya viste lo que hicieron con Davis y con Jess. Creo que el trato con Finch no ha podido llegar en mejor momento. Siguen ganando sin exponerse. Además, ¿quién mejor que Finch para ocuparse de esto? El FBI lleva años detrás de él sin conseguir nada, tiene un sistema consolidado y su nombre genera respeto dentro de la mafia.

Ian la escuchó en silencio, aceptando su teoría. Tenía bastante lógica y como había señalado, las fotos que había hecho de toda la negociación no dejaban lugar a dudas.

—Además, Steve me lo confirmó —terminó de decir acaparando toda su atención por completo desde que había empezado sus explicaciones.

—¿Hablaste con él?

—Muy poco, había mucha gente alrededor y no pudimos tener suficiente intimidad. Lo vi bien, está muy metido en su papel —comentó sonriendo, aunque no consiguió que Ian relajara la expresión preocupada de su rostro—. Confía en que sabe hacer su trabajo, Ian.

—Confío en él, en quien no confío es en los demás —dijo volviendo a posar los ojos en la foto donde aparecía—. Tengo que llevarle todo esto a Sam. Si tienes razón, y todo indica que es así —se apresuró a decir antes de que ella empezara a protestar—, hay que abrir una investigación contra Preiss.

—Eso y nada es lo mismo. Esas fotos solo son circunstanciales, necesitará pruebas más tangibles.

—Ya lo decidiremos. Le diré a Jake que investigue estas matrículas e intentaremos averiguar la identidad de ese cabrón. En cuanto a Steve, no tengo ni idea de cómo contactar con él, así que no tengo más remedio que esperar.

—Tomó aire y la miró directamente a los ojos, preparándose para el estallido—. Quiero que te quedes fuera de esto.

—¿Perdona?

—Déjale este asunto a la policía, Alex. Es nuestro trabajo. Si vuelves a cruzarte en la investigación, te detendré.

—¿Qué...?

—Vuelve a tu trabajo y olvídate de esto —dijo levantándose y cogiendo la memoria portátil.

—No puedes... ¡No puedes dejarme fuera! —gritó.

—Si yo puedo aceptar que me mintieras y me utilizaras, tú también puedes aceptar esto. Me lo debes.

Alex le mantuvo la mirada, en parte sorprendida porque le hablara con tanta calma. Si le hubiera gritado ella podría haberse defendido, nunca perdía una pelea, pero aquello no se lo esperaba. Además, había utilizado un argumento que no podía rebatir.

Ian pareció satisfecho con su expresión, porque recogió sus cosas sin decir nada más y la besó en la mejilla.

—Te juro que ese hijo de puta pagará por lo de Jess —dijo antes de salir del apartamento.

—Mierda... —murmuró antes de sentarse en la silla que él había abandonado y coger otro trozo de pizza. Miró la pantalla del ordenador y apuntó con un dedo al hombre que había matado a su amigo—. Te conozco y te encontraré.

No se metería en medio de la investigación, de hecho, no saldría de su casa para nada. Solo necesitaba un ordenador y tiempo. Mandó un mensaje a su jefe informándole de que había pillado una gripe y se preparó para pasar una larga jornada delante de la pantalla.



# Capítulo 9

Vio a Jake trabajando en su mesa nada más atravesar la puerta del departamento, lo que agradeció sobremanera; se alegraba de no tener que enfrentarse solo a su capitán. Bastante difícil era aceptar todo lo que ella le había contado para encima tener que explicarlo varias veces. Le saludó con la mano al acercarse, intentando poner una sonrisa despreocupada en la cara, aunque por su expresión no lo había logrado.

—¿Estás bien? Tienes un aspecto horroroso —comentó Jake al llegar hasta él.

—Gracias —contestó cambiando la sonrisa por una mueca.

El cansancio de su respuesta no le pasó desapercibido y no hizo más preguntas, lo que Ian agradeció. Estaba al corriente de su tensa relación con ella, así que se alegraba de no tener que dar explicaciones.

—Esta mañana estuve en las naves de Preiss Environment registrando la taquilla de Davis —explicó Jake leyendo su cuaderno de notas—. No encontré gran cosa, ropa de trabajo, un neceser y poco más. Los compañeros tampoco fueron de mucha ayuda, los pocos que había por allí dijeron más o menos lo mismo. Era un hombre corriente, estaba casado y tenía un hijo; no solía meterse en problemas aunque de vez en cuando bebía más de la cuenta. Su muerte ha pillado a todo el mundo por sorpresa. Insistí en dar una vuelta por allí, para ver cuál era su puesto de trabajo y, ¿sabes qué?, está todo limpio, se han llevado los camiones, no hay seguridad privada y el sistema de vigilancia es bastante normalito. Creo que hemos llegado tarde. ¿Tú has averiguado algo más?

—Te lo contaré en el despacho de Sam. —No esperó a que le siguiera, simplemente se encaminó hacia el lugar y tocó a la puerta antes de asomar la cabeza al interior—. ¿Tienes un minuto?

—¿Tienes algo?

—Más de lo que hubiera querido —dijo en voz baja provocando que su superior lo mirara arqueando sus pobladas cejas.

Tomó asiento y cuando estuvieron acomodados, empezó su discurso. Las risas socarronas del principio se fueron calmando conforme avanzaba y supuso que la cara que mostraba su capitán cuando terminó debía ser la misma que puso él

cuando Alex le contó todo la noche anterior.

—¿Me estás diciendo que una periodista disfrazada de puta ha conseguido en una noche más que el FBI en quince meses? ¿Es eso? —gritó Sam con las venas del cuello palpitándole.

Ian hizo una mueca, mientras Jake estiraba las piernas con tranquilidad.

«Una periodista entrenada como agente secreto», estuvo tentado de decir. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Mira, Sam, Alex es muy buena en lo que hace y concienzuda. No habríamos descubierto lo de Preiss ni en un millón de años, eso lo reconocerás al menos, ¿no?

El capitán Murray refunfuñó y apoyó los codos sobre la mesa, juntando las yemas de los dedos.

—Supongo que lo importante aquí es saber si esa mujer testificaría. Estuvo en el almacén cuando mataron a nuestro hombre y fue testigo en el intercambio de Finch con la organización de Preiss. Creo que nada de esto tiene valor sin su testimonio.

Ambos dirigieron su mirada hacia Ian, que quiso encogerse en su asiento.

«A la mierda mi plan de dejarla fuera de esto», pensó.

—No hemos hablado de esa posibilidad, pero para que me entere bien, ¿estáis sugiriendo lo que creo? —dijo eligiendo las palabras con cuidado.

—El fiscal no actuará solo con indicios y para que el juez nos dé una orden de registro de las instalaciones de Preiss, necesitamos demostrar que tenemos sobrados motivos para hacerlo —explicó Sam sin apartar la vista de Ian—. Hablaré con el fiscal y con el FBI para que la incluyan en el programa de protección de testigos.

Ian intentó que su rostro no reflejara sus pensamientos, pero no pudo evitar el sudor frío que empezó a resbalar por su sien y que sus pupilas se dilataran.

—¿Y si no puedo convencerla?

Sam lo miró un momento y entrecerró los ojos con suspicacia.

—Me da igual lo que hagas o cómo lo hagas, pero quiero a esa mujer controlada. No quiero que siga metiendo las narices y que nos joda toda la operación o que incluso haga que la maten, ¿lo has entendido?

Ian se tensó y se mordió la lengua para no faltarle el respeto. Gruñendo, se levantó y se metió las manos en los bolsillos del pantalón a falta de saber qué hacer con ellas.

—Sí, señor.

—Cole, si crees que tu relación personal con ella puede ser un impedimento

para hacer tu trabajo....

Dejó la frase en suspenso esperando una respuesta. En el fondo, esperaba que Ian se diera cuenta de que lo mejor para todos era que renunciara al caso, pero no fue él quien contestó.

—Con todos los respetos, capitán Murray, usted no conoce muy bien a Alex, ¿verdad? —dijo Jake colocándose al lado de su compañero—. Es independiente, testaruda y muy inteligente y estoy convencido de que Ian es el único al que hará caso.

—Muy bien. Poneos en marcha, a ver si conseguimos identificar al tipo de las fotos.

Los dos salieron de la oficina con distintos grados de preocupación. Ian se sentó en su silla y se quedó con la mirada perdida, escuchando a medias las opciones que barajaba Jake.

—Tío, no te envidio en absoluto —comentó dándole una palmada en la espalda antes de sentarse—, pero no te preocupes, encontraremos la manera de convencerla para que entre en el programa. Estoy seguro de que aprecia su vida lo suficiente. Entrará en razón.

Ian miró a su compañero sin ocultar su escepticismo. Lo que Jake no entendía era que Alex era más que autosuficiente para protegerse y que la idea de ponerse en manos del FBI le resultaría insultante.

—Alex no es el único problema. Anoche vio a Steve —confesó llevándose una mano a la frente para apretársela por encima de los ojos.

No tuvo necesidad de dar más explicaciones. Jake y él habían compartido muchas cosas y no había secretos entre ellos; era uno de sus mejores amigos y tenía toda su confianza, por lo que sabía que el trabajo de Steve en el FBI era la de operaciones encubiertas.

Que estuviera en el puerto, solo significaba que estaba infiltrado en la banda de Finch y que las cosas podían complicarse mucho.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con preocupación.

—No tengo ni idea —dijo echándose hacia atrás en la silla con los ojos cerrados.



Había perdido la noción del tiempo, aunque el dolor de espalda que empezaba a sentir le daba una idea aproximada de las horas que llevaba allí sentada. No

se había movido en toda la tarde, cuando tenía hambre picoteaba los restos de la pizza que Ian había pedido al mediodía y había optado por llevarse la cafetera a la mesa para no tener que levantarse cada vez que se vaciaba la taza. Le escocían los ojos y notaba una tensión muy molesta en el cuello. Se masajeó la nuca y ojeó de nuevo el reportaje sintiéndose complacida, pero a la vez cautelosa.

Le había encontrado. Tenía una memoria prodigiosa y sabía que su intuición nunca le fallaba, por eso sabía que conocía a aquel malnacido.

Kevin Orwell, un exmilitar que se había pasado al negocio privado y con unas referencias que le habían abierto las puertas a las altas esferas empresariales y políticas. Había sido guardaespaldas del gobernador cuando se presentó a las elecciones, de hecho habían coincidido varias veces cuando ella trabajaba en su artículo para el Mirror. Por eso tenía la sensación de haberle visto antes.

Había pasado horas investigando cualquier cosa sobre su vida, redes sociales, empresas, incluso buscó su expediente militar, pero era información clasificada y no tenía antecedentes de ningún tipo. No tenía perfiles abiertos en ninguna red, ni propiedades ni siquiera un coche a su nombre. Estaba completamente limpio y fuera del sistema, frustrada, se levantó para estirar sus músculos agarrotados.

Se mordió el labio mirando de nuevo hacia la foto que ocupaba toda la pantalla del ordenador. No lo hacía por ella, lo hacía por Jess, y sabía que si ella no podía encontrar nada relativo a Orwell con los medios que tenía a su alcance, la policía tampoco lo haría. Necesitaba un nivel más y solo conocía a alguien que podría proporcionárselo.

Hacía casi un año que no utilizaba ese número, pero no lo había olvidado. Lo marcó con cierto temor y nerviosismo y se mordió una uña mientras esperaba una contestación que en realidad deseaba que no ocurriera.

—Ulrich —contestó una voz grave y masculina después de un minuto.

Alex cerró los ojos y reprimió un suspiro a la vez que procuraba controlar los latidos acelerados de su corazón y su respiración entrecortada. No esperaba sentirse así después de tanto tiempo, pero Ulrich y ella habían compartido muchas cosas, demasiadas. A veces creía que la conocía mejor que ella misma y eso la alteraba y la llenaba de inseguridad.

—Hola, Gil. Soy yo.

Hubo un silencio que decía muchas cosas y que no se atrevió a romper. Sabía que se tomaba su tiempo para analizar cualquier situación y que no aceptaría presiones, así que esperó mientras el sabor del café de su estómago de repente

le llenaba la boca provocándole náuseas.

—Alex... ¿cómo estás?

—Necesito un favor. —Era inútil andarse con medias tintas.

Esperó a que Ulrich colgara o dijera algo sarcástico. Sabía que tenía mucha cara volviendo a su vida de esa manera y aguantaría el castigo que decidiera imponerle.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó con calma después de otro largo silencio.

—¿Ya está? ¿No vas a mandarme a la mierda ni a decirme nada ofensivo?

—dijo sin ocultar su sorpresa.

—No me apetece y, además, ese es tu estilo, no el mío.

Alex se echó a reír con suavidad y se relajó. Habían sido compañeros mucho tiempo y ese tipo de relación no cambiaba nunca a pesar de la distancia y el olvido. Que ella se sintiera culpable no implicaba que Ulrich también lo hiciera.

—Necesito información sobre Kevin Orwell.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Nos vemos en dos horas en Common —dijo antes de colgar.

—¿Estás en...? —No pudo terminar la pregunta. Gil había cortado la comunicación sin darle tiempo a añadir nada más.

Permaneció sentada unos minutos más sin ser consciente de la sonrisa triste que dulcificaba su cara. De todas las personas que había dejado atrás, Gil era el único al que echaba de menos.



Ulrich la observó durante más de diez minutos desde la distancia, incapaz de hacer otra cosa más que mirarla. Vestía unos pantalones vaqueros desgastados y una chaqueta de lana debajo de la cual se distinguía una camiseta con el logotipo de un grupo de música, AC/DC o de los Rolling seguramente. Caminaba despacio alrededor del estanque mirando hacia el agua, distraída, de vez en cuando se apartaba el pelo y se lo colocaba detrás de la oreja. El sol del atardecer se reflejó en su cabello castaño arrancándole un brillo dorado que hasta ese momento le había pasado desapercibido y le pareció que estaba más delgada, único signo de cambio que había podido analizar.

No sabía por qué esperaba verla más diferente, al fin y al cabo, solo hacía un año escaso que se habían visto por última vez, aunque todo ese tiempo le hubiera parecido una vida entera.

La observó reír cuando unos niños pasaron por su lado echando una carrera en monopatín y se tensó al escuchar el sonido. Pensaba que después de tanto tiempo, el dolor que sentía en el pecho disminuiría un poco, pero no había sido así. Salió de su escondite y se dirigió a ella con paso firme impaciente por ver de cerca esa mirada felina tan extraña e inverosímil que tenía grabada en su memoria.

Alex lo sintió acercarse y giró sobre sí misma buscándolo con la mirada. Metió las manos en los bolsillos de la enorme rebeca de punto y lo observó sintiendo como se le secaba la boca.

Tenía el pelo oscuro más largo y parecía más fornido, aunque no podría asegurarlo. Llevaba un traje de color azul marino nada peculiar, camisa blanca con el primer botón desabrochado y unos mocasines negros. Nada mostraba al hombre que era en realidad. Formaba parte de su trabajo: pasar desapercibido, no dejar huella en nadie, aunque la cicatriz que todavía palpitaba en su corazón atestiguara lo contrario.

No debería haberle llamado, lo supo en cuanto sus ojos castaños se posaron sobre los de ella y el millón de recuerdos que había intentado esconder en lo más recóndito de su alma regresaron con ímpetu.

Apartó la mirada un segundo y él sonrió con tristeza. También le dolía.

—Me alegro de verte —dijo en voz baja inclinándose hacia ella, sin saber si los recuerdos que a Alex la atormentaban eran los mismos.

Su cabeza se llenó de imágenes de ellos dos, de besos robados y caricias escondidas, de susurros en la oscuridad y respiraciones entrecortadas. Jamás debió suceder, pero estaban demasiado comprometidos con el peligro, conscientes de que la próxima misión podía ser la última y, simplemente, pasó.

Los ojos de Alex volvieron a posarse en los suyos con alivio. Se puso de puntillas y lo besó con suavidad en la mejilla sin hacer caso de la mirada estoica que le lanzó.

—Yo también —le dijo con sinceridad.

—¿Cómo llevas la vida de civil?

—Debería decir que aburrida, pero mentiría. Ya sabes cómo me gustan los problemas —contestó sonriente.

Ulrich reprimió una sonrisa y caminaron varios minutos en silencio,

disfrutando del simple hecho de pasear uno al lado del otro. Quería decirle un montón de cosas, pero no le parecía el momento adecuado, y además ni siquiera estaba seguro de que debiera decirlas. Su tiempo se había pasado, le gustase o no.

Le entregó un *pendrive* diminuto y la miró de reojo a través de sus gafas de sol oscuras.

—Me he tomado la libertad de echarle un vistazo. Ese tipo es una perla, ¿qué tiene que ver contigo?

Alex suspiró y se encogió de hombros.

—Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Ha matado a dos personas y si tiene una pizca de inteligencia, yo seré la siguiente —le explicó con calma.

Ulrich se detuvo y se quitó las gafas para observarla.

—¿Qué?

—¿Has oído hablar de Preiss Environment? —Ulrich negó con la cabeza—. Es una tapadera de narcotráfico. Este tipo fue guardaespaldas del gobernador, que resulta que hizo una recalificación del plan urbanístico para que Preiss pudiera construir su megaplanta de reciclaje en una zona destinada a ser residencial de lujo. ¿No te pica la curiosidad?

—Veré que puedo averiguar.

—Te lo agradezco, Gil.

Ulrich sonrió por primera vez. Solo ella le llamaba por su nombre, siempre, incluso cuando trabajaban de incógnito. Solía decir que era su manera de anclarse a la realidad, de no olvidar quién era y él terminó acostumbrándose.

—Por ti, cualquier cosa, ya lo sabes.

—¿A pesar de todo? —susurró sin atreverse a mirarlo.

—A pesar de todo. Siempre.

La cogió de los hombros y la acercó hacia él. Alex lo miró sorprendida, pero no hizo amago de apartarse y cuando bajó la cabeza para darle un beso casto en la frente, sintió una mezcla de decepción y alivio.

Sabía cuáles eran sus sentimientos y hubo un tiempo en el que creyó corresponderle, pero él supo mucho antes que ella que su corazón tenía marcado a fuego un solo nombre.

Ulrich la soltó tan abruptamente como la había agarrado y la observó con infinita ternura antes de marcharse.

—Si decides que no quieres seguir esperando a ese gilipollas, házmelo saber, ¿de acuerdo?

Alex lo observó marcharse con un cosquilleo en la boca del estómago. Agarró con fuerza el *pendrive* y salió del parque hacia Beacon Hill. No le apetecía volver a la soledad de su apartamento, así que caminó por las calles de la ciudad fingiendo mirar escaparates, mientras el atardecer se iba disipando y las farolas parpadeaban antes de iluminar la acera con su luz amarillenta.



# Capítulo 10

El sicario empujó la puerta con facilidad y salió a la azotea analizando el edificio que se situaba enfrente, buscando el lugar más idóneo para realizar el trabajo. Cuando lo encontró, se descolgó la funda del hombro y empezó a montar las piezas del rifle con lentitud, como si tuviera todo el tiempo del mundo; después se tumbó sobre la grava y acercó el ojo a la mirilla. Ajustó la distancia e hizo un disparo de prueba. La bala dio en el lugar exacto a 500 metros. Se pasó la lengua por los labios y acarició el metal casi con devoción. Estaba listo. Solo tenía que esperar a su objetivo.



Alex entró en su apartamento y el olor a comida china la golpeó nada más abrir la puerta. Refrenó el deseo de poner los ojos en blanco y cerró con más fuerza de la necesaria. Se quitó la rebeca y la tiró sobre el respaldo del sofá antes de asomarse a la cocina.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre y no sé si me gusta.

Ian se giró sosteniendo unos cartones llenos de noodles y le ofreció uno elevando una ceja.

—Si no lo quieres me lo comeré yo. Son del restaurante de la sexta. —Los ojos de Alex brillaron de anticipación y él sonrió para sí. Sabía que jugaba sucio, pero tenía que hacer lo que fuera para conseguir que ella colaborara y esos tallarines con salsa de soja y pollo era lo único que se le había ocurrido para chantajearla—. ¿Dónde estabas? Te mandé un mensaje.

—Por ahí —contestó cerrando los ojos y metiendo la nariz en el envase.

—Alex...

—Déjame disfrutar esto antes de que te enfades y empecemos a discutir otra vez, ¿vale? —dijo con la boca llena mientras se dejaba caer en el sofá sin dejar de masticar—. ¡Dios! ¡Qué bueno!

Ian se obligó a relajarse y dejó el cartón sobre la mesa para ir a buscar un par

de cervezas.



El sicario desplazó el cañón un par de milímetros y contuvo la respiración mientras colocaba el dedo sobre el gatillo con suavidad. Sintió la adrenalina recorrerle el sistema nervioso y una sonrisa empezó a asomarse en su cara ante la cercana visión de la muerte.

Notó la presencia a su espalda una milésima de segundo antes de que la afilada hoja de metal pudiera atravesarle la garganta. Rodó sobre sí mismo y se enfrentó a su atacante.

—¿Crees que he venido solo? —dijo antes de sacar una pequeña pistola, aunque no tuvo tiempo de usarla. Se miró el pecho y vio con estupor el mango de acero de una navaja clavada en su carne.

Ulrich caminó hacia el borde del edificio ignorando el cuerpo desplomado junto a él y miró hacia la calle conteniendo una maldición. Sacó el teléfono y fijó la vista en la ventana de Alex.

—Vamos, cógelo... Cógelo...



Ian observó a Alex casi con asombro mientras ella daba buena cuenta de los fideos mientras que él apenas había probado un par de bocados. El teléfono empezó a sonar con un ruido amortiguado desde la prenda que Alex había dejado sobre el sofá y la miró esperando a que contestara, pero no parecía prestarle atención a nada más que a la comida.

—¿No piensas contestar?

—Mmmmm... —Con un gesto de fastidio, sujetó el tenedor de plástico con los dientes mientras rebuscaba en los bolsillos de la chaqueta y sacó el móvil descolgando a continuación.

—Sal de ahí. Ya.

La voz intranquila de Ulrich al otro lado fue suficiente para que se levantara de golpe tirando el bote de comida con descuido.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos —contestó poniéndose en movimiento.

—¿Por qué? ¿Quién era?

—¡Coge tus cosas! —gruñó antes de entrar en su habitación y coger la mochila que siempre tenía preparada. Sacó su pistola y apagó las luces antes de colocarse junto a la puerta de la calle.

La luz que entraba por la ventana fue suficiente cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vio como Ian la imitaba sin apartar la mirada de ella ni un momento.

—Yo saldré primero —murmuró el inspector.

—Pero...

—No discutas conmigo —la interrumpió con autoridad.

No estaba dispuesto a arriesgar su vida por muy exagente que fuera. No tenía ni idea quién había hecho esa llamada, pero había conseguido asustarla y eso era suficiente para que entendiera la gravedad de la situación.

Se incorporó y abrió la puerta unos centímetros.

—No salgas hasta que venga a buscarte, ¿lo has entendido?

—Esto es ridículo. ¿Vas a salir solo ahí fuera sin saber qué vas a encontrarte? ¿Sin apoyo? ¿Sin refuerzos? Si piensas que voy a permitirlo es que estás mal de la cabeza —siseó exasperada.

—Por una puñetera vez vas a hacer lo que te digo o juro por Dios que...

—¿Qué? ¿Qué, Ian? Esta es mi vida, por mucho que te cueste aceptarlo. Por favor, confía en mí. —Sabía que quizá le estaba pidiendo demasiado, pero no tenían tiempo para que él se pusiera en plan protector—. Ve por las escaleras, yo cubriré el ascensor.

Abrió un poco más la puerta y salió al rellano sin esperar la aprobación del policía.

—Joder...

Salió detrás de ella sintiendo el corazón bombeando por todo su cuerpo, pensando en que tendría que hacer algo con aquella maldita obstinación si conseguían salir vivos de aquel desastre.

El número de la planta se iluminó anunciando la llegada del ascensor y ella se apartó de la puerta en el momento que esta se abría. El desconocido que surgió de él la encañonó y disparó sin mediar palabra. La bala pasó silbando junto a su oreja y se lanzó hacia él empotrándolo contra la pared mientras escuchaba cómo sus compañeros subían corriendo por las escaleras.

Ian maldijo en voz alta y dio un paso hacia Alex para intentar apartarla de aquella mole de puro músculo, pero una mano se plantó en su pecho y apenas

pudo moverse lo suficiente para impedir que le aplastaran la cara. Vio a dos más detrás del que le impedía el paso y disparó a la rodilla del primero sintiendo la adrenalina acelerando sus pulsaciones. No era la primera vez que vivía un tiroteo, pero la preocupación por la seguridad de Alex le hizo perder la concentración. Desvió la mirada para localizarla y el primer golpe le dio en el costado dejándolo sin respiración. Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo sujetándose las costillas con un brazo mientras intentaba volver a apuntar hacia el hueco de las escaleras.

Solo pensaba en que, si él caía, Alex iba a morir. Se levantó tambaleante y volvió a disparar, si bien, su tiro en esa ocasión no fue certero. Los dos hombres sortearon a su compañero herido y se dirigieron directamente a él. Levantó los puños en posición de defensa e intentó concentrarse en la lucha sin prestar atención a los sonidos amortiguados que salían del cubículo del ascensor.

«Por Dios, cariño, aguanta».

—¡Vamos! ¿A qué coño esperáis?

Se preparó para el primer impacto y esquivó el primer puñetazo, devolvió un gancho de izquierda que apenas tuvo efecto y se escurrió para impactar un fuerte golpe en el hígado del segundo tipo. Un pequeño triunfo que no pudo disfrutar; antes de que pudiera revolverse para volver a golpear al primero que le había atacado, le agarraron del cuello por detrás y lo empujaron contra la pared mientras le machacaban las costillas.

—¡Ian!

La voz aterrorizada de Alex le llegó nítida y pudo verla salir del ascensor con el rostro descompuesto de miedo.

Se agarró a los antebrazos del matón que lo tenía sujeto e intentó que lo soltara, pero sus manos parecían dos garras de acero.

Escuchó como ella se deshacía del otro mientras le gritaba que aguantase, pero su vista empezaba a nublarse y sus pulmones amenazaban con colapsarse por la falta de aire.

«Mierda, voy a morir sin decírselo...».

Medio segundo después, su cuerpo caía al suelo junto al del hombre que había estado a punto de asfixiarlo.

—¡Ian! ¡Mírame! ¿Estás bien?

Parpadeó para deshacerse de la bruma que embotaba sus sentidos y tosió al aspirar de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó con la voz ronca mientras le tocaba la cara en

busca de alguna herida.

—Yo lo he preguntado primero —respondió con dulzura ayudándolo a incorporarse.

Ian se levantó con un quejido y se apoyó en el muro para mirar a su alrededor. Los cuatro mercenarios yacían sobre el mármol, inconscientes, excepto el que había intentado asesinarlo, que tenía un agujero de bala en la parte posterior de la cabeza.

Sus ojos se desviaron hacia unos zapatos relucientes que permanecían quietos junto al cadáver. Subió la vista por el traje anodino de color azul y se detuvo en el rostro del desconocido, que limpiaba el arma con el forro de la chaqueta y se la tendía mirándolo a su vez con los ojos entornados.

—¿Qué...?

—No es momento para esto. Tenemos que irnos.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó con demasiada brusquedad.

Ulrich suspiró y miró a Alex con impaciencia.

—Volverán. No puedes quedarte aquí.

—Lo sé...

—He preguntado quién coño eres. —Ian le arrebató la pistola que le ofrecía y la levantó a la altura del mentón—. Nadie se va a mover de aquí sin darme una explicación.

Ulrich empezó a sonreír con desdén y dio un paso hacia el cañón del revólver.

—¿Vas a dispararme, Cole?

—¿Qué estáis haciendo? —chilló Alex interponiéndose entre ambos con los brazos en cruz.

—Apártate —gruñó Ian.

—¡No! ¿Has perdido el juicio? Baja esa pistola, Ian. Gil no es una amenaza. Acaba de salvarte la vida y yo pondría la mía en sus manos sin dudar.

La cabeza de Ian iba a estallar de un momento a otro; le dolía el costado y la garganta y el recuerdo de todo lo que acababa de suceder fue el detonante para cerrar los ojos y apoyar la cabeza en la pared. La mano empezó a temblarle y sintió cómo Alex le bajaba el brazo con suavidad.

—Ian...

—¿Quién eres? —volvió a preguntar con más calma mirando a Gil con cansancio.

—Estoy de vuestra parte. No necesitas saber nada más.

—Genial. ¿Otro espía? ¿No se supone que no tenéis jurisdicción aquí?

—Por eso he disparado con tu pistola —explicó con un deje de humor, aunque

a él no le hacía ni puñetera gracia nada de todo aquello.

—Tengo que llamar a la central y explicar esto. Dios sabrá cómo —murmuró mirando de nuevo los cadáveres esparcidos por el rellano.

—Mantendré a Alex a salvo.

—No vas a llevarte a Alex a ninguna parte —dijo elevando el tono de voz.

—Ian... —intervino ella intentando apaciguarlo mientras recogía su mochila, que había quedado abandonada junto a la entrada del apartamento.

—No vas a dejarme al margen de esto, ¿lo entiendes?

—Nadie va a dejarte al margen, pero el que ha hecho esto va a volver y mientras no podáis garantizar su seguridad, estará más a salvo conmigo. —Gil observó la expresión indecisa del policía y agarró la mano de Alex para tirar de ella hacia las escaleras sabiendo que había ganado esa discusión—. Tendrás noticias mías en un par de días.

Ian apretó los dientes con fuerza marcando la línea de su mandíbula mientras afianzaba su agarre sobre la pistola que aún sujetaba. Tenía razón, pero maldita la gracia que le hacía. Miró a Alex un segundo y asintió al ver la expresión angustiada de ella. Después sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Jake mientras Ulrich y Alex desaparecían en la oscuridad de la escalera. Volvió al interior del apartamento y empezó a recoger los restos de la cena, si iba a inventarse una historia, tendría que ser creíble.



Perdió la noción del tiempo mientras Ulrich conducía por las calles de Boston. Alex sospechaba que podrían estar siguiéndolos, de ahí las excesivas precauciones que su compañero estaba tomando; fingía estar tranquilo, pero ella lo conocía demasiado bien y enseguida reparó en la tensión de sus brazos y en su mirada en constante alerta observando por los espejos retrovisores.

Se obligó a relajarse sin dejar de pensar en Ian. Habían estado a punto de matarlo, por su culpa, otra vez. Un pequeño temblor sacudió sus hombros y cerró los ojos a la vez que apoyaba la mejilla en el cristal helado de la ventanilla.

—Es inútil que pienses en ello. Deberías saberlo. —La voz grave de Gil la hizo suspirar y el vidrio se empañó con el vaho de su aliento.

—Estoy muy cansada...

Él la miró por el rabillo del ojo, pero no dijo nada más.

Varios minutos después detuvieron el vehículo en un barrio residencial de estudiantes. Supuso que Gil la llevaba a algún piso franco, aunque desconocía que la CIA tuviera alguno en la zona. El pequeño apartamento apenas estaba amueblado y la única luz provenía de una bombilla desnuda que colgaba del techo.

—Veo que no habéis mejorado mucho —comentó con sarcasmo dejándose caer en un destartado sofá con la tapicería rasgada y desteñida.

—Esto es cosa mía. Siento que no sea el Boston Back Bay —contestó Ulrich haciendo referencia a uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

Ella no contestó. Se reclinó un poco más hasta quedar completamente tumbada y se tocó la mejilla inflamada. Aquel animal la había golpeado en la cara con tanta fuerza que incluso había escupido sangre.

—¿Te duele?

—Un poco...

Gil se arrodilló en la tarima y le retiró la mano para ponerle una crema antiinflamatoria mientras ella estudiaba su mirada insondable de color chocolate, su frente arrugada y la barba incipiente; el pelo estaba un poco despeinado y tenía algunos mechones de punta lo que le daba un aspecto añinado que nada tenía que ver con él. Sonrió y cayó en la tentación de levantar una mano para arreglarle el cabello, perezosa. Sus ojos se encontraron medio segundo y él, por fin, sonrió.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Bien. —Se puso de pie y se sentó sobre la mesa de madera con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas—. Quieren que entres en el programa de protección de testigos.

Alex se sentó de golpe abriendo los ojos como platos y se echó a reír.

—¡No sabía que te gustara contar chistes!

—Y no me gusta —gruñó—. Habida cuenta de las circunstancias, creo que es lo más sensato y lógico. Tienes que declarar y obviamente la gente que está detrás de Preiss va a hacer lo imposible para que eso no ocurra. Supongo que no tengo que explicarte por qué han ido a por ti esta noche, ¿no? Nunca habías actuado con tanto descuido y arrogancia.

—Era un trabajo sencillo, solo teníamos que entrar y salir. Tomé las precauciones que la situación requería —dijo con la voz quebrada observando su semblante autoritario.

Se sujetó al borde del sofá para impedir abrazarse a sí misma y no mostrar la

vulnerabilidad que sentía en ese momento. Gil parecía enfadado y el mismo hecho que lo mostrara ya era peligroso.

—¿Precauciones? ¡Dejaste que te grabaran! Has puesto en riesgo tu vida de la manera más estúpida y por tu culpa he tenido que matar a dos hombres esta noche.

—¡No me llames estúpida! —gritó dando un salto de su asiento—. Cometí errores, ¿vale? ¿Hasta cuándo vais a estar machacándome? Además, nadie te ha pedido que intervengas.

—¿No? —Ulrich se levantó tan rápido que ella no tuvo oportunidad de huir o defenderse, simplemente se quedó paralizada con el pecho subiéndole y bajándole a un ritmo vertiginoso mientras él acercaba su nariz a la suya y la miraba echando fuego por los ojos—. Te recuerdo que fuiste tú la que volvió a poner patas arriba mi vida convirtiéndola de nuevo en un infierno. Lo estaba consiguiendo, ¿sabes? Estaba empezando a olvidarme de ti.

El beso fue fiero, casi violento. Ulrich ahogó un gemido cuando ella enredó los dedos en el cabello que se rizaba en su nuca y supo que estaba perdido. Sabía que no debería, que solo conseguirían hacerse más daño el uno al otro, pero estaba cansado de esperar.

Se deshizo de la chaqueta y la cogió en brazos para tumbarla de nuevo sobre el sofá sin importarle que ella solo pudiera ofrecerle migajas.

—Gilbert...

Separó sus labios de su boca un par de centímetros para poder mirarla. Sus ojos del color del ámbar estaban cubiertos de una ligera pátina brillante y húmeda y sintió como su corazón se encogía físicamente dentro de su pecho.

—Sin arrepentimientos. Nunca.

Alex sollozó antes de elevar la cabeza para unir de nuevo sus labios a los suyos y lo atrajo hacia su cuerpo, como tantas otras veces. Cerró los ojos y se dejó llevar como solo podía hacerlo con él, con el único hombre que no la juzgaba y que no esperaba nada más de lo que podía darle.

Observó embelesada cómo se iba desprendiendo de la ropa y la arrojaba al suelo sin cuidado dejando al descubierto un cuerpo musculado y sin un gramo de grasa, un cuerpo hecho para matar, y sintió un escalofrío cuando la aspereza de sus manos acarició la sensible piel debajo del sujetador. Se mordió el labio reprimiendo un gemido y echó la cabeza hacia atrás facilitándole el acceso sin tapujos, entregándole la única parte de sí misma que poseía.

Y él la tomó por entero. Conocía su cuerpo tanto como la conocía a ella; sabía cómo tocarla, hasta dónde podía presionar y cuándo parar, cómo hacer magia



juntos, como si hubiera vuelto a casa. Reconoció la textura de su lengua, el olor de su sexo, la marca de sus uñas en las nalgas, el sonido sibilante de su respiración al alcanzar el clímax...

Un gemido ronco se escapó desde el fondo de su garganta cuando ella le acogió, sin preliminares, con desesperación, y apoyó su frente perlada de sudor sobre la de ella intentando contenerse. No quería que acabara, quería quedarse así para siempre porque cuando tocaran juntos la gloria, ella se marcharía.

Alex le instó a moverse y él no pudo evitar el vaivén de sus caderas, cada vez más rápido, más fuerte, hasta que el cuerpo de ella se paralizó en un suspiro y bebieron del mismo aliento.

La bombilla tintineaba sobre sus cabezas proyectando una luz amarillenta pobre y deprimente mientras se miraban en completo silencio. La habitación estaba helada aunque ellos no parecían notarlo con sus cuerpos aún entrelazados.

Ulrich se acomodó apoyando el codo sobre la superficie rugosa del sofá y siguió contemplándola sin atreverse a decir lo que le rondaba la cabeza, temeroso de romper ese momento perfecto. Ella sonrió y levantó una mano para desarrugarle el entrecejo.

—Noto cómo tus pensamientos rebotan en mi cabeza.

—¿Ah, sí?

—Sí —murmuró bajando la mirada hasta su boca esperando su beso, pero este no llegó.

Alex lo miró interrogativa y le sorprendió ver cierta vulnerabilidad en sus ojos antes de que se apartara lo suficiente para que una corriente de frío le pusiera el vello de punta.

—Tú has sido el que ha dicho sin arrepentimientos... —empezó a decir sintiendo un nudo en el estómago.

«Otra vez no, por favor. No me dejes ahora», pensó concentrándose para mantener sus pulsaciones tranquilas.

—Larguémonos —la interrumpió volviendo a fijar sus pupilas en ella sin darse tiempo a refrenar su lengua.

Alex se incorporó un par de centímetros y sus labios se entreabrieron en un único gesto de sorpresa. De todas las posibilidades que le habían pasado por la mente en esa milésima de segundo, aquella era la única que jamás habría esperado.

—¿Y a dónde iríamos? —susurró.

—A Carolina del Norte. Conseguí la cabaña, tiene algunos desperfectos, pero para el invierno que viene estará habitable. Está en medio del bosque, en una pequeña explanada con vistas al lago Fairfield —explicó sin ocultar el orgullo que le producía poseer aquel trozo de terreno que le había costado sudor y sangre.

Y ella lo sabía muy bien, por eso el corazón empezó a bombearle con fuerza detrás de las costillas. No era la primera vez que pensaba en intentarlo, en si sería posible que una relación entre ellos funcionase, pero el recuerdo de que Gil no era el hombre al que había amado siempre era suficiente impedimento para tomar una decisión que terminaría por destruir todo lo que compartían.

Algo debió cambiar en su expresión porque notó cómo el cuerpo de su compañero se tensaba. Todo el calor de su mirada desapareció como si nunca hubiera existido y se odió a sí misma por ser siempre tan transparente con sus sentimientos.

—Estás pensando en él, ¿verdad? —Intentó que su voz no sonase así de herida, pero de nuevo volvía a comportarse como un imbécil dejando que ella pisoteara sus esperanzas.

—Gil, yo...

—Está bien. No pasa nada. —Aunque sí que pasaba.

Colocó una máscara impenetrable en su rostro y se levantó ignorando su estado de semidesnudez. Recogió las prendas que había arrojado minutos antes y se vistió con naturalidad sin mirarla una sola vez. Solo cuando terminó de abrocharse la chaqueta y se peinó con los dedos, se giró hacia ella para mirarla con frialdad: se había encogido en un rincón del mueble y se abrazaba a sí misma con los ojos cerrados.

—Hay suficiente comida en la nevera para un par de días. Te recomiendo que aceptes la protección del FBI mientras se resuelve todo este entuerto.

—¿Vas a dejarme? —preguntó con la voz temblorosa.

—Hay asuntos que requieren mi atención. Estaré fuera del país unas semanas. Le diré a Cole dónde puede encontrarte y... procura no hacer más estupideces, ¿de acuerdo?

No esperó a que asintiera, se dio media vuelta y salió del apartamento con tanto sigilo que Alex comprobó que estaba sola cuando abrió los ojos.

Se sentía helada, y no solo por el frío que se había ido adueñando de la habitación poco a poco.

# Capítulo 11

Jake miraba a su alrededor con ojo experto mientras criminalística recogía pruebas y los forenses se llevaban los dos cuerpos abatidos: uno con un disparo en la cabeza en mitad del rellano y el otro con el cuello roto dentro del ascensor. Los dos únicos detenidos habían sido esposados y trasladados a comisaría para ser interrogados. Aunque para él estaba todo muy claro. Ian le había mentado y todavía no entendía el porqué.

Había llegado el primero tras la llamada de su compañero, sintiendo los nervios de punta y deseoso de comprobar que su amigo estaba bien. Pero el espectáculo que había encontrado al llegar había sido tan dantesco, que no había creído ni una palabra sobre la explicación de Ian.

Lo miró fijamente mientras el personal se movía a su alrededor con eficacia. Seguía en la misma posición desde que llegó, apoyado en la puerta del apartamento de Alex, sin desviar la mirada de la pared interna del ascensor. Había confesado matar a los dos hombres en defensa propia mientras esperaba el regreso de la periodista, pero según su versión, ella ni siquiera había aparecido por allí desde el día anterior.

—Vamos. Aquí está todo bajo control —dijo acercándose a él para cogerlo del brazo y hacer que se moviera—. ¿Seguro que no quieres ir al hospital a que te miren esos moratones?

—Estoy bien. Solo quiero redactar el informe y largarme a casa.

—De acuerdo.

Ian le siguió escaleras abajo y se subió al coche sin decir nada. Parecía ausente y Jake aprovechó su distracción para desviarse lejos de su destino original. Solo cuando paró el motor varios kilómetros después, su amigo pareció despertar de su ensimismamiento.

—¿No íbamos a la comisaría? —preguntó mirando por la ventanilla con el ceño fruncido.

—Todavía no.

Ian se giró entonces hacia Jake y lo miró a los ojos por primera vez en horas, aunque no pudo mantener su mirada más de un segundo. Se removió inquieto y fijó la vista en un punto inexacto del parabrisas.

—Somos compañeros desde hace quince años y sé que jamás me has mentido, así que no empieces a hacerlo ahora. Si hay algo que no puedes contarme, dímelo y lo respetaré, pero no esperes que te cubra el culo si me engañas. ¿Quién coño estaba contigo esta noche?

El policía suspiró y echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el cuero del asiento. Todavía estaba demasiado impresionado por todo lo ocurrido. Hasta un par de horas antes, había imaginado a la Alex espía como un personaje de ciencia ficción, sin creérselo del todo, pero verla en acción y que pudiera partirle el cuello a un tipo de ese tamaño solo con sus manos le había dejado medio noqueado.

—Todo pasó demasiado deprisa... Había llevado comida china, de esa que le gusta tanto; quería, no sé, preparar el terreno para decirle lo del programa de protección de testigos y entonces recibió aquella llamada... No nos dio tiempo a irnos, nos pillaron en la puerta. Disparé al primero que subía por las escaleras y ella se metió en el ascensor con ese tío y... —Cerró los ojos y se echó a reír casi con histeria—. La oí gritar y creí que iba a perderla, pero... ¡Joder!

—¿Me estás diciendo que Alex le partió el cuello al cadáver del ascensor?

Ian le miró al escuchar su tono incrédulo y volvió a suspirar.

—Es de la CIA. —Todavía le costaba trabajo decirlo en voz alta.

—¿Perdona? —preguntó acercándose más a él abriendo los ojos de par en par.

—Alex es una exagente de la CIA. Lo supe hace tres días. ¿Entiendes por qué no podía decírtelo? No puedo llegar a la central y soltarle al capitán todo esto. Espías que aparecen de la nada... Parezco un puto chiflado —gruñó levantando ambos brazos para despeinarse con los dedos.

—De acuerdo... Seguiremos con tu plan original y que sea lo que Dios quiera. Antes de arrancar el motor, Jake se giró hacia su compañero con una pregunta muda en la mirada.

—¿Dónde está ella?

Ian se ajustó la chaqueta y le devolvió una mirada llena de resignación.

—No lo sé.

Su teléfono empezó a sonar y se revolvió en el asiento intentando sacarlo del bolsillo trasero del pantalón. Era un número desconocido y descolgó sintiendo una enorme ansiedad.

—¿Alex?

—Siento defraudarte —contestó Steve con la voz cargada de humor.

—¿Stevie?

—No me jodas, Ian, sabes que odio que me llames así.

Ian se echó a reír, aunque lo que deseaba en realidad era beberse una botella entera de ginebra.

—Oye, tengo que hablar contigo, pero no por teléfono. Ahora mismo no puedo explicarte mucho...

—Sé que estás aquí —le interrumpió, demasiado agotado para dar rodeos.

—Te veré en tu casa dentro de una hora —dijo Steve después de un momento.

Ian suspiró y se giró para mirar a Jake, que lo observaba con curiosidad.

—¿Puedes llevarme a casa?

—Sabes que tienes que hacer una declaración y entregar tu arma para la prueba de balística.

—Ya te lo he contado todo y me han hecho el test de pólvora en casa de Alex. Llévatela, esta noche no volveré a necesitarla —dijo entregándole la pistola—. Te prometo que estaré allí a primera hora y firmaré todas las declaraciones que quieras.

Jake lo observó un momento y cogió el arma a regañadientes. Era pasada la media noche y lo cierto era que parecía que un tren le había pasado por encima; el cansancio que veía en sus ojos le conmovió.

—Quiero verte a las ocho en tu mesa.

—Gracias, Jake —susurró cerrando los ojos.

No supo en qué momento Jake se reincorporaba a la circulación de la ciudad, se quedó dormido apenas cinco minutos después.



Le dolían hasta las puntas de las pestañas y, aunque su pretensión era esperar a su hermano despierto, los párpados se cerraban solos, por lo que un sueño inquieto e intermitente le obligaba a dar cabezadas en el sofá.

Se despertó de golpe al escuchar un timbrazo y se quejó de forma agónica al levantarse y correr hacia la puerta.

No tuvo oportunidad de echarle un vistazo a Steve, su hermano le abrazó tan fuerte que le levantó un par de centímetros del suelo; escuchó su risa franca y alegre junto al oído y un instinto protector e irracional le hizo devolverle el abrazo más fuerte aún.

—¡Cómo me alegro de verte! —exclamó Steve separándose un poco para mirarlo por primera vez. Frunció el ceño y sus ojos se nublaron de

preocupación al ver los moratones de su cara—. ¿Qué te ha pasado?

—Los hombres de Preiss han intentado matarnos esta noche.

—¿Qué...?

—Anda, pasa, no vas a creer todo lo que tengo que contarte.

Le apretó el hombro y lo arrastró al interior del apartamento. Por fin podía respirar algo más tranquilo.



Ian llevaba dos horas intentando redactar un informe que pareciera veraz sintiendo como un dolor semejante a pequeñas agujas se expandía por su cerebro uniéndose al que ya tenía en las costillas y en los brazos.

Su capitán estaba encerrado con el fiscal en su despacho, lo que no presagiaba nada bueno para él cuando le preguntaran por Alex y no tuviera una respuesta.

Imprimió el dichoso informe y lo metió en la carpeta correspondiente. Seguramente después de entregarlo tendría que pasar por un interrogatorio y por manos del psicólogo del departamento. Quiso gemir mientras miraba el reloj de su muñeca y calculaba las horas que quedaban para poder irse a casa. Necesitaba una buena ducha y dormir del tirón más de un par de horas.

El sonido desconocido de un teléfono móvil proveniente de su cazadora le hizo levantarse y palpase los bolsillos, extrañado. Sacó el aparato y lo observó sin decidirse a contestar mientras se preguntaba de dónde habría salido aquel artilugio.

—¿Quién es? —respondió al fin.

—Está en un lugar seguro.

—¿Y ya está? ¿Tengo que creérmelo porque tú lo dices? —gruñó con los dientes apretados mientras aceleraba el paso y se escondía en los baños.

—Aceptaré la protección del FBI así que te sugiero que hagas lo imposible por mantenerla a salvo o te haré culpable directo, ¿lo has entendido?

El tono de voz de Ulrich apenas se alteró al bajar del taxi y entrar con paso tranquilo en el aeropuerto.

—Alex es lo primero para mí —dijo Ian empezando a enfadarse.

—Hasta hace dos días ni siquiera querías hablar con ella —replicó sin ocultar su tono irónico.

—Mira, gilipollas...

—Estaré fuera del país. Estáis solos. —Le indicó la dirección donde podría

encontrarla y terminó la llamada. Después abrió la parte trasera y quitó la tarjeta antes de tirar el teléfono en una papelera y buscar su vuelo en la pantalla de embarques.

Si no fuera tan importante su regreso a Berlín, se quedaría con ella hasta que todo aquel lío se aclarara, pero tenía un trabajo que terminar, el último antes de poder regresar a casa.

Afianzó el macuto sobre el hombro y se dirigió hacia su terminal.

Ian controló las ganas de estampar el móvil contra el suelo y lo miró durante unos segundos antes de salir de los lavabos con paso cansado. A pesar de la desconfianza que le generaba el excompañero de Alex, saber que la había convencido para entrar en el programa fue como un bálsamo para su ya atascado cupo de preocupaciones.

—¿Inspector Cole? ¿Podemos hablar?

Ian echó un vistazo detrás del hombre que acababa de dirigirse a él y vio a su capitán asentir imperceptiblemente con la cabeza. Se levantó y le estrechó la mano al ayudante del fiscal.

—Por supuesto.

Entró el primero en el despacho, mientras Sam permanecía apoyado en la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho y el joven fiscal se sentaba frente a él.

—Si vamos a abrir una investigación sobre la posible relación de la organización de Roger Finch con Leonard Preiss, necesitaré que sea totalmente sincero conmigo.

—Colaboraré en todo lo que pueda.

—No esperaba menos —susurró el hombre cogiendo un dossier de la mesa y colocándose en las rodillas antes de abrirlo—. Empecemos por la señorita Weaver, ¿de acuerdo?

Ian ahogó un suspiro y se movió inquieto en el sillón. Iba a ser un día muy largo.



Heather abrió el frigorífico por quinta vez en menos de una hora. Chasqueó la lengua y cogió su enésima lata de refresco, aunque en realidad no le apetecía. Llevaba casi dos días allí encerrada sin nada que hacer y estaba empezando a

desquiciarse. Había salido con tanta prisa de su apartamento que no había tenido oportunidad de coger nada, solo una muda de ropa, su pistola y el pasaporte. No tenía un teléfono móvil ni un triste televisor que poder manipular para conseguir algo de información.

Gil la había dejado completamente incomunicada sabiendo que eso le destrozaría los nervios. La única razón de que no se hubiera marchado ya forzando la cerradura era la promesa que le había hecho.

Podía mentir, estafar e incluso matar, cualquier cosa que fuese necesaria, pero incumplir una promesa a Gil era un límite que no estaba dispuesta a cruzar. Aunque él siempre tuviera la capacidad de hacer que se sintiera culpable.

Se dejó caer en el sofá y recordó la mirada traicionada que le dirigió antes de marcharse. Ella no tenía la culpa de que él ignorase sus sentimientos y que siempre esperara una respuesta distinta.

—Jodido imbécil...

Estaba a punto de abrir la lata cuando escuchó un tintineo en la puerta principal. Agarró la lata con una mano y con la otra cogió su 9mm antes de encaminarse descalza hasta la entrada.

El desconocido apenas tuvo ocasión de defenderse. La lata impactó sobre su frente nada más poner un pie en el interior del apartamento y, antes de que pudiera sacar su arma de la sobaquera, estaba tendido en el suelo boca abajo, con una rodilla aplastándole la espalda y un metal helado amenazando su nuca.

—Soy agente federal. Mi placa está... en el bolsillo... —dijo rápidamente.

Alex no se movió mientras buscaba en los bolsillos de la chaqueta hasta que encontró la identificación. La estudió durante unos minutos y, cuando estuvo convencida de que no era falsa, se apartó.

—Muy despacio —le advirtió permitiendo que se levantara.

—El inspector Cole me preparó para un recibimiento similar, pero no esperaba... —empezó a decir tocándose con cautela el prominente bulto de su frente.

—¿Quién eres?

—Soy el agente federal Barry Baxton. Seré su enlace mientras permanezca en protección de testigos. ¿Podría bajar el arma, por favor?

Ella escondió la pistola a su espalda. Se apartó el pelo de la frente y cruzó los brazos para mirarlo con un mal disimulado desdén.

—¿Tendría un poco de hielo? —volvió a preguntar el hombre con tono irritado.

Alex disimuló una sonrisa y fue hasta la cocina. Le pasó una bolsa de cubitos y



se apoyó en el mostrador para observarlo en silencio mientras él se colocaba con cuidado la bolsa sobre la frente hinchada.

—Sé que está más que preparada para defenderse sola, pero a partir de ahora se acabaron las armas, de fuego y de todo tipo, ¿entendido? Me ocuparé de su seguridad hasta que llegemos a nuestro destino, así que espero que acate mis normas y nos evitemos problemas innecesarios. En un par de días estaré en disposición de darle toda la documentación relativa a su nueva identidad y no volveremos a vernos a no ser que no se sienta a salvo, ¿tiene alguna pregunta? Tenía más de una, pero él no podía darle ninguna respuesta.

—¿Qué pasará con mi familia? Tengo un hermano, si esa gente sabe quién soy...

—El inspector Cole negoció la seguridad de su hermano mientras dure toda la investigación y el juicio. No debe preocuparse por eso. Recoja sus cosas, deberíamos irnos en una hora.

Ian parecía haber atado cualquier posible complicación, dejándola sin alternativas. Se enderezó y salió al salón, se abrochó las deportivas y cogió su mochila. Cuando salió a la entrada, Barry ya la esperaba.

—Estoy lista —dijo pasando junto a él.

—¿No se olvida de algo, Heather? —preguntó extendiendo una mano y mostrando una expresión severa.

Alex sonrió de medio lado, sacó la pistola de la cinturilla del pantalón y la dejó caer sobre la palma abierta sin decir nada más

Esperaba que Ian y Gil fueran conscientes del sacrificio enorme que suponía para ella todo aquello porque, si no era así, iba a hacer que sufrieran un infierno cuando regresara.

# Capítulo 12

Volvió a sacar la fotografía de la guantera y observó los rostros sonrientes de la pareja que le miraban desde el papel. Jóvenes, felices y con un futuro que estaba a punto de apagarse.

No sentía remordimientos por lo que iba a hacer. Tenía un objetivo: recuperar la confianza perdida tras la funesta gestión del problema de la planta de reciclaje, y su éxito dependía de ese momento. Había cometido un error tras otro, empezando por el asesinato de aquel chófer. Debió asegurarse de que no hubiera nadie más en el almacén, pero pecó de confiado y tuvo que deshacerse del inoportuno fotógrafo. Segundo error.

Preiss no estaba nada contento. Lo había apartado de la operación de Finch después de haber sido el principal impulsor, pero confiaba en recuperar su reputación después de matar a esa mujer. Que la aprobaran para el programa de protección de testigos había sido su tercer error y el último.

Había estudiado su carácter, sabía que era impulsiva, y por eso utilizaría su único talón de Aquiles para hacer que ella misma dejara el programa y saliera a la luz. Cuando la tuviera a tiro, no volvería a fallar.

La furgoneta y el remolque de caballos pasaron por delante de la estación de servicio donde estaba aparcado, esperando. Reconoció el modelo, el color y la matrícula, y lo que era más importante, la pareja que iba en el interior.

Encendió el motor y se incorporó a la carretera pisando el acelerador.



Dennis Weaver se consideraba un hombre afortunado. Había tenido que madurar a la fuerza tras la repentina muerte de sus padres cuando aún estaba en la universidad, pero ese suceso lo había hecho fuerte, ambicioso y precavido.

Levantó la finca familiar y la reconvirtió en la exitosa escuela de equitación que era ahora; había sido un trabajo muy duro, a veces ingrato, tanto como

cuidar de alguien como Heather. Su hermana siempre había sido un torbellino imparable, pero se sentía genuinamente orgulloso de ella, de ambos en realidad, y de lo que cada uno había conseguido a su manera.

Miró de reojo a su mujer y a la barriga incipiente que alojaba a su primer hijo y sintió un estallido de amor tan poderoso que le temblaron las manos incluso agarrando el volante. Becky siempre había estado a su lado, desde que eran unos niños, y siempre supo que sería suya. Era la mujer más hermosa, buena y amable que había conocido y le iba a dar el mayor regalo que podría imaginar. A veces sentía que no era merecedor de tanta felicidad.

Cogió una de las manos de su mujer y se la llevó a los labios provocando que ella sonriera. Después sintió un golpe en el lateral izquierdo. Intentó volver a equilibrar la furgoneta, pero el segundo golpe los sacó de la carretera.

Lo último que escuchó fue el ensordecedor grito de Becky mientras caían.



Ian escuchó las llaves en la cerradura y giró la cabeza desde el sofá para ver entrar a su hermano. No esperaba que fuera a usar la copia de la llave que le dio, pero le hacía inmensamente feliz que se hubiera decidido. Verlo, aunque solo fuesen diez minutos, era un bálsamo para sus peores temores.

—¡Eh! —saludó su hermano dejándose caer junto a él.

Le birló el bocadillo y le dio un enorme mordisco antes de devolvérselo.

—Tío, hazte uno tú —refunfuñó apartando el pan de su alcance.

—Estoy muerto de hambre. No he comido nada desde... ayer por la mañana, creo.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó con suspicacia.

Steve se limitó a mirarlo de reojo relajándose contra la superficie blanda del sofá.

—Creo que por fin van a empezar a mover la mercancía.

—¿Finch?

—Es lo que estábamos esperando, Ian. Si los pillamos con las manos en la masa, ningún puto abogado podrá echarnos el caso abajo y no todo dependerá del testimonio de Alex.

—Hablaré con Sam para montar un dispositivo...

—No.

—¿Cómo que no? —Ian se enderezó y miró a su hermano con ceño.

—No podemos arriesgarnos. Iré solo, como hasta ahora. Confían en mí.

—No me gusta —dijo sin apartar la mirada de Steve.

—Ya lo sé —contestó esbozando una mueca burlona—, pero tú también tendrás que confiar en mí. ¿Sabes algo de Alex, por cierto?

—Ni siquiera sé dónde está. Y es mejor así. Su seguridad es lo más importante ahora mismo —contestó volviendo a prestar su atención a la televisión.

Steve observó a su hermano unos segundos con la cabeza ladeada. Se comportaba como si no le importara, pero él lo conocía muy bien.

—¿Piensas hacer algo cuando todo esto acabe? —le preguntó con suavidad.

—¿Respecto a qué?

—A Alex.

Ian frunció el ceño y miró a su hermano con una sonrisa tensa encogiéndose un hombro.

—Supongo que podremos retomar nuestra vieja amistad poco a poco...

—No me refería a eso y lo sabes bien —replicó de mal humor.

Estiró los brazos por encima de la cabeza y se levantó de un salto, colocándose delante de la pantalla para impedir que Ian olvidara el tema.

—Steve...

—Al final ella se irá con otro, ¿es eso lo que quieres? —lo aguijoneó.

—Lo que yo quiero no importa, ¿vale? Nos hemos hecho mucho daño, ella es... No es tan fácil aceptar ni perdonar ciertas cosas —contestó enfadado mientras le daba un mordisco furioso a su comida.

No quería pensar en Alex con otro hombre, no quería pensar en la posibilidad de vivir sin ella y maldita la gracia que le hacía que su hermano se lo recordara.

—Siempre estaréis igual: ella me ha hecho, yo le he hecho... Es bastante simple en realidad, Ian. Se trata de si la amas o no. Todo lo demás solo son excusas.

El sonido del teléfono le impidió a Ian dar una respuesta. Dejó el bocadillo y se frotó los ojos evitando la mirada de su hermano.

—Cole.

—Hola, Ian, soy el jefe Bradley, de Biddeford. Lamento molestarte, pero no he conseguido localizar a Heather. No tengo muy buenas noticias.

El corazón de Ian se paralizó durante medio segundo, el suficiente para que su rostro palideciera.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermano preocupado.

—Los Weaver han tenido un accidente en la interestatal. La furgoneta ha

quedado hecha un amasijo...

Ian no escuchó nada más, solo podía pensar que les había fallado. A los dos.

—¿Están muertos? —logró articular sin ser consciente del tono helado de su voz.

—Becky tiene un brazo roto y las costillas magulladas. Llegó al hospital con conmoción cerebral, pero está despierta. Todavía es pronto para saber qué pasará con el bebé. Y Dennis... lo siento, Ian, entró en parada cardiorrespiratoria en quirófano y no... los médicos no han podido decirme nada más.

—Ian, ¿qué coño pasa? —volvió a preguntar Steve impaciente.

—Dennis ha tenido un accidente.

—¡Por Dios! ¿Crees que...?

Ian le interrumpió levantando una mano para hacerle callar y se concentró en la voz de Bradley al otro lado del teléfono.

—Gracias. Saldré enseguida.

—Si puedes contactar con Heather...

—No te preocupes, se lo diré en cuanto hable con ella.

Cortó la comunicación sintiendo una rabia inmensa hacia sí mismo. Se había confiado creyendo que Dennis estaría a salvo bajo la vigilancia del FBI, pero nada estaba saliendo como había planeado. No era tan ingenuo como para pensar que el accidente había sido solo mala suerte.

—¡Joder! —gritó fuera de sí dándole una fuerte patada a la mesita.

El plato con la cena salió volando estrellándose contra el televisor ante la mirada calmada de Steve.

—Así no solucionas nada.

—¡Ya lo sé! —exclamó pasándose las manos por el pelo—. Tengo que irme, te llamaré en cuanto llegue a Biddeford. —Fue a su dormitorio y empezó a abrir cajones y a sacar ropa para guardarla en una mochila ajada—. Haré mi propia investigación y le enviaré a Jake cualquier cosa que averigüe. Llamaré a Sam por el camino. Alex no debe enterarse bajo ninguna circunstancia. Si esos hijos de puta están detrás de esto...

—Yo lo sabré —dijo con seguridad.

—No quiero que hagas nada —replicó Ian mirándolo ceñudo—. Limítate a tu misión. Si indagas en esto y esa gente tiene la más mínima sospecha de que eres poli, te enterrarán en una zanja.

—Tendré cuidado, ¿vale? Dennis y Alex también son mi familia.

Ian suspiró y puso una mano temblorosa sobre el hombro de su hermano.

—Por favor, Steve, no te metas en esto.

Le dio un ligero apretón y salió dando un portazo.

Steve se puso las manos en las caderas y observó el estropicio del salón. Colocó la mesa en su sitio y recogió los restos de la cena de su hermano. Después comprobó que su pistola del calibre veintidós estaba cargada y la escondió bajo la ropa junto con un cargador de reserva.

Esperaba no tener que utilizarla, pero si había la más mínima posibilidad de atrapar al causante del accidente de Dennis, no iba a dejarla escapar. Por mucho miedo que tuviera su hermano a las consecuencias.



Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal cuando traspasó los lindes de Biddeford. Todo seguía igual, aunque él lo viera diferente. Si Dennis moría ya nada volvería a ser como antes; ni la calle mayor, ni la vieja heladería de la señora Johnson, ni el bar de Stanley. Aquel dejaría de ser su refugio.

Steve y él habían pasado todos los veranos en casa de su abuela desde que tenía memoria, hasta que sus padres por fin se separaron después de años de peleas y discusiones, y se quedaron a vivir con ella de forma permanente mientras su madre iba y venía obligada por su trabajo itinerante de actriz de teatro. Cuando consiguió cierta estabilidad y volvió a casarse, quiso que fueran a vivir con ella, pero ya era demasiado tarde; eran casi adultos y su abuela era demasiado mayor para dejarla sola. El viejo caserón siempre sería su hogar, aunque tras la muerte de la anciana se hubiera convertido en un lugar desolado y frío.

Ian no pudo reprimir una sonrisa nostálgica cuando pasó frente al descampado que en verano se transformaba en un autocine. ¡La de veces que habían jugado allí los cuatro! Habían llegado a ser inseparables y esa amistad había perdurado en el tiempo tan fuerte y potente como un lazo de sangre.

Detuvo el coche en el aparcamiento del hospital y cerró los ojos un momento, intentando prepararse para ver a Dennis. Respiró hondo y relajó las vértebras del cuello sin dejar de repetirse que él era un profesional y no se dejaría llevar por las emociones.

Bajó del vehículo y se dirigió con paso deliberadamente lento hacia la entrada del edificio.

El pasillo de la unidad de cuidados intensivos estaba bastante tranquilo; era el

cambio de turno y apenas había personal que le impidiera el paso. Caminó, decidido, recorriendo los distintos habitáculos hasta que dio con el de su amigo. Tomó aire y traspasó el umbral colándose dentro.

Le recibió el pitido rítmico e intermitente de los monitores que estaban enchufados al cuerpo de Dennis. Estaba completamente inmóvil, con los brazos a ambos lados del cuerpo colocados por encima de las sábanas; de su nariz y boca salían varios tubos, aunque la expresión de su rostro era serena. Su pecho subía y bajaba acompasado con la respiración artificial que le mantenía con vida.

Ian dio un paso vacilante hacia la cama y se detuvo apretando y relajando los puños, deseando golpear algo o a alguien. Un sollozo quebrado salió de su garganta sin ser consciente mientras se acercaba a él. Necesitaba tocarlo, comprobar que aquello no era una pesadilla y, cuando lo hizo, todo su mundo se vino abajo.

*Había una charca en el páramo que pertenecía a los terrenos de los Weaver. La cabaña de madera estaba casi oculta detrás de los árboles, pero desde allí se veía toda la pradera, por eso la utilizaban como fuerte. Así podían vigilar si sus enemigos aparecían de repente con la intención de bañarse allí. Alex era siempre la primera en salir disparada hacia ellos hecha una furia. No reparaba en que era la más pequeña y que esos brutos podían hacerle daño sin querer, por eso Ian y Dennis se pasaban las horas atentos a sus reacciones.*

*Aquel día no les dio tiempo a retenerla. En cuanto vio a los Johnson acercándose, salió de la cabaña gritando como una loca.*

*—¡Idos al demonio, malditos Johnson! ¡Estas tierras son de los Weaver!*  
*—gritó mientras corría tras ellos tirándoles piedras.*

*Steve se echó a reír mientras Ian y Dennis corrían detrás de ella para que no hiciera ninguna tontería, como acertar en la frente de alguno de ellos con un pedrusco.*

*—No merece la pena. Son unos cobardes —dijo Ian echándose a reír con los brazos en la nuca cuando vio cómo aquellos matones, que les sacaban al menos una cabeza a todos ellos, huían ante los gritos e insultos de un renacuajo como ella.*

*Dennis le miró con ceño y le dio un manotazo.*

*—No está bien pelearnos. Y deberíamos vigilar mejor a Alex, mi padre dice que un día se va a llevar su merecido si sigue con esa actitud.*

*—¡No vuelvas a llamarme así, Dennis Weaver! ¡Te lo prohíbo! —exclamó indignada dándole una patada—. Alex es un nombre de chico y yo soy una señorita, ¿verdad, Stevie?*

*El niño se encogió de hombros antes de sonreír travieso y lanzarla dentro del agua.*

*Dennis empezó a aullar de risa e Ian empezó a revolcarse por el suelo cuando ella salió del agua con el pelo lleno de barro y los ojos rojos de furia, y comenzó a perseguir a Steve por todo el prado.*

*—Espero que cuando sea mayor cambie. No me gustaría estar así el resto de mi vida, ¿no crees? —dijo Dennis dándole la mano para ayudarlo a levantarse.*

*Ian se la estrechó con fuerza sin dejar de reír.*

Se despertó sobresaltado al sentir que alguien le zarandeaba el hombro con insistencia. Se levantó de un salto y miró a su alrededor con la mirada desenfocada palpándose el costado en busca de su pistola.

—Señor, no puede estar aquí —le dijo una enfermera mirándolo con severidad.

—¿Puede decirme cómo está? —preguntó señalando a Dennis con una mano.

—¿Es usted familiar?

—Sí —contestó con un gruñido.

La muchacha lo miró con suspicacia. No se lo creía, pero viendo su rostro cansado y preocupado, decidió no seguir discutiendo.

—Entró con traumatismo craneoencefálico y varias contusiones. Los doctores pudieron detener la hemorragia interna, pero sufrió una parada cardiorrespiratoria en quirófano. Por ahora está estable. Lamento no poder decirle nada más.

—Gracias —murmuró girando la cabeza para mirarlo de nuevo.

—Señor, lo siento, pero debe marcharse...

—Sí, enseguida. Solo... déjeme un minuto más, por favor. —No esperó a que la enfermera contestara; se agachó junto al rostro de su mejor amigo y le susurró al oído—: Tienes que superar esto, ¿me oyes? Tienes que hacerlo por Becky, por tu hijo y por mí, porque si te rindes, Alex me matará y no me quedará otra que buscarte en el infierno, ¿me has oído?

—Debe irse —insistió la mujer—. Mañana por la mañana se permiten otra vez las visitas. Puede volver entonces.

Le dio un apretón a su amigo en el brazo y con un gesto de asentimiento hacia



la enfermera, se marchó. No había pensado ni una sola vez en Becky, pero al nombrarla un sentimiento de pura tristeza se asentó en su estómago al pensar que tal vez hubiera perdido a su hijo. Preguntó por ella en la recepción y cogió el ascensor sin demora. Tocó a la puerta de la habitación y se asomó con cautela por lo que podía encontrarse, aunque no esperaba que fuese peor que ver a Dennis así.

—¿Ian?

La voz de la mujer sonó llorosa y esperanzada y, cuando se acercó a ella para abrazarla, Becky no pudo contener las lágrimas de desesperación que tanto esfuerzo le había costado reprimir.

—Tranquila, todo saldrá bien, Becks, te lo juro... —dijo sintiendo una quemazón en la garganta.

—¿Le has visto? No me dejan ir a verlo. Necesito... Ian, por favor, quizá tú puedas... Tengo que verlo... Por favor...

—Haré lo que pueda, ¿vale? —le aseguró apartando la mirada y cruzándola con la madre de ella, que hizo un gesto de agradecimiento reconociendo la mentira—. ¿Cómo estás tú?

—Un poco magullada. Parece que el bebé está bien, pero todavía es pronto para saber si tendrá alguna secuela... —Se interrumpió con un sollozo—. Es mi niño, mío y de Dennis...

—Dennis se pondrá bien y tú también. Antes de que te des cuenta todo esto solo quedará como un mal recuerdo.

—Me gustaría tanto creerlo... Todo sucedió tan deprisa, Ian... El todoterreno nos golpeó por el lado izquierdo y nos echó de la carretera. No pudimos hacer nada... nada.

—Iré a ver a Bradley por si puedo averiguar algo más, ¿de acuerdo? Tú descansa. Pasaré esta tarde a verte.

Le dio un beso en la frente y se levantó de la cama, pero antes de que pudiera salir de la habitación, la voz quebradiza de Becky le detuvo.

—¿Lo sabe Heather?

—Está fuera del país, cogerá el primer avión disponible. Estaba como loca por no poder estar aquí —mintió.

La muchacha asintió y cerró los ojos para sumirse en un sueño profundo mientras Ian cerraba la puerta con suavidad.

# Capítulo 13

Le sorprendió ver toda una flota de furgonetas de color oscuro aparcadas en el interior del almacén principal. Steve ignoraba cuándo habrían llegado, pero por la tranquilidad que mostraban los hombres que hacían guardia, debían llevar allí bastantes horas.

No se había equivocado en cuanto a su intuición de que los preparativos para el transporte estaban en marcha. Si los vehículos ya habían llegado, significaba que era inminente y que su tiempo se agotaba.

La oficina principal estaba situada sobre un altillo al que se accedía por unas escaleras metálicas desde las cuales se veía toda la amplitud de la nave central; en más de una ocasión había visto a Preiss y Finh reunidos ahí, por lo que tenía la certeza de que, si habían dejado algún rastro de sus transacciones, debía de estar en esa habitación.

Atravesó la nave y entró en un largo pasillo con varias habitaciones que se distribuían en vestuario, armamento y videovigilancia. Entró en el vestuario y dejó el casco de la moto y la chaqueta, después cruzó el pasillo y se metió en la habitación donde guardaban su arsenal; cogió un subfusil y se lo colgó al hombro antes de dirigirse hacia el cuarto de seguridad.

—¡Eh, chicos! Está todo muy tranquilo, ¿no? —dijo asomándose sonriente.

Uno de los dos hombres lo miró por encima del hombro mientras el otro le apuntaba directamente al pecho.

—No puedes estar aquí.

—Tranquilo, tío, ya me voy a hacer la ronda.

Los hombres de Preiss no habían acogido de buena gana al nuevo grupo, los toleraban por orden de Orwell y porque se jugaban demasiado si las cosas salían mal, pero el trato que les dispensaban cuando ninguno de los cabecillas no estaba presente ya había provocado alguna que otra trifulca.

Salió de nuevo a la nave principal y miró hacia las escaleras. Si quería entrar ahí tendría que hacerlo a través de ellas sin que le vieran los vigilantes ni las cámaras y para lograrlo tendría que ser imaginativo.

Los hombres de Preiss se movían en grupos de dos por todo el muelle, mientras que los suyos permanecían junto a los vehículos, apostando o

bebiendo, aburridos. Sonrió anticipándose a la idea que acababa de tener. Nada mejor que meter cizaña entre bandas para crear una buena distracción.

No conocía muy bien a los hombres que habían acompañado a Finch desde Filadelfia. Su repentino ascenso a los círculos superiores había sido inesperado, parte de su trabajo dentro de la organización había sido controlar que los intercambios callejeros se produjeran sin contratiempos, por lo que su relación con la mayoría de esos hombres, a excepción del que lo introdujo en la banda desde la cárcel, era bastante superficial. No obstante, esperaba que la confianza que tenían en él fuera suficiente para iniciar lo que había planeado.

—Buenas noches, ¿todo bien por aquí?

—Hola, Viper, ¿te animas? —le preguntó uno señalando la improvisada mesa de dados que habían dispuesto sobre un cajón.

—Tal vez después. Me toca ronda y no veas como me han gruñido esos gilipollas por llegar un poco tarde —comentó haciendo un gesto hacia la zona de descanso.

Uno de ellos bufó siguiendo con los ojos la dirección del movimiento de su cabeza y se dirigió a Steve levantando el mentón.

—¿Qué te han dicho esos mierdas?

—No es lo que han dicho, sino la forma de hacerlo. No sé a qué cojones estarán acostumbrados, pero si estuviéramos en casa les haríamos lamerse las pelotas. Putos señoritos. —Escupió a un lado provocando las risas de los demás.

—¡Eh, tú! ¡Deja la cháchara y muévete!

Uno de los guardias de Preiss se encaminó hacia él dándole órdenes y Steve lo ignoró mirando a sus compañeros.

—¿Veis lo que os digo? No saben lo que es el respeto.

No hizo falta nada más para encender la mecha. Los hombres estaban ociosos y aburridos, apenas les permitían salir de allí y llevaban días sin distracciones femeninas. El mejor caldo de cultivo para desahogarse con los puños.

—Pedazo de mierda, tú no das las órdenes aquí —dijo el compañero que le ofreció jugar a los dados, levantándose de golpe y tirando el tablero debido al brusco movimiento.

No supo quién dio el primer puñetazo. Los gritos alertaron a los hombres que hacían guardia fuera de las instalaciones y en un momento la nave se convirtió en una batalla campal.

Solo cuando vio que los dos hombres encargados de la videovigilancia se unían a la pelea, Steve se escabulló hacia las escaleras con un par de

moratones en la mejilla y el labio roto.

Le resultaba curiosa la desconfianza que Preiss mostraba a sus propios hombres; toda la propiedad estaba vigilada por un circuito interno de alarmas y videocámaras que lo registraban todo, por eso le sorprendió ver que la puerta solo tenía una simple cerradura. Temió no encontrar nada importante en aquellos archivadores, pero, aun así, no iba a desaprovechar la oportunidad de echar un vistazo.

Abrió la cerradura gracias a un alambre y entró. El despacho era bastante austero y funcional; una mesa rectangular de madera maciza ocupaba gran parte del espacio, junto con dos sillones de aspecto cómodo y ajado. El resto del mobiliario consistía en un pequeño mueble bar y un televisor, todo lo demás eran archivadores metálicos.

No podía arriesgarse a que lo descubrieran en el despacho, así que hizo un rápido registro de la mesa y se centró en abrir los archivadores uno a uno sin apartar la vista de la puerta.

Los dedos pasaron veloces por las diferentes carpetas mientras leía los encabezados sin que ninguno representara algo de interés, hasta que llegó a la sección de registros.

Sacó la carpeta del mueble y la hojeó sofocando un alarido de triunfo. Allí estaba todo, decenas de listados de clientes, proveedores, compras y ventas, incluso altos cargos que le debían favores.

Cogió los documentos que le interesaban, los enrolló y los escondió debajo de la camiseta, después volvió a colocar la carpeta en su lugar y cerró el archivador.

Con la adrenalina disparando sus pulsaciones se acercó a la salida y la entreabrió para comprobar cómo seguía la situación en el exterior. Los ánimos se habían calmado un poco, aunque la mayoría seguía retándose con la mirada ignorando los nudillos desgarrados y las narices chorreantes de sangre.

Divisó a uno de los matones de la garita de seguridad, pero no al otro; no podía saber si había vuelto a vigilar las cámaras, así que salir de allí iba a resultar muy arriesgado. Cuando lo vio aparecer acarreando una bolsa de hielo, respiró aliviado. Salió del despacho y bajó la escalera de hierro con cuidado de que el ruido del metal no retumbara. Se sentó en el último escalón y se presionó la herida de la boca disimulando una sonrisa.

Había tenido el primer golpe de buena suerte en seis meses. Solo esperaba que durara lo suficiente para que pudiera sacar la información de allí.

El ambiente se fue relajando conforme avanzaba el resto de la noche. El ejercicio había puesto a los hombres de buen humor y no dejaron de jugar a los dados y apostar mientras esperaban la llegada del amanecer. Pero para Steve, las horas pasaban demasiado despacio, los documentos le quemaban bajo la ropa y no veía el momento del cambio de guardia.

Cuando salió de los muelles y sintió los rayos del sol calentándole el rostro ya tenía un plan definido. Con su hermano fuera del estado y preocupado por la vida de Dennis, solo había una persona en la que podía confiar. Se subió a su moto y aceleró lo máximo permitido para interceptar a Jake antes de que fuera a trabajar.

El South End era una de las zonas más populares de la ciudad. Sus bonitos parques y casas históricas de estilo victoriano lo convertían en uno de los barrios residenciales más característicos de Boston. Más económico que Beacon Hill o Back Bay, hacía años que Jake había comprado una vivienda en la zona para formar una familia. Que su mujer lo abandonara al poco de mudarse no le había hecho cambiar de opinión, aunque tuviera que dejarse más de la mitad de su sueldo en la hipoteca.

Al aparcar la moto delante de su edificio, Steve comprendió la razón. Había un parque al otro lado de la calle, de donde la brisa arrastraba las risas de los niños jugando y algún ladrido ocasional. Se respiraba paz y podía entender que Jake necesitara esa tranquilidad al volver a casa después de ver lo peor del ser humano cada día.

Ató el casco al manillar de la moto y se aseguró que todavía llevaba los documentos pegados a su espalda palpándolos a través de la ropa. Esperaba que Jake quisiera hacerse cargo de ellos o estaría perdido.

Alcanzó la entrada en dos zancadas y tocó al timbre con la esperanza de que todavía estuviera en casa. Cuando abrió, sonrió al verle; estaba despeinado y a medio vestir, y sujetaba una taza de café que le hizo la boca agua.

—¿Stephen? —preguntó sorprendido.

—Hola, Jake. Necesito tu ayuda... y que me invites a un café.

—Claro, pasa...

Steve miró a su alrededor y cruzó el umbral respirando por fin, tranquilo.

# Capítulo 14

Odiaba atender a adolescentes maleducados y vestir ese ridículo uniforme con minifalda y cofia; odiaba el olor a aceite frito y las manchas de ketchup; odiaba hasta su nuevo nombre.

—¡Stacy! ¡Mesa cinco!

Heather cogió la bandeja con las hamburguesas y los refrescos y fue a servirlos colocando una sonrisa en sus labios.

Solo le faltaban los patines y mascar chicle para parecer estúpida del todo.

Llevaba cuatro días en Cincinnati, al sur de Ohio, viviendo en un apartamento mediocre y una vida en las antípodas de lo que había sido. Se había cortado el pelo a la altura de los hombros y teñido de un tono castaño rojizo; el color de sus ojos también lo había disimulado con unas lentillas marrón oscuro de lo más común. Andaba ligeramente encorvada y con los hombros caídos para parecer menos alta y siempre calzaba zapatos planos.

No le había costado mucho adaptarse a su nueva situación, al fin y al cabo, no era la primera vez que tenía que aparentar ser otra persona. Lo único que de verdad le dolía era no poder mantener ningún tipo de contacto con su hermano. El agente del FBI se lo había prohibido específicamente en reiteradas ocasiones durante su breve viaje hasta allí.

Terminó de limpiar algunas mesas y entró en el cubículo de los empleados para deshacerse de la cofia y el delantal. Por fin había acabado su turno. Se despidió de sus compañeros y salió de la hamburguesería deseando respirar otra cosa que no fuera grasa quemada.

Su apartamento solo estaba a un par de manzanas de allí, así que caminó sin mucha prisa por llegar. Se ducharía, comería un par de piezas de fruta y se iría a la cama para empezar una nueva jornada horrible.

Se miró en el escaparate de una perfumería y suspiró. Se sentía inútil y frustrada. Quería estar en la acción, hacer lo que mejor sabía, y en cambio todos le habían dado la espalda y la habían atrapado dentro del sistema.

Ian seguía enfadado, Gil se había ido y Dennis estaba ocupado viviendo la vida que siempre había querido. No tenía grandes amistades, nunca había intimado con ninguna de sus compañeras de la redacción, tan solo con Jess, y

estaba muerto.

Sintió una punzada de dolor en el pecho que intentó ignorar mientras subía las escaleras de su edificio. Entró en su apartamento medio vacío y se dejó caer en el sofá antes de encender el televisor y poner las piernas estiradas encima de la mesita de madera.

La punzada no se marchaba y la inquietud por saber cómo iría la investigación la estaba poniendo cada vez más nerviosa. Se levantó de nuevo y paseó la vista por el pequeño espacio limpio y despejado de muebles mordiéndose la uña del dedo pulgar. No le haría mal a nadie si echaba un vistazo, solo una ojeada rápida a su servidor privado y encriptado al que se subía toda la información relativa a sus mensajes, emails, etc., y desde el que podía acceder a todas las cuentas que había pirateado.

Solo sería un minuto y así podría dormir sin dolor de cabeza.

Fue al dormitorio y abrió el armario para desmontar la lámina trasera de marquetería, dónde había escondido el teléfono móvil que había comprado hacía un par de días.

Algunas costumbres eran imposibles de cambiar.

Se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas y se mordió el labio antes de encenderlo. Ya no había vuelta atrás. Introdujo la clave que le daba acceso a la nube y ojeó los diferentes expedientes de la cuenta policial de Ian. No encontró nada relevante, así que estaba a punto de apagarlo de nuevo cuando cierta nostalgia por su trabajo en el periódico la hizo comprobar si tenía algún mensaje de Paul o Bárbara, los únicos con los que realmente había tenido cierto contacto en el Mirror.

Una sonrisa sorprendida se extendió por su cara al ver que sí los había. Abrió primero el de su jefe, que le aseguraba que tendría de nuevo su puesto cuando estuviera preparada para volver; y a continuación leyó el de su compañera, si bien tuvo que releerlo varias veces para asimilar su contenido.

*Hola, Heather. Guilfoyle nos ha dicho que te has tomado un periodo de excedencia ilimitado. Supongo que la muerte de Jess te afectó a ti más que a nadie de la oficina. Sé lo unidos que estabais, así que espero que estés bien y que vuelvas pronto. La verdad es que te echamos de menos, eras el torbellino del periódico y esto es bastante aburrido sin ti.*

*Lamento lo de tu hermano, espero de todo corazón que se recupere pronto. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para cualquier cosa que necesites.*

*Un fuerte abrazo,  
Bárbara*

El teléfono tembló en sus manos cuando vio la frase referente a su hermano. No era posible que hubiera sucedido nada importante; Dennis estaba bajo vigilancia, se lo habían asegurado y, en caso contrario, Ian se lo habría dicho de inmediato.

Un calor repentino le subió por el esófago y enrojeció sus mejillas al comprender que Ian jamás vulneraría el protocolo del programa, aunque fuese por algo tan importante como la vida de su única familia, no si con ello creía estar protegiéndola.

Cerró los ojos y se concentró en su respiración antes de teclear con velocidad vertiginosa sobre la pantalla táctil del móvil. Navegó por las noticias locales de Biddeford, usando como palabras clave el nombre de su hermano y el de su mujer. Era un hombre reconocido en la comunidad, la escuela de equitación Weaver era importante y estaba convencida de que cualquier cosa que le afectara quedaría reflejada en los periódicos de la localidad, pero no había nada. Segura de que Ian o el fiscal habían manipulado la información para que no saliera a la luz, buscó el teléfono del hospital. Si la mano de Ian estaba detrás, sería inútil llamar a la escuela o a la oficina del jefe de policía.

—Hospital general de Biddeford.

—Hola, quisiera saber en qué habitación está ingresado el paciente Dennis Weaver —dijo conteniendo la respiración.

—Lo siento, no puedo darle esa información.

—¿Puede decirme al menos cuál es su estado? —preguntó con cierta ansiedad.

—Es información restringida, lo siento.

Antes de que pudiera hacer más preguntas, la persona al otro lado de la línea colgó, pero dándole la única información que necesitaba.

Dennis estaba allí.

Durante varios segundos escuchó el pitido continuo del fin de llamada sin apartar el móvil de su oreja y con una sola idea en la cabeza.

—A la mierda con todo... —susurró.

Dennis era sagrado, intocable, e Ian lo sabía, maldito fuera.





Dejó la bandeja sobre el mostrador y le hizo una señal a su compañera para que se acercara. Tenía la piel fría y pegajosa y una creciente sensación de incomodidad se iba expandiendo desde su cuello conforme el sudor avanzaba hacia el escote.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la muchacha mirándola con preocupación y algo parecido al asco al notar cómo el maquillaje de sus ojos se estropeaba y dejaba un reguero oscuro debajo de su mirada.

—¿Puedes cubrirme cinco minutos? Creo que estoy a punto de caer redonda...

—Claro, descansa un poco —dijo sonriendo con cierta compasión.

Heather se lo agradeció con un gesto y entró en la cocina para sentarse en un taburete fuera de la vista de los clientes. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos emitiendo un profundo suspiro.

—Criatura, deberías irte a casa. —La cocinera cubrió su frente con una de sus manos y frunció el ceño suavemente—. Yo hablaré con Stu, no te preocupes.

—Pero le prometí a Cristine que hoy haría su turno, no puedo... —protestó sin demasiadas ganas.

—Nos apañaremos. Vete.

—Gracias, Annie; eres maravillosa.

La mujer se alejó refunfuñando avergonzada y Heather salió de la cocina quitándose la cofia y arrastrando los pies de forma exagerada. Lamentaba utilizar el cariño y la bondad genuinas de la cocinera, pero necesitaba una excusa contundente para desaparecer del trabajo un par de días sin levantar sospechas en el agente federal encargado de su seguridad.

Cogió su chaqueta de la taquilla y encorvó la espalda echando los hombros hacia delante, dibujó un mohín de dolor en su boca y salió del restaurante. Tenía una hora para transformarse en otra persona y coger un autobús que la sacara de allí.

El hombre entró en el andén mirando a su alrededor con cierto despiste, agarrando un maletín de piel con la mano derecha y sujetando un periódico debajo del brazo izquierdo. Vio un hueco en un banco dónde estaba sentada una mujer de mediana edad, que guardaba entre los tobillos una pequeña maleta de viaje de un anodino color marrón, y se sentó a su lado antes de abrir el periódico por la sección de deportes.

La mujer se movió incómoda y reprimió un grito sorprendido de frustración llevándose un pañuelo a la nariz.

Después de unos minutos de lectura, el hombre le dio un golpe al papel

emitiendo un gruñido de rabia sobresaltando a la mujer, que lo miró por primera vez con un ligero ceño.

—Han vuelto a empatar. Como no tengamos cuidado, la temporada se va a ir a la mierda —dijo en voz alta—. Como yo si Ulrich se entera de lo que estás haciendo —añadió en su susurro disimulando volver a prestarle atención a las noticias.

Al otro lado del banco se escuchó un profundo suspiro.

—No deberías estar aquí y Ulrich no meterse en asuntos que no le conciernen —contestó con suavidad fijando sus ojos con lentillas marrones en él.

—Yo también me alegro de verte, H —replicó divertido, provocando que ella sonriera casi sin querer.

Tenía muchos nombres, tantos que a veces se olvidaba de quién era en realidad. Era Heather para el mundo, Alex para su familia y H para su equipo. Para Gil... nunca lo había tenido claro, pero que hubiese convencido a Charlie para que la vigilara, le demostraba que no se había desentendido de ella tanto como había querido demostrar.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí?

—No tuve elección: o venir o quedarme sin pelotas, y tratándose de Ulrich... ¿qué quieres que te diga? Valoro mucho mis partes bajas.

La miró de reojo al escuchar su murmullo ininteligible y enfadado y no osó mostrar ningún atisbo de diversión. La había seguido por pura intuición, algo en su manera de moverse al caminar o al retirarse el pelo de la cara había removido su memoria y había seguido su instinto. El disfraz era perfecto y nunca la habría descubierto si no fuera porque él también era muy bueno en su trabajo. Llevaba varias semanas vigilando su edificio y sabía que nadie con ese aspecto vivía allí, ni había entrado ni salido en las últimas horas. En cualquier caso, Heather no había conseguido escaparse por los pelos.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—¿Vas a intentar detenerme? —preguntó a su vez fijando la vista en el autobús que maniobraba para aparcar en la dársena con destino a Maine.

—Claro que no. Mi misión era cuidar de ti mientras estuvieras aquí, si te vas... es cosa tuya, pero, por favor, no hagas ninguna tontería, ¿quieres? Como hacer que te maten o algo así.

—Sé cuidarme —dijo levantándose.

Agarró su pequeña maleta y observó la fila de gente que empezaba a formarse delante de las puertas del vehículo.

—Lo sé. Hasta pronto, H.

Heather lo miró hasta que se perdió entre la marea de gente que se movía como una masa coordinada por la estación.

Le daba igual si Ulrich se enfadaba. Iba a hacer lo que tenía que hacer y nadie iba a impedirselo. Afianzó su agarre sobre el equipaje y se dirigió con paso firme hacia el resto del pasaje con destino a Portland

Charlie salió a la calle y se subió a un taxi mostrando una sonrisa ausente que transformaba su rostro adusto en casi infantil. Ulrich debía estar loco si de verdad pensaba que Heather iba a quedarse de brazos cruzados jugando a ser la víctima.



Steve no había dormido bien. Había pasado gran parte de la noche sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y sujetando una recortada que no había dejado de apuntar a la puerta del dormitorio.

Después de darle las pruebas que había robado del despacho de Preiss a Jake, se había ido directo a su apartamento, pero tampoco había podido descansar demasiado. Había vuelto por la tarde al muelle con el temor de no salir vivo, pero la guardia había transcurrido con normalidad.

Había recibido una llamada de Ian informándole de la situación de los Weaver y la sensación de impotencia que había sentido había estado a punto de costarle toda la misión; en su lugar, le había enviado un mensaje a su jefe y le había puesto al tanto del inminente traslado de la mercancía. El equipo especial del FBI debía estar preparado para actuar en cualquier momento.

No veía la hora de acabar con todo, recuperar su vida, poder pasear por la calle sin mirar por encima del hombro, visitar a su familia cuando le diera la gana y hablar con libertad de su trabajo. Faltaba muy poco y esa esperanza era lo que lo mantenía cuerdo.

Entró con paso cansado en el almacén. Si todo salía bien, no faltaría mucho para que su equipo actuara y no tendría que seguir fingiendo que era uno de ellos. No pudo ocultar una mirada llena de odio al ver conversar a Preiss y Finch mientras supervisaban las furgonetas y bajó la cabeza acercándose de forma disimulada.

—Si todo está en orden, podremos proceder a cargar la mercancía esta semana —decía Preiss en ese momento.

—No entiendo la demora, Leonard. Todo está preparado y cuánto más tiempo

tardemos, más dinero se perderá.

—Necesito a Orwell aquí y ahora está ocupado en otro asunto.

—¿Otro asunto? ¿Qué hay más importante que esto? —dijo Finch elevando la voz.

—Está cazando a una rata, pero no te preocupes, le hemos puesto un cebo que no podrá ignorar. Hoy mismo se quedará resuelto.

Ambos se alejaron hacia la oficina sin percatarse de la expresión de espanto que había hecho palidecer a Steve. Si Orwell estaba detrás del atentado de Dennis, Alex no tendría ninguna posibilidad.

Cogió su teléfono y empezó a marcar el número de su hermano mientras se dirigía a la salida dando grandes zancadas.

—Viper, tío, ¿a dónde coño vas? Tenemos que terminar de preparar las furgos.

—Su compañero empezó a andar hacia él con las manos levantadas.

—Lo siento, me ha surgido algo importante. ¿Puedes cubrirme? Te prometo que te compensaré.

—Espero que no sea una tía —refunfuñó.

Steve no le contestó. Guardó el teléfono y se colocó el casco antes de subirse a su moto. Tenía que llegar a Biddeford cuanto antes.



Alex había perdido la noción del tiempo mientras esperaba el cambio de turno en el hospital. Hacía veintinueve horas que había embarcado en Cincinnati, apenas había dado un par de cabezadas durante el interminable viaje hasta Biddeford y un fuerte dolor de cabeza le taladraba el cerebro desde hacía demasiadas horas.

Se sentía cansada y sucia a pesar de haberse aseado y retocado el maquillaje en el aseo de la estación. La tensión acumulada y la posibilidad de que Ian o algunos de sus vecinos la reconociera solo incrementaba su estado de nerviosismo; de nada servía repetirse que aquello solo era otra misión más, como una de tantas del pasado. Pensar en su antigua actividad le trajo de nuevo a Gil a la memoria. Un profundo suspiro llenó el silencio del jardín que rodeaba las instalaciones sanitarias, y se permitió el lujo de cerrar los ojos un instante mientras su cuerpo dolorido descansaba sobre la corteza de un árbol.

Solo quedaba un último esfuerzo y podría ver a su hermano. Su plan consistía en entrar al hospital por la puerta de personal y hacerse pasar por una

enfermera de sustitución durante la confusión del cambio de turno. Tenía el uniforme preparado en la bolsa de mano que había llevado consigo desde Cincinnati y una identificación un tanto chapucera que había hecho en un par de minutos, esperando que la seguridad del centro fuera un poco laxa.

Volvió a mirar el reloj y se enderezó para salir de las sombras. Colocó una expresión de amable interés en su rostro avejentado y se dirigió hacia la entrada con seguridad. Saludó a quien se encontró en su camino y, para su tranquilidad, entró en la sala de enfermeras sin que nadie le preguntara a dónde iba. Varias mujeres giraron la cabeza al verla, pero ella se limitó a sonreír con mayor franqueza antes de acercarse al grupo con la mano extendida.

—Hola, soy Diane. Me han dicho que esta es la sala de enfermería.

—¿Eres nueva? —preguntó una muchacha devolviéndole la sonrisa.

—Sí. Es mi primera vez aquí. Voy a hacer una sustitución.

—Debes de ser la sustituta de Hope. Acaba de tener un bebé precioso. Si quieres, cámbiate y te enseño esto. Nuestro turno empieza en unos minutos.

—Gracias, ¡me cambio enseguida!

Alex se encaminó veloz hacia las taquillas y se apresuró a ponerse el uniforme con cuidado de no mover la peluca de su sitio. Un desconocido hormigueo se asentó en la base de su estómago, pero intentó ignorarlo mientras se terminaba de colocar la bata y las zapatillas.

Después de mostrarle las zonas más importantes del hospital, la joven la dejó en el puesto de Hope con la promesa de buscarla en el descanso de la tarde, aunque para cuando llegara el momento ella tenía otros planes.

Cuando por fin la dejó a solas, se sentó frente al ordenador del mostrador de planta y tecleó el nombre de su hermano. No se detuvo a leer el historial, cerró la ventana y se levantó con cuidado de pasar inadvertida para el resto de personal. Pulsó varias veces el botón del ascensor sin disimular su impaciencia y no tardó ni un segundo en colarse dentro cuando se abrieron las puertas.

Notaba la respiración más descontrolada que de costumbre y un exasperante tic en su ojo izquierdo. Se mordió el labio y metió las manos en los bolsillos de la bata incapaz de dejarlas quietas. Cuando el timbre del aparato anunció la llegada al piso seleccionado, no esperó a que las puertas se abrieran del todo, sino que dio un paso apresurado hacia el exterior.

Buscó con la mirada la dirección que debía tomar y caminó por el pasillo de cuidados intensivos escuchando el ruido de sus pisadas reverberar en el

desierto corredor. Miró cada cartel notando como el dichoso hormigueo subía hasta su garganta, hasta que se detuvo frente a la puerta.

Elevó un brazo para agarrar el tirador, pero una fuerza inesperada proveniente del interior se le adelantó provocando que su mirada se clavara en la de Ian.

—Disculpe.

Pasó junto a ella sin dedicarle una sola ojeada y se alejó deprisa con la espalda encorvada y las manos en los bolsillos, mientras que para ella el tiempo parecía haberse detenido por completo.

Durante una breve fracción de segundo, había podido ver todo el dolor y el miedo que ella sentía reflejados en sus ojos, y su primer instinto de gritarle y golpearle se esfumó como si nunca hubiera existido. No recordaba haberlo visto nunca tan alicaído y triste; parecía hundido. Lo observó andar por el pasillo hasta que se alejó de su campo de visión resistiendo el impulso de correr tras él y decirle que todo saldría bien mientras su propio miedo se instalaba en el centro de su pecho, ahogándola.

Abrió la puerta cerrando los ojos y se coló en el habitáculo en el que descansaba su hermano. Verlo en aquel estado, con la cabeza vendada, los ojos morados y una multitud de pequeños tubitos saliendo de debajo de las sábanas, la impresionó tanto que tuvo que agarrarse al filo del colchón para no tambalearse.

—Dennis...

La voz se le quebró al pasar la mano suavemente por el contorno de su cuerpo, desde los pies hasta su rostro, y se dejó caer sobre su pecho agarrando con fuerza el filo de la ropa de cama mientras las lágrimas la dejaban débil y rota.

Todo aquello era por su culpa. Hacía tiempo que no creía en las coincidencias y todo era demasiado rocambolesco como para pensar que lo sucedido había sido un simple accidente. Dennis no había tenido jamás ningún percance en la carretera, era prudente hasta la exasperación, todo lo contrario a ella. Eran tan diferentes que a veces se preguntaba si pertenecían a la misma familia, aunque el respeto y el profundo amor que se tenían siempre había estado por encima de sus diferencias.

—Eres lo único que me queda... Lo siento tanto...

Sin importarle que el maquillaje y las prótesis que cambiaban su rostro pudieran estropearse, lloró sobre el cuerpo inerte de su hermano mientras el sonido constante y monótono del monitor se acoplaba al de su llanto.

# Capítulo 15

Steve conducía como un kamikaze por la autopista, sorteando a los coches a una velocidad endiablada. Había salido hacia Biddeford en cuanto se enteró de que el accidente de Dennis era una trampa y que el encargado de matar a Alex seguía por allí, esperándola. Sabía que Preiss tenía tentáculos por todas partes, pero incluso a él le sorprendió la eficacia de la organización. Todavía no sabía cómo, pero tenían información sobre Alex allí, en el mismo hospital. Que ella estuviese con su hermano solo significaba que el programa había sido un absoluto fracaso, algo que por otra parte era completamente comprensible conociéndola.

Maldiciendo al tener la seguridad de que no llegaría a tiempo, accedió al teléfono mediante una orden de voz y llamó de nuevo a su hermano. Dio golpes en el manillar con impaciencia mientras el tono de llamada se le hacía interminable.

—Cole.

—¡Tienes que buscar a Alex y sacarla de ahí! —gritó sin perder un segundo cuando escuchó la voz de su hermano.

—¿Steve? ¿Qué dices? Alex está...

—No me preguntes cómo lo sé, pero esta gente está convencida de que está en Biddeford —le interrumpió.

—No puede ser. Hemos hecho lo imposible para que no se entere del accidente. —Su voz sonaba ligeramente desquiciada.

—No ha sido un accidente, Ian. Orwell está allí, lo que significa que Alex también. —Un pesado silencio se apoderó de la línea y Steve supo que Ian estaba a punto de explotar—. Escúchame. Ese tío es un profesional. Es la mano derecha de Preiss, incluso la gente de Finch se caga delante de él, ¿lo entiendes? Se ha encargado personalmente de todo este asunto, así que, por favor, encuéntrala, ¿vale? Tú la conoces mejor que nadie y no creo que sea tan estúpida como para pasearse por la propiedad de los Weaver o por el hospital como si nada. Llegaré en una hora.

Steve colgó sin dejarle opción a réplica. La mano de Ian tembló un poco cuando volvió a meter el móvil en el bolsillo y sus dedos se cerraron en un

puño apretado de forma inconsciente.

¿La conocía mejor que nadie? No estaba muy seguro de eso. Tal vez en otra época, en otra vida, pero no ahora. Se apoyó sobre la pared del pasillo y echó la cabeza hacia atrás deseando golpeársela contra ella. La idea de que Steve tuviera razón empezó a echar raíces en su cerebro y un dolor agudo y palpitante le obligó a incorporarse y andar de nuevo.

Sacó de nuevo el teléfono y llamó a su capitán. Iba a romper el protocolo del programa.

Barry volvió a tocar suavemente la puerta del apartamento de Heather y frunció el ceño preocupado. Estaba completamente seguro de que no había salido durante las últimas veinticuatro horas, sabía que había salido del trabajo más temprano el día anterior porque estaba enferma y había visto luces en su apartamento cuando hizo la ronda rutinaria por su barrio.

No quería que volviera a apuntarle con una pistola, pero no tenía más opciones. Miró a su alrededor y empujó la puerta para derribarla de un golpe. La llamó y la buscó por toda la vivienda hasta que, boquiabierto, comprendió que no estaba y que no tenía ni idea de dónde podría estar. Descolgó el teléfono y llamó a su jefe para decirle que, por primera vez en sus años de servicio, había perdido a un testigo.

Ian se paseaba nervioso por el aparcamiento del hospital esperando la llamada de Boston. Si su hermano estaba en lo cierto, esperaba encontrarla antes que los demás. Descolgó rápidamente al primer timbrado.

—¿Está allí? —preguntó casi gritando.

Murray suspiró cansado.

—Tenías razón. El agente encargado de protegerla jura y perjura que no tiene ni idea de cuándo o cómo ha podido escabullirse sin que él se diera cuenta. Más vale que la encuentres pronto, Cole. Esa mujer está causando muchos problemas —refunfuñó.

Ian soltó una maldición y se reprimió para no estrellar el teléfono contra el suelo.

—Esta vez te mato, Alex, te mato.





Alex se detuvo a varios metros de la choza con una sonrisa nostálgica, afianzando la mochila en su hombro. Hacía años que no iba por allí, aunque el lugar parecía intacto; la maleza había crecido alrededor de la pequeña construcción y la madera estaba carcomida por la intemperie y la dejadez. Parecía que Dennis no había tenido demasiado interés en conservarla, pero en ese momento era justo lo que necesitaba para ocultarse. Nadie conocía aquel escondite, estaba fuera de la vista de los curiosos y no era fácil de encontrar en medio del bosquecillo de arces y robles. Había un pequeño arroyo cercano al que solían ir a menudo a bañarse los calurosos días de verano, pero que tras la marcha de Ian no volvió a visitar. Nerviosa por lo que encontraría en el interior, empujó la puerta con esfuerzo esbozando una sonrisa al ver que nada había cambiado, tan solo había una gruesa capa de polvo cubriéndolo todo.

Sin disminuir la sonrisa, pasó la mano por la superficie de los muebles y dejó caer la bolsa con sus cosas. Había caminado todo el trayecto, por lo que estaba sudorosa y cansada. Se despojó de la peluca y las prótesis y las dejó en un rincón. Se quitó la redecilla que le sujetaba el pelo y la falsa dentadura y decidió bañarse a pesar de la temperatura.

El agua estaba helada pero aun así se zambulló un par de veces más antes de salir y se secó con una toalla que había robado del hospital. Se enrolló la toalla alrededor del cuerpo y fue hasta la cabaña. Se vistió con unos pantalones vaqueros y un suéter y desenvolvió el pequeño sándwich que había sacado de una máquina expendedora para comerlo con devoción. Se sentía como nueva y lista para enfrentarse a lo que fuera. No volverían a encerrarla en ninguna parte. Era más útil investigando y ayudando al caso que sentada sin hacer nada y si Orwell o alguien más de la organización de Preiss estaba allí, ella lo encontraría y le haría pagar por lo que le había hecho a su hermano.

Ian aparcó el coche en la finca de los Weaver y apagó el motor sin poder evitar esbozar una sonrisa. Habían pasado tanto tiempo su hermano y él en aquel lugar que prácticamente todo el mundo en Biddeford daba por hecho que eran parte de los Weaver, si bien él nunca había conseguido encajar del todo en esa familia. Dennis era su mejor amigo, su hermano, su confidente, pero nunca había podido confesarle lo que sentía por Alex y esa barrera que él mismo había erigido a su alrededor le había impedido adaptarse.

Bajó del vehículo cerrando la puerta con suavidad y se protegió los ojos del sol con la mano a modo de visera. Saludó a un par de conocidos con la mano y se las introdujo en los bolsillos del pantalón de manera casual. Estaba

impaciente por correr hacia Alex y darle una paliza, pero debía ser prudente y asegurarse de que el responsable del accidente de Dennis no estaba tras sus pasos. Llevarlo hasta ella era lo último que quería.

Se entretuvo charlando con el personal del rancho y admirando los maravillosos caballos que habían adquirido recientemente. Cuando estuvo seguro de que nadie le seguía, se adentró en el bosque y se dirigió a la vieja cabaña. No sabía qué haría si la encontraba allí, pero desde luego no sería nada bueno para ella.

Apretó los dientes y caminó lo más rápido que pudo, sorteando la maleza y la vegetación que prácticamente había ocultado un sendero que, en otros tiempos, había estado perfectamente visible y transitable. Cuando llegó, parecía que todo seguía en orden. Las ventanas estaban inutilizadas con tablones y no había ningún vehículo por la zona. Empezó a temer que Alex no se encontrara allí, pero aun así tenía que comprobarlo, respiró hondo y empujó con fuerza la puerta para entrar.

Alex le apuntó con su revólver a la cabeza sin titubear y, durante un segundo que se le hizo eterno, pensó que tendría la suficiente sangre fría para matarlo. Sus ojos se encontraron y ella bajó la pistola con lentitud, la guardó en la parte trasera del pantalón y se apartó el pelo de los ojos sin que asomara un atisbo de arrepentimiento. El inmenso alivio que Ian sintió al verla sana y salva se esfumó de repente llenando el vacío que quedó en su interior con una ira profunda.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —le gritó cogiéndola por los hombros y zarandeándola.

Ella se mordió la lengua y le arañó los antebrazos con fuerza para que la soltara, algo que Ian hizo de inmediato al sentir las uñas clavarse en su carne; soltó un juramento que ponía de manifiesto toda su frustración.

—¿Cómo has podido ocultármelo? —le increpó ella mirándolo como una gata salvaje dispuesta a saltar de nuevo—. Dennis es toda mi familia. ¡Tenía derecho a saberlo!

Cuando él se acercó, le pegó una bofetada con todas sus fuerzas que le pilló tan desprevenido que perdió el equilibrio y cayó sobre el sofá arrastrándola con él. La protegió con su cuerpo cuando ambos cayeron al suelo por la fuerza del golpe.

Rápidamente, Ian se giró sobre ella y la inmovilizó sujetándole los brazos contra el entarimado. Su intención era regañarla con dureza, pero ella le miraba con los ojos fijos en los suyos y la boca entreabierta, notó su

respiración entrecortada a través de la fina tela del suéter que llevaba y dejó de luchar contra sí mismo antes de bajar la cabeza y detenerse a un centímetro de su boca.

Sus labios olían a mermelada de frambuesa y tenían el mismo color rosa oscuro brillante. Su aliento le acariciaba la barbilla dejando un rastro cálido a lo largo de toda la mandíbula, invitándolo. Cerró los ojos, saboreando el instante, y sin darse cuenta aflojó el amarre sobre sus muñecas, momento que Alex aprovechó para soltarse y atrapar las piernas de él con las suyas y hacerle girar para invertir las posiciones de ambos. Sorprendido, Ian solo pudo parpadear mientras su mejilla ardía por el bofetón anterior, pero para su desesperación, no era lo único. Se removió inquieto, esperando que sus vaqueros fueran suficientemente gruesos para que ella no notara que se estaba excitando. Sin embargo, ella se apretó aún más contra él y movió la cabeza para que el pelo le cayera a un lado de la cara y no le estorbara. Sus ojos refulgían de rabia, anhelo y algo parecido al triunfo.

—Llevo toda la vida esperando y... ¿sabes qué? ¡Estoy harta! —dijo en un susurro enfadado.

El contacto de sus labios fue abrasador. Para Ian, nada podía compararse a la sensación que empezó a bajarle por el pecho hasta alcanzar su corazón y hacerlo estallar de puro éxtasis. Elevó la cabeza buscando más, rechazando de pleno cualquier intromisión de su mente lógica, que le gritaba que aquello no era correcto.

Se incorporó de golpe y levantó los brazos para cogerla de la nuca y así apretarse más contra su boca, impaciente por saborear su interior. Sentía sus pechos aplastados contra él y sus manos agarrando su chaqueta por la espalda, como si quisiera fundirse con su cuerpo, mientras sus caderas se movían sobre él llevándolo hacia un abismo del que nunca querría regresar.

Introdujo las manos debajo de su suéter, casi desesperado por tocar el terciopelo de su piel, pero ella empezó a tirar de su ropa y le obligó a levantar los brazos para despojarlo de las prendas que le impedían acariciarle. Impulsado por la misma pasión que mostraba ella, empezó a quitarle el jersey, dejándola a medias justo lo suficiente para que permaneciera con los brazos inmóviles sobre la cabeza. La tumbó de espaldas y atrapó uno de sus pechos con la boca por encima de la tela del sujetador, mientras manoseaba el broche de sus vaqueros.

Ella tenía razón, habían esperado demasiado tiempo y ya no había vuelta atrás. La quería ahí y ahora, aunque tuviera que vender su alma.

Se retiró lo suficiente para bajarle los pantalones a lo largo de sus piernas fuertes y torneadas, y lamió la sensible piel del interior de sus muslos cuando la dejó al descubierto. Solo cuando la dejó completamente desnuda sobre la suave superficie de madera se atrevió a mirarla a los ojos por primera vez.

Su mirada felina brillaba como nunca había visto y sus labios, enrojecidos e hinchados, sonreían. Él tragó saliva y su boca empezó a elevarse para devolverle la sonrisa. Terminó de desvestirse y la liberó de la prenda que mantenía sus brazos inmóviles antes de cubrir su cuerpo con el suyo.

—Siempre lo has sabido, ¿verdad? —susurró acariciando el contorno de su mandíbula con la punta de la nariz.

—Si lo hubiera sabido, habría actuado mucho antes. Nunca me diste la más mínima señal —contestó ella cerrando los ojos, elevando las caderas y rodeándolo con sus piernas.

Ian gimió y apoyó su frente en la de ella mientras sus cuerpos se acoplaban. Sintió las uñas de Alex clavarse en sus nalgas y empezó a moverse sintiendo cómo su alma de desgarraba en dos.

—Alex...

Cuando ella lo miró, capturó de nuevo su boca y la besó profundamente aumentando el ritmo de sus caderas.

—Te quiero, te he querido toda mi vida... —atinó a decir antes de que su cuerpo reclamara lo que durante tanto tiempo había anhelado.

Escuchó un sollozo junto a su oído segundos antes de que la tensión se rompiera y un latigazo de puro placer le recorriera la espina dorsal; lo último que sintió antes de que sus sentidos se colapsaran fue a Alex retorcerse debajo de él mientras pronunciaba su nombre.

Durante un buen rato ninguno de los dos se movió; Ian apoyó la cabeza sobre el pecho de Alex completamente exhausto, relajado y feliz. Sentía caricias apenas perceptibles en la base de la espalda, donde el frío estaba empezando a cobijarse, pero no quería romper la magia moviendo un solo músculo. Su corazón golpeaba con fuerza su caja torácica y pensó que nunca lo había sentido tan fuerte ni revitalizado.

—Pareces el gato que se comió al ratón —dijo ella sin ocultar la risa en su voz.

Esbozando una sonrisa, Ian levantó la cabeza y la miró.

—Es justo lo que he hecho... —murmuró antes de besarla entre los ojos para ir bajando despacio por el puente de la nariz hasta su boca.

—¿Seguro que tú eres el gato? —La risa sacudió su pecho haciendo que él se apartara contagiado de su buen humor.

—Podemos echarlo a pares o nones —replicó levantándose y ofreciéndole una mano para ayudarla a hacer lo mismo.

Alex se mordió el labio sin dejar de contemplarlo de arriba abajo; no era la primera vez que lo veía desnudo, la ropa interior tampoco dejaba mucho lugar a la imaginación, pero ahora, mirarlo así después de haber hecho el amor, le resultó extraño y un poco desconcertante. Gil había sido su único amante en mucho tiempo y no podía evitar comparar la relación tan diferente que mantenía con ambos.

«Gil siempre ha sido más que eso y lo sabes, mentirosa».

El borde de su sonrisa tembló. Había esperado ese momento toda su vida, no entendía por qué su mente se la jugaba trayendo a Gil de nuevo a su presente.

—¿Estás bien? —susurró Ian acercándola hacia él para envolverla con sus brazos.

—He estado enamorada de ti mucho tiempo. Había perdido la esperanza de estar así contigo.

Ian la abrazó más fuerte dejando escapar un profundo suspiro. Ella también pasó las manos por su cintura sintiendo una necesidad incontrolable de tocarlo, pero él dio un respingo y se apartó.

—¡Dios! Tienes las manos heladas.

Alex se echó a reír mientras se agachaba para recoger su ropa del suelo. Sintió los ojos de Ian clavados en su cuerpo y se giró a medias para mirarlo burlona.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó juguetona, pero él ya no sonreía.

Su gesto se había endurecido y un ceño profundo ocultaba el amor de su mirada. Alex se incorporó y se miró las zonas que él observaba con tanta atención. Encima de la cadera tenía las cicatrices de entrada y salida de dos balas, varios cortes en la espalda y un tajo debajo del pecho que el tiempo había convertido en una fina línea rosada apenas imperceptible, recuerdo del cuchillo de un mercenario.

Con una mueca que podía interpretarse como una media sonrisa, comenzó a vestirse sin prisa.

—No puedo... Hay muchas cosas de tu pasado que no sé si puedo ignorar —empezó a decir al darse cuenta de que había roto el momento.

—Soy lo que ves, Ian. No hay más. No voy a seguir justificándome ni pidiendo perdón. O lo aceptas o no. Haz lo que quieras.

Terminó de vestirse, se recogió el pelo en una coleta y lo miró con frialdad

mientras él seguía inmóvil y ausente. Más dolida de lo que se había sentido nunca, agarró su mochila y salió dando un portazo.

El sonido de la madera retumbó en sus oídos con fuerza, despertándolo de golpe. Se pasó las manos por el pelo y le dio una patada demasiado fuerte a uno de los muebles, haciéndose daño en el pie desnudo.

—¡Mierda! —gritó dando saltos por la pequeña habitación—. Eres un perfecto gilipollas.

¿Por qué había dicho esa estupidez? Ella lo era todo para él. Todo. ¿Qué importancia tenía lo que hubiera sido en el pasado? Lo que importaba era el presente y que por fin le había confesado sus sentimientos. La había tenido entre sus brazos, la había tocado sin restricciones; se habían entregado el corazón el uno al otro.

—Por Dios... Alex...

Se dejó caer sobre la superficie polvorienta de un butacón y cerró los ojos. Una corriente inesperada de aire le puso el vello de punta y se giró hacia la puerta, esperanzado de que fuera ella.

—¿Qué coño haces en pelotas?

La voz de Steve le sobresaltó tanto que lo único que pudo hacer fue balbucear excusas mientras intentaba recuperar su ropa y vestirse a la vez.

—¿La has visto? —preguntó sin mirar a su hermano.

—¿Que si la he visto? ¡Se suponía que ibas a buscarla!

—Estaba aquí hace menos de cinco minutos. Tienes que haberte cruzado con ella.

—¿También estaba desnuda? —preguntó despacio. Cuando Ian lo miró más rojo que nunca, Steve no supo si echarse a reír o golpearle—. Tío, eres único para joder las cosas en el peor momento. Nunca mejor dicho...

—¡Déjalo ya! Sucedió sin querer, ¿vale? Yo... la quiero. La quiero tanto que no soy capaz de medir mis reacciones cuando estoy con ella. ¡Me vuelve loco, joder! Es el amor de mi vida..., pero no sé cómo aceptar que me oculte cosas. Ella... —Miró a Steve y suspiró—. No quiero seguir hablando de esto.

Cogió el resto de sus cosas y salió de la cabaña mirando a su alrededor. Podía haber tomado cualquier dirección u ocultarse entre la arboleda. Ni siquiera la había advertido del peligro que la acechaba y la sensación de culpabilidad le ahogó un poco más.

—Lo más seguro es que haya ido al hospital. Si ha venido hasta aquí es para estar con su hermano —murmuró.

—¿Por qué no intentas llamarla? —preguntó Steve caminando rápido detrás de

Ian.

Sin hacer ningún comentario, Ian sacó el móvil del bolsillo y marcó, aunque una voz impersonal de mujer le comunicó que ese número ya no existía. Diciendo una palabrota, volvió a guardar el dispositivo. Había olvidado que el FBI había borrado cualquier vestigio de su vida anterior, incluyendo su antiguo número de teléfono.

Solo esperaba encontrarla antes que Orwell.



Alex se detuvo detrás de una furgoneta un par de calles antes de llegar al hospital. Desde su posición podía ver la entrada acristalada del edificio; había una ambulancia vacía en la puerta y un par de personas paseando por los amplios jardines que rodeaban la propiedad. Pensó que, si había un tiroteo, los daños colaterales serían mínimos. Cerró los ojos y apretó los puños. No quería pensar en víctimas o en las posibles consecuencias para ella misma si lo que se proponía hacer salía mal.

Cuando salió de la cabaña y vio a Steve con la cara desencajada tuvo la certeza de que el accidente de su hermano no había sido tal; tenía demasiada experiencia y sabía que las coincidencias no existían. Había sido un movimiento muy inteligente por parte de Orwell, pero ella también lo era y no estaba dispuesta a seguir escondiéndose. Huir no era una opción.

Rotó los hombros y movió el cuello hacia los lados mientras se preparaba mentalmente. Pensó en Gil y en cómo echaba de menos su voz tranquilizadora en el oído antes de lanzarse a los lobos.

Dejándose llevar por el sentimiento de soledad que sufría en ese momento, marcó su número, aunque no tenía ninguna esperanza de que él lo cogiera. Después de varios segundos, el buzón de voz saltó y estuvo a punto de colgar; sin embargo, tal vez fuera su única oportunidad.

—Solo quería decirte que lo siento. Por todo.

La voz se le quebró y colgó sin decir nada más. Sujetó la pistola con la mano derecha, ocultándola bajo la chaqueta, y salió hacia la carretera mirando al frente. Sentía la adrenalina galopando por su torrente sanguíneo mientras cruzaba la carretera con paso aparentemente tranquilo. El cielo empezaba a colorearse de tonos anaranjados, pero no era tan tarde como para que la calle se llenara de la gente que volvía a su hogar.

Escuchó el sonido de un motor a su espalda y aceleró el paso para llegar a la acera. Agarró con más fuerza la pistola y se giró levantando el brazo más que dispuesta a usarla. Un par de motoristas pasaron veloces generando una incómoda corriente de aire y se relajó mirando a su alrededor, consciente de que estaba al descubierto y de que era un objetivo fácil desde cualquier distancia. El sentimiento de venganza era tan fuerte, que no le importaba ser el cebo con tal de poder meterle una bala en la frente.

«Vamos, hijo de puta, aquí me tienes. ¿Dónde estás?».

—¡Alex!

No había tenido en cuenta que Ian era tan testarudo o más que ella y que no se quedaría impasible esperando. Podía vigilar sus propios flancos, pero no el de ambos. Quiso gritarle que no se acercara a ella y dio un paso hacia delante con la mano extendida, como si con ese gesto pudiera detenerlo.

Un coche apareció en su ángulo de visión y durante una milésima de segundo sus ojos se cruzaron con los del conductor, que se clavaron en ella con un odio profundo; Orwell alzó el brazo derecho y disparó a través de la ventanilla abierta justo cuando Alex disparaba a su vez. Escuchó el sonido de la bala saliendo de la recámara, pero no fue su tiro el que acertó. Un segundo disparo proveniente de su izquierda remató a Orwell, que perdió el control del coche, haciendo que se estrellara contra los bolardos que impedían el paso de los vehículos a los jardines del hospital. Quiso gritarle a Steve que Orwell era suyo, pero de su garganta solo salió un ligero gorgoteo inaudible. Levantó el brazo e, incrédula, se percató de que su arma estaba en el suelo junto a ella y que la sangre empezaba a cubrir su blusa.

Intentó girarse para ver si Orwell estaba muerto o había escapado, pero era incapaz de enfocar la mirada. Parpadeó y, al arrastrar los pies para moverse, su cuerpo cayó de rodillas.

—¡Necesito un médico! Cariño, por favor...

Ian estaba a su lado, abrazándola. Podía notar el calor de sus manos atravesar la tela de su ropa y su aliento junto a su oído. Ignoraba si estaba tumbada en el suelo o sentada porque había perdido la sensibilidad en las piernas. El dolor era soportable, pero le costaba respirar y ver con claridad. Alzó una mano y alguien la sujetó contra un rostro húmedo y rasposo.

—¿Está muerto? —logró balbucear.

—No hables. Te pondrás bien, ¿me oyes? Y nunca, nunca, nunca más volverás a hacerme algo así —dijo con la voz quebrada.

—Sí, está muerto.



La voz grave de Steve sonó clara junto a ella y quiso incorporarse para comprobarlo, pero unas manos firmes la sujetaron. Escuchó voces desconocidas dando órdenes y sintió su cuerpo levitar. Durante una décima de segundo aterradora pensó que estaba muerta.

Extendió la mano buscando a Ian, pero solo encontró aire antes de perder el conocimiento.

# Capítulo 16

Ulrich se despertó de un sueño inquieto con la frente perlada de sudor y la boca seca. Tardó un par de segundos en reconocer el lugar donde descansaba y se relajó contra la almohada ahogando un suspiro.

Su compañera murmuró en sueños y se acercó más a él, acoplando su cuerpo a la curva de su espalda y pasando una mano por la superficie lisa de su abdomen.

Él se mantuvo inmóvil durante unos minutos para escuchar la cadencia de su respiración y se movió cuando comprobó que seguía siendo rítmica y profunda.

Tamara aún no lo sabía, pero aquella noche sería la última que pasarían juntos. Antes de que amaneciera abandonaría Lugansk y dejaría atrás Ucrania, a su esposa y a Yakov, el hombre que había fingido ser durante ese año interminable.

Miró el reloj y se apartó de la muchacha con cuidado. No debería sentir ningún tipo de remordimiento ni de emoción, pero ya era demasiado mayor y no pudo evitar depositar un beso leve en la frente de la mujer. La había utilizado para afianzar su papel como Yakov Bozhko, un ucraniano sin lazos, activista prorruso, sin otra pasión que la guerra y el odio. La había seducido, engañado y enamorado con el único propósito de acercarse al hombre que encabezaba la recepción de jóvenes musulmanes europeos y los enviaba a Siria para ser entrenados en la yihad. Hasta la fecha, habían conseguido interceptar una veintena de futuros terroristas y controlar al menos dos células, una en París y otra en Bruselas.

Casarse con ella solo había sido un acto necesario, como otras tantas cosas que sus misiones habían requerido, pero después de esa noche todo acabaría. Le habían exigido una implicación total con la causa y debía participar en el ataque de un convoy de Naciones Unidas con productos de primera necesidad que iba destinado a las zonas más castigadas por la guerra.

En cuanto tuvo conocimiento del plan de los terroristas envió un mensaje al regimiento americano más cercano con las coordenadas y la fecha del ataque consciente de que sería el fin de su tapadera. Pero no le importaba, estaba

cansado de arreglar el mundo; llevaba demasiado tiempo haciendo el mismo trabajo, había sacrificado muchas cosas y no había ganado nada a cambio. Además, desde que Alex no estaba todo aquello ya no tenía ningún sentido para él.

Se vistió y guardó sus pocas pertenencias en un pequeño macuto que tenía escondido en un falso hueco del armario. Revisó el contenido y se aseguró de llevar su pasaporte, dinero suficiente y una pistola con munición.

Se acercó a la muchacha para mirarla por última vez. Le habían enseñado a utilizar a las personas, a tratarlas como simples herramientas, pero volvió a sentir esos dichos remordimientos que no le dejaban en paz. Sabía que la chica sufriría las consecuencias de su traición, la violarían, la destrozarían y, si lograba sobrevivir, la venderían. Si la dejaba allí destrozaría su vida de forma irreversible.

Cerró los ojos y apretó los dientes con tanta fuerza que sintió dolor. Había tomado una decisión y si tenía que morir, que al menos fuera salvando a una inocente.

—*Tamara, med, prosnut'sya*<sup>(1)</sup> —la llamó sacudiéndola despacio a la altura del hombro.

—*Chto sluchilos'?*<sup>(2)</sup>

—*My dolznhy idti. Odevaysya. Bystro!*<sup>(3)</sup>

La muchacha saltó de la cama y se apresuró a obedecer. Había captado la urgencia del tono de Ulrich y no se detuvo a hacer más preguntas. Cuando estuvo lista, él la agarró de la mano y la arrastró hasta el pequeño vehículo que consiguió el día anterior. Puso su mochila debajo del asiento y arrancó el coche con pericia. Notaba los ojos de la muchacha clavados en él buscando respuestas, pero no podía darle ninguna; cuanto menos supiera sobre él y su misión allí, más fácil sería para ella olvidarlo.

—*Ty menya pugayesh'* <sup>(4)</sup> —dijo con voz temblorosa.

—*Ya obeshchayu, chto vy budete v bezopasnosti, Tamara.*<sup>(5)</sup>

El amanecer se intuía en el horizonte y debían llegar al punto de encuentro con el ejército antes de que intervinieran en la protección del convoy. Su intención era que evacuaran a la muchacha para poder participar en el operativo, así que cambió de marcha y aceleró un poco más, por lo que no tardaron mucho más en llegar al lugar convenido.

Miró el reloj y guardó silencio, impasible. El ruido del primer helicóptero no se hizo esperar. La joven gritó asustada cuando el voluminoso aparato los

sobrevoló para aterrizar a varios metros de distancia y Ulrich la cogió de la mano para darle un breve apretón.

—*Vy mne doveryayete?*<sup>(6)</sup>

Ella atinó a asentir con la cabeza sin poder ocultar el pánico que sentía.

—Tendrás una nueva vida, lejos de aquí y todo esto solo será un mal recuerdo

—le dijo retomando su lengua natal.

—¿Yakov? —susurró la joven soltando sus manos muy despacio.

—Yakov nunca ha existido —confesó bajándose del coche.

Se acercó corriendo al helicóptero y saludó al jefe del operativo militar, estrechándole la mano y presentándose.

—No nos han dicho nada sobre la mujer —gritó el hombre para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—No estaba previsto, pero si la dejas la matarán.

El teniente hizo un gesto de resignación y sacó un plano que extendió sobre el suelo del helicóptero.

—Según su informe, tienen previsto tender una emboscada aquí y aquí —dijo señalando dos puntos del mapa—. Nosotros iremos por aire, pero hay dos equipos acompañando al convoy. Solo intervendremos en el caso de que la defensa por tierra no sea suficiente. Traiga a la mujer, nos vamos.

Ulrich corrió de nuevo al coche con la intención de recoger su bolsa y de decirle a la muchacha que debían irse, pero al abrir la puerta del copiloto se encontró de bruces con el cañón de su propia pistola.

—No lo hagas —le pidió arrugando la frente con una profunda tristeza, en parte sorprendido por la determinación y la rabia que mostraban sus ojos.

—Nos has engañado... ¡Traidor!

—Tamara...

—*Allahu Akbar!*<sup>(7)</sup>

El francotirador no falló. La bala atravesó el parabrisas incrustándose entre los ojos enrojecidos de la joven matándola al instante.

Ulrich cerró los ojos durante una décima de segundo, sintiéndose cansado hasta el alma. Se inclinó sobre el cuerpo de la mujer y agarró su mochila. Ignoró la mirada inquisitiva del teniente y se subió al helicóptero de un salto.

—No se puede salvar a todo el mundo, a estas alturas ya debería saberlo —le dijo antes de dar la orden de despegar.

Ulrich no contestó. Se puso los cascos y prestó atención a la radio, contagiándose de la tensión que había en el ambiente. No era la primera vez que prestaba apoyo en una situación así, sobre todo, desde que pidió Oriente

tras la marcha de Alex y la disolución de su equipo, pero la sensación de la adrenalina despertando todos sus sentidos y el sabor de la muerte en el paladar eran los mismos. Desterró a Tamara de su mente y los últimos diez meses de su vida compartidos con ella como si nunca hubiesen existido y se concentró en la misión.

Solo pudo relajarse cuando diez horas después se tumbó en la cama de un portaviones en el Atlántico. Volvía a casa y esta vez para siempre. Ya no habría más misiones, ni objetivos, ni dobles identidades. Sería Gilbert Ulrich, un simple maderero de Carolina del Norte.

Tecléo en su móvil el código de acceso y se puso un brazo detrás de la cabeza mientras que con la mano libre desplazaba la pantalla y leía por encima los mensajes acumulados. Ver el nombre de Alex parpadeando le dejó paralizado un momento y, durante un segundo interminable, pensó en borrarlo sin abrir, pero siendo consciente del poder que siempre ejercía sobre sus decisiones, pulsó en el mensaje aguantando la respiración.

—Solo quería decirte que lo siento. Por todo.

Su susurro quebrado le provocó un dolor inesperado a la altura del pecho. Esa nota insegura y triste, la vacilación de su voz y el arrepentimiento que podía palpar en sus palabras le pusieron los vellos de punta. Tragó saliva y volvió a escuchar el mensaje con la creciente sensación de que era una despedida, una de verdad.

—Joder, Alex... ¿cuándo vas a dejar de destrozarme? —murmuró apoyando el teléfono sobre su pecho y cerrando los ojos.

«Nunca. Ella forma parte ti, siempre lo ha hecho y nunca dejará de hacerlo», se dijo a sí mismo antes de volver a sujetar el teléfono y buscar el número de Charlie.

—¡Ulrich! ¿Cómo estás, colega? —exclamó la voz del que fuera su compañero con excesiva alegría.

—¿Dónde coño está Alex? —preguntó sin preámbulos.

—Tío, mis pelotas no tienen la culpa, ¿vale?

No pudo controlar el gruñido lleno de rabia que salió con fuerza de su garganta. No, no podía salvar a todo el mundo, pero maldito fuera el destino si pensaba que no iba a dejarse la sangre y la piel por ella.

—Llegaré en un par de días, así que ya puedes empezar a contármelo todo

—le ordenó usando un tono de voz helado.

# Capítulo 17

No se oía el más mínimo ruido en la sala de espera. Hacía rato que había anochecido y que el hospital se había vaciado poco a poco. Aunque era grande y tenía todas las instalaciones básicas, no dejaba de ser un hospital de provincias y no por primera vez en la última hora, Ian pensó que habría sido mejor trasladar a Alex en helicóptero hasta Portland. La rapidez de lo sucedido no le había dado tiempo de reacción y cuando quiso darse cuenta, Alex estaba en el quirófano y él muerto de miedo, esperando.

No había tenido fuerzas para dar explicaciones a la policía de Biddeford ni de llamar a su capitán, Steve se había ocupado de todo mientras él se convertía en un despojo que solo respiraba. Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí, solo sabía que se la habían arrebatado casi a la fuerza y que la iba a perder para siempre.

Volvió a mirarse las manos, manchadas aún de sangre seca, sin ser consciente de cómo temblaban. Apenas unas horas antes esas mismas manos la habían tocado con pasión y delicadeza, habían recorrido la suavidad de su piel, habían expresado el amor que sentía por ella desde que tenía memoria... El primer sollozo le cogió desprevenido e intentó controlarlo respirando más profundo y rápido, pero no lo consiguió. El aire se agolpaba en su garganta, asfixiándolo, y su pecho se convulsionaba por la presión del llanto. Sus ojos se nublaron y se tapó la cara sintiéndose vencido por el terror y la desesperación.

Steve y Jake lo encontraron en esa misma posición cuando llegaron media hora después. Jake salió de Boston nada más recibir la llamada de Steve y entre ambos solucionaron el papeleo. Solo faltaba que Alex reconociera el cadáver de Orwell como la persona que mató a Davis y el caso quedaría cerrado; no tendría que volver al programa de protección de testigos y podría volver a su trabajo en el periódico.

Jake se acercó indeciso hasta su amigo mientras Steve permanecía de pie junto a la puerta sin saber muy bien cómo podía ayudar a su hermano. Ian siempre había sido el fuerte, el sensato, el que no se amedrentaba ante las dificultades; verlo así de hundido lo descolocaba.

—¿Se sabe algo? —preguntó Jake sentándose junto a su compañero.

—Todavía no. —Su voz sonó ronca y áspera y carraspeó para aclararse la garganta antes de añadir—: Sigue en quirófano.

—No pierdas la esperanza, tío, seguro que Alex sale de esta para seguir poniendo tu vida patas arriba.

La sonrisa que Jake esperaba no llegó, Ian hundió la cabeza aún más dentro de sus manos y emitió un extraño gorjeo que bien podría ser un sollozo. Jake colocó una mano sobre su espalda en un fútil intento de consolarlo y guardó silencio. Intercambió una mirada llena de compasión con Steve y suspiró.

—Hola, Steve. No sabía que estabas aquí también —dijo el médico entrando en la sala de espera varios minutos después.

Sorprendido, Steve se giró para enfrentarse a su viejo amigo de la infancia y le estrechó la mano con verdadera alegría.

—Me alegro de verte, aunque sea en estas circunstancias. ¿Te has enterado de lo de Heather?

—Yo he sido quien la ha operado —respondió con expresión severa—. He venido a deciros que la intervención ha terminado.

Ian no se atrevió a moverse, ni siquiera levantó la cabeza; esperaba que el cirujano dijera que Alex había muerto y todo su cuerpo lo manifestaba.

—La bala ha atravesado el costado de Heather sin tocar ningún órgano, hemos conseguido detener la hemorragia y sacar la bala sin provocar más daños, así que puedo afirmar que todavía le quedan muchas historias que contar —dijo sonriente dándole una palmada a Steve en la espalda—. Pasará la noche en recuperación, pero dentro de un rato podréis pasar a verla unos minutos. Si necesitáis algo, lo que sea, búscame, ¿vale?

—Muchas gracias, Greg.

—No sé en qué estaríais metidos, pero espero que todo haya terminado.

—Eso puedo asegurártelo —murmuró torciendo la boca.

Ian seguía con la cabeza entre las manos. No había hecho otra cosa en la última hora que mentalizarse de que la había perdido para siempre y era incapaz de reaccionar. Escuchó a Jake dándole ánimos con voz alegre y aliviada, pero solo cuando su hermano se agachó junto a él y le puso una mano en la rodilla, alzó la vista.

—¿Lo has oído? Todo ha terminado y tienes una segunda oportunidad para ser feliz con ella. No hagas más el tonto y aprovéchala, Ian.

Las palabras de Steve calaron hondo en su mente embotada. Se levantó de un salto y se dirigió con paso rápido hacia la sala de cuidados intensivos. Tenía

que verla y comprobar por sí mismo que ella estaba bien y que su hermano no se equivocaba, que tendrían la oportunidad de estar juntos.

Jake intentó ir tras él y hacerle entender que todavía no podía entrar a verla, pero Steve lo detuvo colocando una mano en su hombro.

—Déjalo. Ahora necesita asimilarlo.



Steve terminó de beberse el agua sucia que le habían vendido como café, antes de entrar en el ascensor, tiró el vaso de cartón a la primera papelería que encontró y se encaminó por el pasillo hacia la habitación en la que habían instalado a Alex y de la que Ian no se había movido.

Habían pasado toda la noche en la sala de espera, durmiendo a ratos tumbados en las incómodas sillas, haciéndole compañía a su hermano, pero él no podía esperar más. Hacía rato que había amanecido y debía volver a Boston antes de que lo echaran de menos.

—¡Stephen! —La voz angustiada de Becky hizo que se detuviera de forma abrupta y se girara para recibir el abrazo lloroso de la mujer—. ¡Dios mío, Stephen! ¿Es cierto? ¿Han disparado a Alex?

—Becky... ¿qué haces fuera de la cama?

—Esto es como una pesadilla interminable. Primero, Dennis, y ahora... ¿qué demonios está pasando?

—Sé que todo esto es difícil de digerir. ¿Cómo estás tú? ¿Y el bebé? —Steve la separó de él y observó la curva prominente de su vientre con un cariño más que palpable.

—Necesito que mi familia vuelva a casa... —sollozó llevándose una mano a la boca en un intento de controlar el miedo y la congoja.

—Lo harán muy pronto, estoy seguro. Ven. A ver si entre los dos convencemos a Ian de que baje a desayunar algo.

—¿Cómo está él?

—Mejor —contestó forzando una sonrisa.

Ian seguía ausente, suponía que por algún estúpido sentimiento de culpabilidad. Tanto Jake como él habían intentado hacerle comprender que solo Alex era responsable de sus actos, pero había sido inútil.

El impacto de la posibilidad de perderla para siempre había sido demasiado para su hermano y esperaba que cuando al fin Alex despertara completamente,



comprendiera que ya no había nada que temer.

Reprimiendo un suspiro, abrió la puerta y la ayudó a pasar. Como sospechaba, Ian no se había movido; estaba sentado junto a la cama, sujetando con sus dos manos la de Alex, laxa al lado de su cuerpo.

—¡Dios mío, Ian! —susurró Becky acercándose a él.

Ian levantó la cabeza y enfocó su mirada apagada en ella. Tembló un poco cuando Becky le abrazó con fuerza, pero fue incapaz de devolverle un poco de consuelo.

—No deberías estar aquí —dijo bajando la cabeza cuando se apartó de él.

La muchacha se limitó a sujetar su rostro con ambas manos para obligarle a mirarla y no le soltó hasta estar segura de tener toda su atención.

—No puedo estar con Dennis y me estoy volviendo loca. Necesito saber qué está pasando. ¿Dennis y Heather a punto de morir en el lapso de una semana? No me dejes al margen, Ian.

El policía cerró los ojos, no quería seguir viendo su dolor reflejado en los de Becky. Entendía su necesidad de saber la verdad y si podía darle al menos un poco de paz, no iba a privarla de ello.

—Intenté protegeros... lo juro. Se suponía que estaríais a salvo con Alex dentro del programa. Ella... —Se interrumpió inseguro de contarle todo lo concerniente a su pasado o solo a los últimos acontecimientos. Miró de reojo a Steve, que los observaba apoyado en la pared y decidió que no tenía derecho a desvelar sus secretos—. Alex fue testigo de un asesinato cuando investigaba un caso de narcotráfico para su periódico.

Notó cómo Becky palidecía y se levantó del sillón para sentarla en su lugar, preocupado.

—Por eso le han disparado y por eso... —Conmocionada, se llevó una mano al vientre.

—Todo ha acabado —le aseguró Ian arrodillándose frente a ella y colocando una mano en su rodilla—. En cuanto Dennis despierte, podréis volver a casa y a vuestra vida sin miedo. Os lo prometo.

—¿Para mí también?

Ambos giraron la cabeza hacia la cama para mirar la figura que refunfuñaba sin parar de moverse.

—Para o vas a sacarte la vía —ordenó Steve entre risas acercándose hasta ella y recolocándole el tubo.

—Me arde como el demonio. —Su voz sonó ronca y grave mientras se retorció para verse la herida.

Becky la besó en la frente de improviso provocando que Alex la mirara sorprendida y culpable.

—Sigues siendo un huracán —dijo con dulzura.

—Rebeca, lo siento. Lo siento muchísimo...

—Estoy bien. Estaremos bien. Lo importante es que te recuperes pronto. Te necesito para traer a Dennis de vuelta.

A Alex no le pasó desapercibido el tono suplicante de su cuñada y asintió de manera imperceptible. Dennis siempre había sido su prioridad, estaba por encima de todo y de todos y eso nunca iba a cambiar. Además, se sentía cansada y rota como nunca antes, hecha pedazos, y odiaba sentirse así.

Desvió la mirada hacia Ian, que se había alejado de la cama un par de pasos y los escuchaba con las manos en los bolsillos y los hombros hundidos. La expresión angustiada de su cara la impresionó, así como el sufrimiento que destilaban sus ojos y la tristeza del rictus depresivo de su boca.

Entreabrió los labios para llamarlo, pero solo salió aire. Lo intentó de nuevo, pero era como si sus cuerdas vocales se negaran a obedecer, así que extendió una mano hacia él en silencio, instándole a acercarse.

Ian sacó las manos de los bolsillos, pero no hizo más movimientos.

Consciente de que su hermano estaba a punto de romperse, Steve cogió a Becky de los hombros y la sacó de la habitación mientras la convencía de que debía descansar. Cuando tiró de la puerta para cerrarla, vio cómo Ian daba dos zancadas y se apoderaba de la boca de Alex sin contemplaciones.

—Creí que iba a perderte... —susurró sin dejar de besarla, con la voz entrecortada y los ojos húmedos—. Nunca había sentido tanto miedo; vas a tardar toda una vida en compensar el infierno que me has hecho pasar.

—¿Toda una vida? ¿No es demasiado? —preguntó rozando el contorno de su cara con la yema de los dedos.

—No creo. Te quiero. Cásate conmigo.

La mano de Heather se detuvo en la comisura de la boca de Ian y sus ojos se fijaron en los de él completamente abiertos, sorprendidos y asustados. Sentía el aire abrasar su garganta reseca al entrar en sus pulmones y un extraño palpar en la punta de los dedos.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí —dijo rotundo—. Perdí la cabeza cuando te pusiste de cebo para ese...

—Me casaré contigo. Cuándo quieras, dónde quieras... —le silenció colocando un dedo sobre sus labios, emocionada al ver la espléndida sonrisa que mostraba de nuevo al muchacho que le robó el corazón.

Su beso fue exigente, con un toque de desesperación, anhelo y alivio que la hizo querer abrazarse a él y llorar de pura rendición. Todo iba a ser diferente. Tenía que serlo. Y con ese pensamiento, se dejó caer sobre la almohada mientras él se tumbaba a su lado y la envolvía con sus brazos.

# Capítulo 18

Les habían distribuido por distintos pisos francos bajo el control de Preiss; a Steve le había tocado un pequeño estudio en la calle Bicknell, un lugar con casas unifamiliares donde el suyo era el único edificio construido. Solo iba a dormir, ya que la mayoría de su tiempo se repartía en vigilar los cargueros del puerto y estar atento a los movimientos de Finch. Debían estar localizables en todo momento y a la disposición de su jefe a cualquier hora del día o la noche.

Se había arriesgado mucho abandonando su puesto, pero no podía quedarse de brazos cruzados sabiendo que Orwell iba a matar a Alex.

Introdujo la llave en la cerradura, encendió la luz del recibidor, soltó la mochila en el suelo y colgó la chaqueta en el perchero. Se moría por una cerveza fría y una ducha caliente, así que fue a la cocina y sacó una lata del frigorífico. Le dio un trago mientras atravesaba el pasillo en dirección al dormitorio. Empezó a vaciar los bolsillos del pantalón y el teléfono empezó a vibrar al soltarlo sobre la cama.

Un mensaje de su compañero le instaba a presentarse en el almacén cuanto antes.

Murmuró una maldición y terminó de desvestirse para meterse bajo el chorro de agua templada a la vez que su cabeza empezaba a inventarse una historia lo suficientemente creíble que le permitiera vivir, al menos, un día más.

Aparcó la moto en el lugar habitual. Se quitó el casco y echó un vistazo a la cámara de seguridad que vigilaba la entrada antes de cruzar el umbral y entrar en el enorme almacén.

Había bastante actividad, los hombres cargaban las furgonetas con rapidez y eficacia. Vio a Preiss hablando con Finch de forma relajada mientras controlaban el proceso y maldijo no haber previsto que la muerte de Orwell aceleraría el traslado. Había pensado justo lo contrario, que su muerte retrasaría todo y que tendría más tiempo para enviar un mensaje a su jefe y organizar la detención y desmantelamiento de las dos organizaciones más peligrosas de la costa este.

No podía contar con nadie, solo con Ian, pero su hermano estaba demasiado impactado por el intento de asesinato de Alex, así que solo le quedaba una opción. Jake era el único que podría informar al FBI y la DEA. Desvió sus pasos hacia el exterior del almacén y sacó el teléfono notando cómo las manos le sudaban de forma copiosa con la intención de hacer una llamada fugaz.

—¿Dónde estabas?

Steve se giró hacia su compañero y sonrió encogiéndose de hombros.

—Anoche conocí a una chica... Ya sabes...

—Orwell ha muerto, ¿te has enterado? —le dijo mirándolo con atención.

—¿Qué dices, tío? —Esperaba que su gesto sorprendido fuera convincente.

—El jefe quiere verte —murmuró acercándose a su oreja.

Steve fijó la vista en su excompañero de celda y un sudor frío le heló la piel. Sus ojos se movieron hacia Finch, que ya no conversaba con su socio, sino que lo miraba directamente.

No le dio tiempo a sacar la pistola. El puño de su amigo se estrelló contra su cara rompiéndole la nariz y provocando que el dolor se expandiera por todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, dejándolo mareado. Intentó defenderse, pero no podía enfocar la mirada. Su única oportunidad era alcanzar la pistola, pero los siguientes golpes en las costillas y los riñones le tiraron al suelo.

—¿Sabes qué le hacemos a los soplones, colega? —le dijo mientras le daba una patada tras otra en el abdomen.

—Ya es suficiente. —Finch se acercó y le puso un pie sobre el pecho, congestionado por la falta de aire—. No has sido muy listo, Viper, debiste saber que Preiss no dejaría su despacho sin protección. ¿Qué has hecho con los papeles que te llevaste?

—Yo no he hecho nada.

No podía respirar. Tenía la boca llena de sangre y le ardían la cara y el pecho. Había sido un necio no aceptando la ayuda de su hermano cuando se la ofreció. Ahora no tendría ninguna oportunidad.

—Lleváoslo al agujero del que salió y dadle la lección que se merece. No paréis hasta que os diga qué ha hecho con esos documentos, ¿entendido?

Steve entrecerró los ojos y sintió cómo le levantaban agarrándolo de las axilas y lo arrastraban hasta una de las furgonetas. Lo siguiente que vio solo fue oscuridad.

# Capítulo 19

Ian la escoltó hasta la puerta de su dormitorio y dejó la maleta con las cosas que había recogido del apartamento de Alex sobre la cama. Le habían dado el alta esa misma mañana y apenas había hablado durante el breve trayecto en coche. Sabía que ella no quería quedarse allí, que estaba deseosa de retomar su vida y volver al periódico. La inactividad de los últimos días había sido emocionalmente agotadora, sobre todo, porque Ian había tenido que volver al trabajo y porque Dennis seguía en coma sin vestigios de mejora.

Entendía bien su malhumor y su expresión taciturna, pero tenía la esperanza de que una temporada en el rancho Weaver la ayudara a recuperar algo de paz y de la niña que fue.

—¿Cuánto tiempo hace que no duermes aquí? —preguntó apoyando la barbilla en su hombro y rodeando su cintura con los brazos para pegarla a él.

—No lo recuerdo. Es raro porque sigue siendo mi dormitorio, pero no lo siento como tal.

—Date un poco de tiempo —dijo besándola en la base del cuello.

Alex suspiró y se giró sobre sí misma para quedar frente a él. Pasó los brazos por su cuello y unió sus labios a los de Ian en un beso breve y casto. No era por eso, pero él no lo entendía y no quería que su trabajo como agente volviera a interponerse entre ellos.

Cuando salió de esa casa para ir a la universidad era joven, ambiciosa y bastante ingenua. Después se dio de bruces con la realidad cuando intentó encontrar trabajo como periodista de investigación y vivió lo peor de la humanidad al entrar en la agencia. Su visión de la vida se había vuelto de color rojo, su alma estaba manchada con la sangre de Jess, de Dennis y de otros muchos sin rostro y sin nombre.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el pecho de su prometido. Un escalofrío la hizo tiritar al recordar en lo que se habían convertido en un abrir y cerrar de ojos. Iba a casarse con el amor de su vida y, sin embargo, en vez de sentirse liberada y feliz, sentía un agujero abriéndose desde dentro.

Buscó su boca a ciegas y tiró de su nuca para profundizar el beso. Ian gimió y la apretó más contra su cuerpo provocando que ella soltara un pequeño jadeo

de dolor. Hizo amago de soltarla, pero Alex le empujó para que cayera sobre la cama y se subió a horcajadas sobre él, impidiéndole que se moviera.

—¿Estás segura?

Alex ladeó la cabeza y lo miró sonriendo de una forma que hizo que las dudas de Ian desaparecieran. La última vez que habían estado juntos, él no había estado muy afortunado con sus comentarios, pero ahora sería diferente. La necesitaba con una urgencia que le asustaba, así como el amor que sentía por ella anulaba cualquier vacilación que pudiera albergar respecto a sus secretos. La vio quitarse la camiseta y el sujetador antes de empezar a desabrochar los botones de la camisa que él llevaba; su mirada hambrienta se perdió en el montículo de sus pechos, deseoso de saborearlos, pero ella bajó la cabeza hacia su abdomen acariciando con sus labios cada centímetro de piel que encontró a su paso y todo desapareció de su alrededor.

Alex se topó con la cinturilla del pantalón y con manos expertas la abrió para seguir bajando. Sabía que iba demasiado rápido, pero tenía una necesidad física, casi animal, difícil de controlar. Cuando lo acogió en su boca notó los dedos de Ian enredarse entre su pelo y gimió al sentir su sexo palpitar de anticipación cuando escuchó cómo aspiraba con brusquedad.

No la dejó llevar la iniciativa mucho más tiempo, Ian la apartó con suavidad e invirtió la postura de ambos para colocarla bajo su cuerpo. La ayudó a terminar de desvestirse sin prisa, teniendo especial cuidado en no mover el vendaje que cubría su costado izquierdo, y la besó con extrema delicadeza.

Pero Alex deseaba otra cosa. Frustrada, elevó las caderas, instándole a no demorarse ni un segundo más y una mueca de dolor contrajo su rostro, aunque él no lo notó.

—Ian, por favor, necesito...

—No quiero hacerte daño —susurró mirándola con un matiz preocupado que la hizo sonreír.

Su respuesta fue tomarlo en su mano y guiarlo a su interior. Suspiró profundamente al notar cómo la invadía centímetro a centímetro y con una lentitud desesperante comenzaba a moverse dentro de ella.

Durante una milésima de segundo pensó que con Gil nunca habían sido necesarias las palabras, siempre había comprendido lo que necesitaba en cada momento sin tener que decirlo.

No era la primera vez que la herían en un tiroteo; la visión de la muerte acechando era un incentivo muy potente para celebrar la vida y Gil y ella se enfrentaban a ella a diario. Habían llegado a compenetrarse en todos los

niveles y solo era necesaria una mirada para saber cómo y cuándo saciar sus anhelos.

Pero Ian no era Gil.

Se mordió el labio al pensar en él y cerró los ojos mientras el ritmo de sus movimientos se aceleraba; sus gemidos se unieron a los de Ian, pero era a Gil al que veía embistiéndola y las lágrimas empezaron a agolparse detrás de sus párpados al comprender que su corazón, por primera vez en su vida, la había engañado.

Cayó rendida sobre el pecho de Ian mientras pequeños espasmos seguían recorriendo su cuerpo y sus pulmones luchaban por llenarse de aire.

—Te quiero tanto... —le susurró Ian mientras la abrazaba y la arrastraba con él, entrelazando sus piernas con las de ella, envolviéndola por entero.

Apretó más los ojos y escondió el rostro en el cuello de su prometido; su cuerpo seguía estremeciéndose, no por la pasión compartida, sino por la sensación de estar engañando al hombre que se había apoderado de su alma sin que se diera cuenta.



—¿Estarás bien? —le preguntó Ian mirándola sin ocultar su preocupación.

La había notado tensa y algo distante y no le gustaba la idea de marcharse dejándola así. Pasó una mano por su rostro y ella sonrió por fin, calmando sus temores.

—Claro, será divertido volver a la escuela. No creas que me va a hacer tanto daño un poco de tranquilidad.

—Y no te meterás en líos... —dijo arrastrando las palabras y elevando las cejas en un significativo gesto de advertencia.

Alex se echó a reír y negó con la cabeza antes de besarla.

—Te lo prometo.

Ian la besó de nuevo y se subió al coche. Tenía la sensación de que algo no iba bien, pero no era capaz de discernir el qué. Ella seguía sonriendo y le saludaba con la mano, así que, pensando que solo eran imaginaciones suyas, se despidió alzando una mano y se alejó de allí sin dejar de mirar la figura inmóvil que dejaba atrás.

Debía concentrarse en lo que le esperaba en Boston, en el montón de casos no resueltos que tenía sobre la mesa y en la forma de ayudar a su hermano sin



destapar su tapadera. Su corazón tendría que esperar.

Alex observó cómo el coche salía de la propiedad de los Weaver con una creciente sensación de alivio. Necesitaba más que nunca la soledad que aquel lugar podía proporcionarle y reorganizar sus sentimientos, que de repente habían perdido todo el sentido. Amaba a Ian, era algo de lo que no tenía ninguna duda, pero, sin embargo, empezaba a creer que lo que sentía por él no era suficiente para dar un paso como el matrimonio.

Subió los hombros para esconder la nuca dentro del cuello de la chaqueta y bufó murmurando una maldición.

No tenía ganas de pensar, ni de analizar nada, estaba cansada y la herida le dolía más de lo que quería admitir, pero tampoco le apetecía quedarse encerrada en la casa y echó a andar hacia las edificaciones colindantes que conformaban la escuela de equitación.

La escuela estaba a pleno rendimiento, a pesar de la ausencia de su director, pero Becky había seguido administrando el rancho con mano firme, intentando que la normalidad fuera máxima. Los alumnos no habían notado ningún cambio en sus clases de equitación y los profesores seguían con su labor diaria; era su manera de mostrar su apoyo y tanto Alex como Becky lo agradecían sinceramente. Solo esperaba que su hermano saliera de esa pesadilla y que todo volviera a ser como antes.

Elevó la cara al cielo y cerró los ojos para sentir los rayos del sol, que esa mañana eran débiles y tenues, como su esperanza.



Rebeca se apoyó en la jamba de la puerta y observó a su cuñada con una sonrisa. Llevaba allí casi cinco minutos y Alex no se había percatado de su presencia; limpiaba las cuadras con excesiva energía, manejando el rastrillo como si el heno tuviera la culpa de todos sus problemas. Paró un segundo para limpiarse el sudor que resbalaba por su cuello con un trozo de tela que llevaba colgada del cinturón, y Becky aprovechó el momento para acercarse y ofrecerle una botella de agua.

—Gracias —murmuró Alex tomando la botella nada sorprendida por la visita de la joven.

—Solo hace tres días que saliste del hospital, ¿no crees que tanto ejercicio puede pasarte factura?

—Conozco mis límites, no te preocupes. Además, me encuentro mucho mejor.

—Puedes venir conmigo a ver a Dennis... —sugirió.

Alex la miró de reojo y le devolvió la botella sin decir nada. No era la primera vez que se lo pedía en los últimos días, pero ella no quería volver a ver su hermano así y no podía explicarle el porqué a Becky. Esbozó una sonrisa de disculpa y se preparó para dar otra excusa.

—Quizá en otro momento, tengo que terminar esto y después ducharme.

—No tienes obligación de terminar nada y sé que eres más que capaz de ducharte en menos de cinco minutos —replicó Becky cruzando los brazos a la altura del pecho con la firme determinación de no permitir que Alex siguiera escondiéndose.

—Becks...

—No, Heather. Me prometiste que me ayudarías a traer a Dennis de vuelta, pero no lo haces. Estás aquí, pero no estás en realidad, y te necesito. Dennis te necesita...

—No lo entiendes, Becky...

¿Cómo podía explicarle que ver a su hermano en esa situación era como si la atravesasen con un hierro candente? Era prueba de su fracaso, otro más para la larga lista de personas dañadas por sus actos, mientras que ella seguía indemne. Daría cualquier cosa porque Jess estuviera vivo y porque su hermano estuviera allí con ellas, regañándola por ser tan impulsiva.

—Sí que lo entiendo. Ian me lo contó. Heather, no te echo la culpa.

Alex subió la mirada hasta sus ojos y apretó los labios para que no le temblaran.

—Pero sí que fue culpa mía —murmuró incapaz de sostenerle la mirada.

Rebeca se acercó lo suficiente para abrazarla, aunque ella estuviera más tensa que un témpano.

—Viste algo horrible que nos ha marcado a todos, pero solo fue mala suerte. No puedes sentirte culpable por algo que no hiciste tú.

Alex iba a replicar que no fue mala suerte, que estaba allí porque quería, como siempre, hacerlo todo sola, pero cuando estaba a punto de hablar, sintió un leve pero firme golpe en el abdomen. Se apartó de su cuñada con una expresión fascinada y fijó la vista en la barriga de la joven.

—¿Eso ha sido...?

—Mi hijo necesita a su padre. Por favor, ven conmigo —volvió a pedirle sin sentir el mínimo remordimiento por chantajearla con su bebé.

No podía seguir negándose si se lo pedía de esa manera, no cuando su

egoísmo seguía haciendo sufrir a su familia.

—De acuerdo.

Becky se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Voy a terminar el papeleo. Te espero en la entrada de la casa.

Alex colgó el rastrillo en un gancho de la pared y se sacudió las manos en la pernera del pantalón ahogando un suspiro.

Siempre que tenía que enfrentarse a algo especialmente difícil pensaba en Gil y esta vez no fue diferente.

«No olvides que estoy aquí y que entraré a por ti sin vacilar», solía decirle, pero Gil ya no estaba, solo su doloroso recuerdo. Estaba sola y nadie podía ayudarla a enfrentarse a sus fantasmas.

El eco de sus pisadas retumbaba en sus oídos en el largo pasillo de color blanco y olor a antiséptico. Becky caminaba varios centímetros por delante de ella con seguridad y ánimo; admiraba su fortaleza y valentía, que no se rindiera a pesar de las visitas desalentadoras que hacía cada día a aquel penoso lugar. Siempre tenía la esperanza de que el médico le dijera que el hematoma cerebral que mantenía a Dennis en aquel estado se hubiera reabsorbido o incluso encontrarlo despierto al entrar en su habitación. Y aquel día no era diferente.

Alex notó que contenía la respiración cuando giró la manivela de la puerta y la abrió, y cómo el aire salía despacio por su boca al entrar en la habitación y comprobar que todo seguía igual. Sin perder la sonrisa, se encaminó hacia la cama y besó a su marido en la frente.

—Mira quién ha venido a verte —dijo con entusiasmo mientras le tocaba la cara y los brazos, comprobaba que el tubo de respiración artificial estaba bien conectado y que las bolsas de sueros, que permitían que su cerebro no se atrofiase, tenían suficiente contenido.

Alex quiso girarse y salir corriendo, pero la mirada de advertencia de Becky la mantuvo anclada en el suelo.

—Acércate, Heather. Que sepa que estás aquí —le dijo suplicante.

Sus pies tardaron un poco en reaccionar y ponerse en movimiento y casi se arrastraron hasta la cama. Se sentía ridícula allí de pie, observada por la mujer de su hermano con una especie de anhelo dibujado en sus ojos que la hacían sentirse una impostora. Ella no era ninguna hacedora de milagros; era una asesina.

Dio un paso involuntario hacia atrás y se topó con el cuerpo de Becky, que la

empujó de nuevo hacia la cama, la agarró de una mano y se la colocó sobre la de Dennis con determinación.

—Alex ha venido a verte —susurró acercando su rostro al de su marido—. Quiere que sepas lo mucho que te necesitamos y te echamos de menos... ¡Tenías que haberla visto esta mañana manejando el rastrillo! ¿Te acuerdas cuando se coló en las cuadras y puso nerviosos a los caballos para que relincharan todos a la vez?

—¿Cómo sabes eso? —logró decir.

—Él me lo dijo. Tiene mil anécdotas sobre ti y nunca se cansa de contarlas —respondió dirigiendo de nuevo su mirada dulce hacia él.

Hablaba como si estuvieran todos sentados en el salón de la casa tomando café, pero no era así, su hermano no podía sentir las ni oír las. El sueño de Becky solo era eso y ella no iba a participar en esa pantomima ni un minuto más.

Apartó su mano con brusquedad y miró a su cuñada con una furia desproporcionada.

—¿De verdad te crees toda esta mierda? —gritó—. Él no puede oírte. No puede sentirte, no puede saber que estás aquí, y cuanto más tiempo sigas creyéndolo más doloroso será aceptar que lo has perdido.

La barbilla de Becky empezó a temblar mientras su cabeza se movía de un lado a otro, negando. Agarró con fuerza la mano de Dennis y se echó a llorar.

—Es lo único que me queda y mientras siga habiendo una mínima posibilidad de intentarlo, no desistiré. ¡No voy a perder a mi marido!

Becky sintió un movimiento brusco en su mano y se giró de inmediato. Dennis había abierto los ojos y los movía frenético hacia todos lados mientras sus manos intentaban gesticular sin fuerza.

—Estoy aquí, cariño, tranquilo... Estoy aquí... —le dijo abrazándolo sin dejar de llorar.

Alex no pensó, solo reaccionó, y su primer impulso fue salir corriendo de la habitación para buscar ayuda. Dio el aviso al médico de guardia y a las enfermeras y se apoyó en la pared mirándolos ir apresurados hacia la habitación, pero ella no se atrevió a moverse de allí.

Después de varios minutos de gente entrando y saliendo de la habitación, se movió poco a poco con una mano apoyada en la pared hasta llegar a la puerta. Habían desconectado a su hermano y el médico le estudiaba las pupilas y le hacía preguntas como su nombre, su edad o si tenía familia.

—Alex... Alex es mi hermana... —articuló con un esfuerzo palpable.

Se apartó de la puerta y se apoyó en la pared del pasillo; apenas se percató de cómo su cuerpo resbalaba por el frío muro hasta quedar sentada en el suelo mientras las lágrimas que había intentado reprimir mojaban su rostro descompuesto.

Sintió la presencia de alguien mirándola desde la puerta y, cuando elevó la vista, lo único que pudo ver fue a Becky agachándose junto a ella, con una agilidad increíble a pesar de su embarazo, para abrazarla entre sollozos.

## Capítulo 20

El registro a la casa de Orwell no había resultado como Ian y Jake esperaban. No habían encontrado nada que relacionara al exmilitar con Preiss además de su papel como guardia de seguridad de la empresa, que había hecho un comunicado desmarcándose de las actividades de Davis y Orwell y poniendo a disposición de las autoridades toda su colaboración. La consecuencia era que la fiscalía había decidido dar el caso por cerrado. Preiss era un reputado miembro de la sociedad bostoniana, un benefactor que hacía grandes donaciones a hospitales e instituciones infantiles y el fiscal general no quería que su carrera se viera afectada por poner en entredicho el buen nombre de un personaje así.

Ian entró como un huracán en el despacho del capitán y puso las manos sobre la mesa echando el cuerpo hacia delante sin importarle que su superior pudiera sentirse amenazado.

—¿Qué coño significa que lo dejamos?! ¿Vamos a permitir que esos hijos de puta se salgan con la suya?

—Siéntate —ordenó dirigiéndole una mirada que no dejaba opción a réplica.

Ian apartó la silla de un puntapié y se dejó caer en ella de mal humor, mientras Jake miraba sorprendido al hombre que observaba en silencio al fondo de la habitación antes de hacer lo mismo.

—¿Vas a quitarnos el caso?

—¿Qué caso? —preguntó Sam tirando la carpeta sobre la superficie de madera—. No hay ningún caso. Los abogados de Preiss nos han facilitado toda la información de la empresa y todo apunta a que Davis y Orwell trabajaban por su cuenta. No hay forma de vincular a Preiss con esto, ni con Finch ni con el atentado a los Weaver.

—¿Y qué pasa con las fotos que Alex hizo de su reunión en los muelles? —Ian echó el cuerpo hacia delante sin poder creer que su jefe diera carpetazo a una de las investigaciones más grandes a las que se habían enfrentado.

—Los federales no han podido demostrar que Roger Finch se dedique a otra cosa que no sea la gestión de un par de clubs nocturnos, y el fiscal considera que unas fotos borrosas y el testimonio de una periodista no son suficientes

para justificar una investigación —intervino el ayudante del fiscal desde su rincón.

Ian se giró hacia él, sorprendido. No le había visto al entrar y su furia se reavivó más si cabía al creerlo responsable del atentado contra Dennis. Caminó hacia él destilando una ira incontrolable que hizo que Sam y Jake reaccionaran a la vez. Sam gritó que se detuviera y Jake intentó agarrarlo para que no cometiera una locura.

—¡Se suponía que los Weaver estarían a salvo!

—Lo sé, y no sabe cuánto lo lamento, inspector Cole, pero lo que tenemos entre manos es más grande de lo que pensábamos. Créame que mi único interés es resolver todo esto sin más daños colaterales —dijo el fiscal sin hacer amago de defenderse.

—¿Daños colaterales? —repitió deshaciéndose del agarre de su compañero.

—Ian, por favor, tranquilízate. Todos entendemos que son tu familia y que esto es personal para ti, pero esta no es la manera —dijo Jake arrastrándolo al otro extremo de la sala. Después se giró hacia su jefe e hizo un movimiento con la cabeza señalando al fiscal—. Si no hay caso, ¿qué hace la fiscalía aquí?

—No vengo en nombre del fiscal —contestó el hombre en vez del capitán.

—No me habéis dado la oportunidad de explicaros la situación —refunfuñó Sam sentándose de nuevo y mirando a Ian con reprobación—. Si Cole nos hace el favor de dejar sus emociones en la puerta...

Ian levantó las manos y asintió en dirección a Jake haciéndole una promesa silenciosa de no crear más problemas.

—Mi jefe recibió presiones del gobernador para que la oficina del fiscal no interviniera en el caso de Preiss —explicó el hombre con un deje de desánimo que no pasó desapercibido—. Una de mis fuentes del FBI me confirmó que tienen a un hombre dentro y que en su último contacto les aseguró que tenía toda la información contable paralela que demuestra que Preiss blanquea capitales a través de distintas fundaciones, pero no han vuelto a saber nada más de él. Por supuesto, no he compartido esta información con nadie, sospecho que mi oficina no está limpia.

—Tenéis que llevar la investigación en el máximo secreto, ¿lo entendéis? Nada puede salir de aquí y solo contactaréis con él o conmigo. Tenéis que encontrar a ese hombre, es nuestra única baza, y aseguraos de mantenerlo a salvo hasta que esa información llegue a manos del FBI y quede fuera del alcance de Preiss.

Ian asintió ausente. Hacía más de una semana que no sabía nada de su

hermano. La última vez que le vio fue en el hospital y desde entonces no había vuelto a contactar de ningún modo. Contrajo las manos en dos puños y apretó la mandíbula antes de echar una ojeada llena de desconfianza al ayudante del fiscal.

—¿Tiene la más mínima idea de lo que le harán a ese agente si lo descubren?  
—dijo con la voz cargada de miedo.

—No hay motivos para pensar que lo hayan hecho, inspector Cole. Su seguridad es ahora mismo la máxima prioridad del FBI y nuestra.

—¿Igual que lo eran los Weaver? —gruñó enfadado.

—Cole, ya basta —intervino Sam—. Solo tenemos una pista: Viper. Tendréis que apañaros con eso. ¿Alguna pregunta?

Ian abrió la boca, pero no dijo nada. Se giró y agarró la manivela de la puerta, pero se detuvo al ver que Jake no le seguía.

—¿Jake? —llamó, incómodo. No confiaba en el ayudante del fiscal y no pensaba decirle que el hombre al que buscaban era su hermano, pero al parecer, su compañero era de otra opinión.

—Si tuviera esas pruebas, ¿qué haría con ellas? —preguntó al fiscal.

—Investigarlas bajo el máximo secreto, por supuesto.

Jake desvió la mirada hacia su capitán, indeciso. Sam tenía toda su confianza, pero no quería traicionar a Ian confesando que sabían quién era Viper. Estaba en una encrucijada de difícil solución, pero en el fondo sabía que no tenía alternativa.

Miró a Ian ladeando la cabeza pidiendo perdón en silencio.

—Esas pruebas están en mi poder —dijo al fin sin apartar los ojos de su compañero, que dio un paso hacia delante y abrió la boca sorprendido.

—Explícate —le exigió Sam mirándolo ceñudo mientras el ayudante del fiscal se levantaba de su asiento.

—Viper vino a mi casa y me entrego la documentación porque no confiaba en nadie más.

—¡No me jodas, Tunner! ¿Qué relación tienes con él? —exclamó el capitán enfadado.

—Por ahora prefiero ocultar esa información mientras no esté a salvo. Con las pruebas que consiguió reunir es suficiente por ahora.

Jake notaba la mirada de Ian atravesando su nuca, pero no se atrevió a moverse. Sam debería conformarse con eso y esperaba que no lo presionara. La seguridad de Steve debía prevalecer por encima de todo lo demás.

—Vais a hacer que desee la jubilación antes de hora —susurró reclinándose



hacia atrás en su sillón—. Sois los mejores inspectores de homicidios que he tenido en años y voy a dejar que lo hagáis a vuestra manera, pero no quiero ninguna cagada u os suspenderé para el resto de vuestra vida.

—Gracias, capitán. Le haré llegar la información lo antes posible. —Cogió a Ian de un brazo y lo sacó del despacho antes de que su jefe se arrepintiera.

Sin soltarlo, lo llevó al ascensor y pulsó el botón varias veces.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —murmuró Ian.

—No he tenido oportunidad de hacerlo. Has estado ausente con el tema de Alex y Steve no tenía a nadie más. No se lo tengas en cuenta. Tenemos vía libre, así que, dime, ¿por dónde quieres empezar? —dijo dotando a su voz de un matiz preocupado.

—Por su casa —se apresuró a decir ignorando la punzada de decepción que sintió al saber que su hermano no había acudido a él en primera instancia.

—Podríamos poner en riesgo su tapadera —razonó Jake—. Orwell era la mano derecha de Preiss, su muerte habrá provocado bastante revuelo.

—Lo sé, pero prefiero arriesgarme —insistió incapaz de explicar en voz alta lo que su cabeza no dejaba de mostrarle: el cuerpo de Steve igual que el de Jess, echado sobre el sofá con un balazo en la frente.

Tuvieron que atravesar la ciudad para llegar al peligroso barrio de Dorchester. Jake aparcó en la calle desierta, frente al inmueble de ladrillo rojo de tres plantas, y subieron la rampa que comunicaba la puerta principal con la acera. Cuando llegaron al piso de Steve, Ian tocó el timbre y esperó unos segundos antes de intentarlo de nuevo. Intercambió una mirada silenciosa con Jake y forzó la cerradura con disimulo.

Exceptuando una solitaria lata de cerveza negra vacía sobre una mesa del salón, todo el lugar estaba ordenado y limpio.

—No hay signos de lucha ni nada que indique una desaparición violenta —comentó Jake saliendo de la cocina.

—Es como si fuese a volver en cualquier momento —coincidió Ian, frustrado.

—Deberíamos irnos.

—Demos una vuelta por Roxbury, ¿vale? Hacemos un par de preguntas y lo dejamos —dijo refiriéndose a una de las zonas con más delincuencia de Boston.

Su compañero se limitó a suspirar antes de seguirle fuera del apartamento. Le conocía lo suficiente para saber que cuando se ponía así, era inútil hacerle cambiar de opinión.

El par de preguntas se convirtieron en varias horas de bar en bar preguntando y enseñando la falsa ficha policial de Steve. Ian era consciente de que Jake lo desaprobaba, aunque no lo hubiera expresado en voz alta; su lenguaje corporal y las palabras no dichas eran fácilmente interpretables.

Cuando en el último local tampoco obtuvieron información útil, Ian por fin entendió que era hora de dejarlo, y ambos se dirigieron al coche con el desánimo arrastrando sus pies. Un desconocido les abordó de improviso justo cuando iban a subirse al vehículo.

—No sois muy discretos —les dijo mirándolos con ceño—. Todo el barrio sabe que la pasma está preguntando por uno de los hombres de Finch.

Jake miró a Ian de forma significativa y este tuvo la decencia de carraspear evitando sus ojos.

—¿Sabes algo? —preguntó cortante.

—Tal vez —dijo enseñando una dentadura mellada por el abuso de las drogas. Ian no estaba de humor para juegos; agarró al hombre del cuello y lo empujó hasta golpearlo contra la pared.

—Llevo un día bastante jodido, así que no te aconsejo tocarme los cojones. ¿Sabes algo o no? —gruñó.

—Venga, tío, solo quiero un par de monedas... Necesito un chute —lloriqueó.

—Ian...

El tono de advertencia de Jake junto a su oreja y su mano apretando su hombro con suficiente firmeza le disuadieron de aliviar su frustración con la cara de aquel despojo.

Observó por el rabillo del ojo cómo su compañero sacaba su cartera y le metía un par de dólares en el bolsillo del abrigo.

—Dicen que era uno de los vuestros y que se cargó a un pez muy gordo. Ya sabéis lo que les hacen a los polis... —se apresuró a decir el hombre.

—¿Está muerto? —preguntó Ian perdiendo el control de su cuerpo y ejerciendo demasiada fuerza sobre las vértebras del pobre desgraciado.

—S-se lo lle-llevaron.

—¿A dónde?

—No... no... —balbuceó sintiendo la presión de la sangre hinchando su cara.

—¡Ya basta! —gritó Jake empujando a Ian para apartarlo.

El drogadicto se escurrió tambaleante y, agarrándose el cuello dolorido, se alejó de ellos todo lo rápido que sus piernas le permitieron.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Jake cogiendo a su compañero de un brazo

y arrastrándolo hacia el coche. Estaban atrayendo demasiada atención y era hora de irse.

Ian se miró las manos mientras aspiraba por la boca con demasiada rapidez. Había estado a punto de matar a un hombre con sus propias manos y casi sin darse cuenta; esa realidad le golpeó tan fuerte que le hizo perder el equilibrio. Su espalda se arqueó hacia abajo y la bilis mezclada con café salpicó sus zapatos.

—Si estuviera muerto, lo sabríamos.

Hasta ese momento, Preiss no había tenido ningún pudor en dejar los cadáveres a la vista, pero era muy posible que hubieran tomado precauciones con Steve. Matar a un policía no era algo que se pudiera pasar por alto u olvidar, y era posible que su cuerpo estuviera atado a un bloque de hormigón en el fondo del puerto. Pero Jake se cuidó mucho de decirlo en voz alta.

—¿Te fías de lo que ha dicho? —quiso saber Ian.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y elevó la vista para fijarla en su compañero. No podía aceptar la idea de que su hermano estuviera muerto. No sin pruebas.

—¿Firme de un yonqui? Vamos paso a paso. Empezaremos por el principio, buscaremos cuántos de los hombres de Finch han venido con él y los controlaremos. Tarde o temprano alguno cometerá un error.

Ian asintió moviendo lentamente la cabeza y se subió al coche sin decir nada. Se recostó en el asiento del copiloto y cerró los ojos preguntándose cuándo acabaría esa pesadilla.

# Capítulo 21

Algo tan sencillo como coger una cuchara y llevársela a la boca le costaba tanto esfuerzo que el poco optimismo con el que se despertaba cada mañana se evaporaba cada vez que la comida resbalaba de nuevo al plato.

Dennis dejó caer el cubierto y un poco de puré salpicó sobre el babero que protegía aquel espantoso camisón blanco de lunares que le obligaban a llevar. Becky, solícita, se apresuró a limpiarlo todo, pero Dennis la detuvo con un gruñido.

—¡Déjalo! —exclamó de tal forma que su voz sonó como un estallido.

—Sé que es difícil, cariño... —La joven se interrumpió cuando él apartó la cara al hacer ella el amago de acariciarle.

Becky miró a Alex un breve segundo antes de bajar la cabeza para ocultar las lágrimas.

—Me llevaré la bandeja —susurró levantándose y retirando la comida de su alcance.

La habitación quedó en silencio cuando los dejó solos, pero Dennis no tardó en explotar de nuevo al sentir los ojos de su hermana fijos en él.

—Suéltalo de una vez —gruñó sin mirarla.

—Te estás comportando como un auténtico gilipollas —dijo Alex abandonando su posición relajada junto a la ventana para sentarse en la cama a su lado—. Y tú no eres así, ¿recuerdas? Yo soy la impulsiva y la maleducada; tú eres el adorable señor Weaver, el futuro padre de un bebé maravilloso y con una vida que se abre ante ti llena de nuevas oportunidades.

—Ni siquiera puedo comer solo, ¿cómo voy a ser marido para Becky y un padre para mi hijo? —dijo bajando la voz hasta hacerla inaudible.

—Igual que te hiciste cargo de mí con apenas dieciocho años y convertiste un negocio arruinado en una de las mejores escuelas de equitación de Maine. De la misma forma que has superado un coma con apenas secuelas: luchando, porque es lo que has hecho toda tu vida y no sabes vivir de otra manera.

Dennis cerró los ojos y buscó la mano de su hermana tanteando la sábana. Era consciente de su malhumor y del daño que estaba haciendo a su mujer, pero se sentía tan inútil que a veces la desesperación lo consumía.

—No estás solo, Den. Deja que te ayudemos —le dijo apretando su mano antes de levantarse al oír el chasquido de la manivela al girarse.

Le dedicó una sonrisa a Becky cuando la vio entrar un tanto temerosa y recogió su bolso antes de dejarlos solos.

Su hermano necesitaba tiempo para asumir su nueva situación y aceptarla. Las primeras horas tras despertar habían sido traumáticas puesto que penas podía moverse o hablar y no recordaba nada del accidente. Sin embargo, las pruebas habían sido positivas y solo necesitaba un poco de rehabilitación para recuperar sus funciones motoras por completo.

Alex le entendía muy bien. En ese aspecto eran igual de orgullosos e independientes y verse en la tesitura de no valerse por sí mismo era aterrador. Esperaba que la fuerza impulsora de Becky fuera suficiente para sostenerlos a ambos todo el tiempo que durara aquello.

Se colocó los auriculares, encendió el reproductor de música de su teléfono y echó a correr de vuelta al rancho.

El médico le había dicho que se lo tomara con calma, pero ella se encontraba bien, solo tenía una ligera molestia cuando hacía excesivo esfuerzo. Recuperar su forma física le daba confianza y seguridad y por eso corría todos los días y se entrenaba antes de comenzar su trabajo en las caballerizas. Acostumbrarse al dolor era la única forma de dejar de sentirlo.

Reconoció el coche de Ian de inmediato y fue desacelerando poco a poco hasta llegar a la casa, sorprendida de su visita. No le esperaba hasta el fin de semana y unas breves líneas arrugaron su entrecejo.

Fue a la cocina nada más entrar en el edificio, sacó una botella de agua del frigorífico y bebió directamente de ella.

—¿Otra vez has venido corriendo? —la amonestó la asistente de su hermano.

Alex se limitó a encoger un hombro con expresión traviesa y exhaló saciada antes de colocar la botella de nuevo en su sitio.

—¿Has visto a Ian?

—Llegó hace un rato. No sé si estará en la terraza todavía.

Alex le dio las gracias y fue hacia esa dirección quitándose los cascos por el camino. Se accedía a la amplia terraza a través de una puerta doble de corredera ubicada en el salón; desde allí se podían contemplar los caballos trotando o pastando, libres sobre la enorme extensión de terreno verde.

Ian estaba observando el prado con el cuerpo echado hacia delante, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los codos apoyados sobre la

balaustrada de hierro.

Alex debió hacer algún ruido involuntario al atravesar la cristalera, porque se giró de inmediato y no tardó ni un par de segundos en llegar hasta ella y envolverla con sus brazos.

Sus labios presionaron los suyos sin el calor de otras veces, con excesiva fuerza. Alex echó la cabeza hacia atrás y lo miró preocupada, pero antes de que pudiera decir nada, él habló primero.

—¿Cómo está?

—Harto del hospital y de no avanzar al ritmo que quiere, pero bien —contestó despacio y pronunciando aún más su entrecejo arrugado al notar la irritación de sus ojos y las profundas ojeras negras que los enmarcaban—. ¿Qué pasa?

—Te echo de menos —murmuró acercándola de nuevo para apoyar la cabeza sobre su frente.

—Lo sé, pero no estás aquí por eso —replicó con suavidad.

Él se estremeció y buscó de nuevo su boca, exigente, desesperado.

Había pasado algo lo suficientemente importante para que se comportara de ese modo, pero estaba claro que no estaba preparado para contárselo. Le devolvió el beso y tiró de él hacia el interior de la casa. Todo era más fácil después de una larga ducha caliente, sobre todo, si era con compañía.

Hacía rato que sus respiraciones se habían normalizado, pero ninguno se atrevía a romper el denso silencio. La humedad de su pelo mojado había traspasado la almohada y empezó a sentir un calor sofocante e incómodo.

Alex se levantó de la cama y caminó desnuda hacia la ventana para abrirla y dejar que la brisa enfriara su piel. Respiró hondo y se giró hacia Ian, que seguía ausente y taciturno.

El sexo había sido extraño y forzado, como una necesidad física automática más que por verdaderos sentimientos y no por primera vez, Alex pensó que seguir adelante con el compromiso no era buena idea. Sin embargo, consideró que aquel no era el mejor momento para abordar ese tema.

Más preocupada que molesta, decidió que un buen ataque siempre era la mejor opción. Se cruzó de brazos y le dio una patada en la espinilla haciendo que él diera un respingo.

—¿Vas a decirme ya qué coño te pasa? No sé si me gusta que me usen como muñeca hinchable.

Ian pareció reaccionar y se sentó de golpe mientras sus mejillas empezaban a enrojarse.

—Yo no... —comenzó a excusarse, aunque enseguida se calló al reconocer que no la había tratado como un hombre enamorado—. Lo siento —susurró escondiendo el rostro entre las manos.

Sintió el colchón hundirse cuando ella se sentó a su lado y sus manos cálidas y suaves enredándose en él pelo de su nuca. Se sintió culpable y como un auténtico capullo. Atrapó las manos de Alex entre las suyas y se las llevó a los labios sabiendo que era un gesto de disculpa más que insuficiente.

—No encuentro a Steve —confesó con la voz quebrada.

—¿Cómo dices? —preguntó, incrédula.

—Desapareció hace quince días sin dejar rastro. Su jefe en Filadelfia no sabe nada de él desde hace más tiempo incluso. No ha mandado señal de socorro ni contactado con ninguno de sus enlaces. Nadie lo ha visto en las zonas por las que solía moverse, no ha vuelto a su piso, su teléfono está apagado e ilocalizable. Solo hemos podido encontrar su moto en un desguace, pero no sabemos quién la llevó. Solo puedo esperar a que su cadáver aparezca en cualquier callejón o flotando en alguna dársena del puerto...

Apoyó los codos sobre los muslos y volvió a esconder la cara entre las manos. Se sentía un fraude. Durante todos sus años de servicio, nunca había fracasado tanto y esta vez era su hermano pequeño el que había sufrido las consecuencias.

—Estamos perdiendo demasiado, Alex. Quizá sea hora de dejarlo...

—¡Gilipollecés! —exclamó levantándose de un salto. Fue hasta su armario y lo abrió de un manotazo.

No se entretuvo en elegir ropa interior, sino que cogió la primera que encontró. Después descolgó unos vaqueros y una camiseta y se giró hacia Ian peinándose el pelo con los dedos.

—¿Qué haces? ¡Vístete! Nos vamos a Boston. Quiero ver las cámaras de tráfico y las de los alrededores del almacén de contenedores. Si Steve está allí, lo encontraremos.

—¿Vamos? No. Tú no vas a hacer nada. Te quedarás aquí, a salvo. Esta vez no voy a permitir que vuelvas a exponerte a que te peguen un tiro y que te maten a ti también. —Ian se levantó y caminó hacia ella apuntándola con un dedo amenazador, que se clavó en el centro de su pecho. Ni loco iba a pasar de nuevo por el infierno de perderla.

—No puedes impedírmelo y nada de lo que digas podrá hacerme cambiar de opinión.

—¡Maldita sea! ¿Es que no te das cuenta de que no puedo más? No puedo

preocuparme también por ti —gritó con rabia.

—¿Crees que es fácil para mí estar aquí sin hacer nada? Me convencisteis para que me fuera y el resultado fue que Dennis está en una cama de hospital. Me dijiste que con Orwell muerto ya no corríamos peligro y ahora Steve no está. Deja de comportarte como un maldito capullo arrogante, ¡joder! Soy la mejor arma con la que puedes contar. Haré lo que sea necesario para que esos hijos de puta paguen todo el daño que nos están haciendo y voy a hacerlo con tu ayuda o sin ella, así que decídete —le desafió acercando su cara a pocos centímetros de la suya.

—No sé si podré protegerte. No puedo perderte a ti también... —se limitó a decir levantando una mano para acariciar el contorno de su rostro.

—No me perderás —le prometió cerrando los ojos y colocando una de sus manos sobre la suya—. No necesito que me protejas, necesito que confíes en mí como lo haces con Jake... Necesito que seas mi compañero —insistió abriendo los párpados y fijando la mirada decidida en sus ojos.

Ian dejó caer la mano y se la llevó a la nuca reprimiendo un suspiro. Su problema era que solo podía verla como la niña que le perseguía por todas partes cuando eran pequeños, no como la mujer en la que se había convertido.

—No sé si podré hacerlo —se sinceró.

Alex esbozó una media sonrisa decepcionada en parte nada sorprendida por su respuesta. Le dio un ligero beso en los labios y se alejó.

—Entonces, no creo que esta «asociación» tenga mucho futuro —dijo suavemente antes de abandonar el dormitorio.

Ian se sentó de nuevo sobre la cama revuelta y miró por la ventana sin ver nada en concreto.

El miedo era un gran aliciente para tomar decisiones equivocadas y estaba empezando a pensar que tal vez se había dejado manipular demasiado por él.



## Capítulo 22

—Estoy dentro, ¿me oís? —La voz de Alex sonó nítida dentro del habitáculo.

—Perfectamente. La cámara parece que va bien. Ten cuidado, ¿vale?

—¿Cuándo no lo tengo? —contestó risueña.

—Sigo pensando que esto es una equivocación —refunfuñó Jake mirando a Ian de soslayo desde la parte trasera del coche.

—Bienvenido al club —gruñó el policía manipulando el brillo de la tableta que le mostraba las imágenes que enviaba la pequeña cámara que Alex levaba prendida del chaleco.

—No tenemos una orden; si nos pillan se nos puede caer el pelo —siguió quejándose.

—Eres libre de bajarte del coche —replicó Ian cortante.

—¿Y dejarte solo? ¡Ni loco!

—Pues entonces cállate de una puta vez —siseó sin importarle que su mejor amigo y compañero se enfadara.

Tenía los nervios de punta desde que aceptó el plan de Alex, pero ya no podía echarse atrás.

Había perdido la cuenta de las horas de video que habían estudiado hasta que localizaron el momento en el que Steve aparcaba su moto cerca de los cargaderos, se quitaba el casco y se perdía en el interior de los almacenes.

Lo siguiente significativo era un hombre llevando su casco y subiendo a la moto, pero esa persona no era Steve, que en ninguno de los siguientes videos volvió a aparecer.

Alex había insistido en que la única manera de saber si seguía allí era entrando y comprobarlo. Le había pedido confianza y estaba poniendo todo de su parte para dársela, aunque aquello le costara una úlcera.

—Parece un gato —susurró Jake impresionado mirando la pequeña pantalla por encima del hombro de Ian.

—También tengo siete vidas —dijo Alex aguantando la risa.

—Te estás divirtiendo, ¿eh? —Ian suspiró reclinándose en el asiento.

—Mira —dijo Jake llamando su atención sobre la pantalla.

Varios hombres armados hacían guardia dentro del enorme almacén lo que

provocó que Ian se incorporara sintiendo la adrenalina disparándole el corazón.

—Esto es una locura. Alex, vuelve.

Pero ella no contestó. Siguió al acecho, oculta entre las sombras, esperando una oportunidad para cambiar de posición.

Recordaba los planos del emplazamiento con la misma nitidez de tenerlos delante. Había pasado por varios zulos de herramientas, pero aún le faltaban las oficinas. Solo tenía que avanzar unos pocos metros y colarse en el pasillo de la derecha. Tenía la esperanza de encontrar a Steve encerrado en alguna de ellas o al menos, algo que les indicase qué habían hecho con él.

Los guardias avanzaron hacia delante dándole la espalda. Sigilosa, se desplazó hacia la puerta y la entreabrió lo suficiente para observar el largo pasillo iluminado por focos colgantes y que dividía la oficina en distintos compartimentos a derecha e izquierda.

Estaba segura de que el cuarto de videovigilancia estaba detrás de alguna de aquellas puertas y era de vital importancia entrar en él. Estaba convencida de que ahí estaban las respuestas que anhelaban.

El primer problema era que no sabía cuál era la habitación. El segundo, que una cámara circular colocada en el techo vigilaba el pasillo.

Se puso en cuclillas y respiró profundamente tomando una decisión. No tendría una oportunidad como aquella y no pensaba desaprovecharla.

Sacó una navaja de la funda que llevaba atada al muslo y cerró los ojos para concentrarse y acompasar su respiración a su ritmo sanguíneo. Si era rápida no tardaría más unos pocos minutos en reducir a los matones que hubiera allí dentro.

Se puso de pie y abrió la puerta.

—¡Alex! —La voz enfadada y llena de pánico de Ian retumbó en sus oídos.

El primer habitáculo estaba vacío. También el segundo. En el tercero había dos hombres inconscientes en el suelo. Extrañada, anduvo despacio hacia la siguiente puerta, la cual estaba entreabierta y con el mismo espectáculo en su interior. Muy despacio, agarró la manivela de la última y entró.

—No está aquí.

El corazón de Alex se paralizó una milésima de segundo para después empezar a bombear tan rápido que un ligero temblor le hizo disminuir la fuerza con la que sujetaba el arma que llevaba en la mano.

—¿Estás seguro? —preguntó con suavidad apartándose el cubremontañas que ocultaba su rostro. Si Ulrich iba descubierto significaba que no corrían ningún

peligro de ser reconocidos.

—Creí haberte ordenado que te apartaras de esto —dijo Ulrich acercándose tanto, que ella tuvo que levantar la cara para seguir mirándolo.

—Lo recuerdo perfectamente y por eso casi matan a mi hermano —le espetó enfadada.

—De eso puedes echarle la culpa a ese dechado de virtudes con el que te acuestas.

Había tanto rencor en su voz, que Alex dio un par de pasos hacia atrás, sorprendida.

—No metas a Ian en eso.

—Ian... ¿ese que no supo protegerte y por el que recibiste un tiro? ¿El mismo que te permite que te metas en la boca del lobo, sola, sin apoyo y con... una navaja como única defensa? —replicó impregnando de ironía cada palabra—. ¿Ese Ian?

—Ulrich... —dijo en tono de advertencia.

—Te envía a ti a buscar a su hermano porque él es un cobarde al que no le importa sacrificarte...

—¡Ya basta! —gritó asustada por la posible reacción de Ian al otro lado del micrófono—. ¡No deberías estar aquí! ¿Por qué has vuelto?

—Escuché tu mensaje. Me pedías perdón, ¿lo recuerdas? —le dijo dando un paso hacia ella.

Quería tocarla, hacerle entender que se estaba equivocando, que Ian nunca podría ser un compañero para ella. No como él. Nunca había sentido el aguijón de los celos clavándose tan hondo ni la rabia ni el odio nublando de esa manera su buen juicio. Solo ella era capaz de desmembrarlo poco a poco y volver a unir sus piezas y la idea de perderla para siempre le estaba destrozando.

—Él jamás podrá comprenderte como lo hago yo, jamás podrá entender tus sombras ni tu necesidad de violencia —le dijo con la voz rota e irreconocible—. Eres como yo, compartimos la misma oscuridad, no puedes escapar de ella como yo tampoco puedo hacerlo. ¿Crees que con él serás feliz, Alex? No. Terminarás odiándolo, porque yo también formo parte de ti y nunca podrás sacarme.

El movimiento fue tan rápido e inesperado que Alex no pudo reaccionar a tiempo. Ulrich la acercó a su cuerpo y la besó con fiereza y desesperación, consciente de que la había perdido para siempre.

Ella no se resistió, pero tampoco respondió a su beso, lo que en cierta medida

le hizo darse cuenta de que lo que estaba haciendo. Se apartó tan bruscamente como la había agarrado y no pudo evitar que su corazón helado se encogiera un poco al notar la humedad de sus ojos.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde están Peña y Williams?

Ambos se giraron a la vez para mirar al hombre que los encañonaba desde la puerta. Ella se movió hacia abajo atrayendo la mirada del guardia, que dejó de prestar atención a Ulrich. El espía aprovechó el momento para acercarse en una zancada y romperle el cuello sin pestañear.

—Stephen Cole está muerto. Acéptalo de una vez antes de que siga muriendo gente —dijo con crueldad antes dejarla sola.

Jake miraba nervioso a Ian y al aparato que seguía sujetando, con tanta fuerza que la pantalla táctil empezaba a abombarse debajo de sus dedos. No sabía qué decir, de repente todo se había enrarecido y se sentía fuera de juego.

—¿Sabes quién es ese? —preguntó intentando que su amigo reaccionara.

—Es su compañero. De la CIA —contestó de forma automática sin apartar la mirada de las imágenes que mostraban a su prometida besándose con otro hombre.

Con un rugido de rabia lanzó la tableta al otro lado del coche; después cerró los ojos y se llevó las manos al pelo para echárselo hacia atrás, despacio, intentando aliviar el martillazo de la decepción dentro de su cabeza. Se había negado a aceptar la realidad desde el primer momento, pensando que el amor que sentía era suficiente para suplir las mentiras y los secretos, pero la mujer que describía ese hombre no tenía nada que ver con la que él conocía. Se estaba autoengañando pensando que el futuro que había rozado con los dedos era posible.

Abrió los ojos y giró la llave en el contacto encendiendo el motor del coche.

—¿Qué haces? ¡No podemos irnos! —exclamó Jake estupefacto.

—Alex no nos necesita —dijo entre dientes.

—¿Vas a dejar que los celos te hagan cometer una idiotez? Olvida a ese tío, ¿de acuerdo? Podrás pedirle explicaciones a Alex más tarde, pero ahora tienes que centrarte. Estamos haciendo esto por Steve.

—Steve está muerto, ¿no lo has oído? —murmuró sintiendo como un agujero negro y profundo se abría debajo de sus pies.

—¡Eso no lo sabes! —gritó Jake perdiendo la paciencia—. Ian, por favor, no podemos dejarla sola ahí dentro.

—No está sola. —Pisó el acelerador y alejó el coche sin atender los

razonamientos de Jake.

Estaba ciego y sordo a cualquier cosa que no fuera el dolor agonizante de haber perdido a las dos personas más importantes de su vida en una sola noche.

Ignorante a lo que ocurría fuera, Alex se dejó caer en una de las sillas tragándose las lágrimas cuando Ulrich desapareció tan sigiloso como había entrado.

Siempre había seguido a su corazón, era una máxima que había respetado hasta ese momento, una especie de seguro para no perderse a sí misma y, sin embargo, su afán por no decepcionar a Ulrich y por estar a la altura de las expectativas de Ian la habían llevado a una calle sin salida.

Había sufrido tanto por el amor no correspondido de Ian, que no había visto lo que tenía delante hasta que fue demasiado tarde. Gil siempre había estado ahí para ella, apoyándola, estuviera de acuerdo o no con sus decisiones; ayudándola cuando más lo necesitaba, compartiendo todo lo bueno y lo malo que les había tocado vivir. No la juzgaba ni la menospreciaba, confiaba en sus capacidades y la respetaba como nadie más lo había hecho nunca. La amaba más allá de toda duda y la respuesta de Alex a tanta entrega solo había sido el desprecio.

Una lágrima escapó de su confinamiento resbalando por el contorno de su mejilla y se la secó de un manotazo. Sus palabras mezquinas e hirientes habían tocado un lugar muy doloroso dentro de ella y la realidad de lo que siempre se había negado a creer explotó.

Tenía razón al afirmar que eran iguales, que nadie podría entenderla como él ni alcanzar algo parecido a la felicidad si seguía fingiendo ser algo que no era, pero no iba a rendirse. Por primera vez en mucho tiempo, sus dudas se disiparon por completo y supo leer con claridad lo que su corazón llevaba gritándole demasiado tiempo, que Gil siempre había sido el único dueño de su alma.

Pero para poder demostrárselo, tendría que aceptar la verdad sobre sí misma y acabar aquello que había empezado.

Se levantó y miró su reflejo en la superficie plana de las pantallas de vigilancia.

—¿Ian? —llamó intentando mantener firme su tono de voz.

Solo obtuvo silencio. Envió el dolor a un rincón inhóspito dentro de ella y apagó los dispositivos de audio y video mientras se acercaba al cadáver y

cogía su semiautomática. Cerró la puerta con el pestillo y se sentó frente a la mesa de controles.

Vio al resto de guardias paseando por los exteriores y a dos fumando relajados en el interior del almacén principal. Sin perderlos de vista, navegó por los distintos archivos grabados por el circuito interno de la propiedad hasta que encontró el correspondiente al día que vieron a Steve por última vez.

Una expresión de horror demudó su rostro y sin querer fue acercándose a la pantalla hasta casi pegar la nariz a ella cuando vio cómo lo metían en una furgoneta y se lo llevaban de allí. Steve estaba vivo e iba a encontrarlo, aunque fuera lo último que hiciera.

Encendió de nuevo la cámara y grabó las imágenes con la intención de localizar el vehículo o a los hombres que se lo habían llevado. Después afianzó la pistola y salió de allí ignorando el cuerpo que obstruía la puerta.

La necesidad de vaciar el cargador sobre los guardias era casi incontrolable, pero ellos no era su objetivo. Iría primero a por Finch y después se encargaría de que Preiss no volviera a ver la luz del sol.

Como sospechaba, el coche de Ian no estaba aparcado en la zona que habían acordado. Reprimió el profundo sentimiento de decepción que amenazaba con desenmascarar la frialdad de su expresión y echó a andar con pasos gráciles y rápidos para alejarse de allí lo antes posible.

Estaba tan convencida de que Ian no estaría en casa, que se sorprendió al encontrar las luces encendidas cuando atravesó el umbral. Sin disminuir su paso, avanzó hacia el salón dispuesta a enfrentarse a él, a echarle en cara que la hubiera dejado tirada en mitad de un operativo, pero cuando lo vio, su sufrimiento era tan palpable que, yendo en contra de su carácter impulsivo, decidió tragarse todos los reproches que tenía preparados y toda la furia que había acumulado durante el trayecto hasta allí.

Estaba sentado en el sofá con un vaso de alcohol en la mano y un viejo álbum de fotos sobre las rodillas. Lo observó en silencio, esperando a que él la mirara y, cuando lo hizo, supo que todo había acabado, lo que la alivió y dolió a partes iguales.

—¿Sabes cuándo supe que estaba enamorado de ti? —preguntó esbozando una sonrisa llena de nostalgia—. Te habías escapado con una de las yeguas y como no aparecías, tu padre organizó grupos de búsqueda cuando empezó a hacerse de noche. Recuerdo que estaban a punto de salir cuando llegaste subida en aquel caballo, como una de esas valquirias, y preguntaste sorprendida por qué

había tanta gente allí. Tenías ocho años y quise formar parte de ti para siempre; lo hicimos, ¿verdad? Durante un tiempo formamos parte el uno del otro, pero no sé en qué momento del camino dejaste de ser esa niña para convertirte en... ti. Ya no reconozco a la mujer de la que me enamoré.

Ian suspiró y desvió la mirada hacia las fotos que habían removido sus recuerdos. Habría sido más fácil si se hubiera bebido la botella que descansaba sobre la superficie de cristal de la mesita, pero en el fondo no le apetecía. No quería que su mente se embotara de alcohol, quería ser consciente de lo que hacía, compartir con Alex el conocimiento de que lo que habían amado era una imagen proyectada de ellos mismos.

—Nunca podré volver a ser esa mujer, Ian, y te aseguro que lo he intentado con todas mis fuerzas. Siempre te he querido, eso no podrá cambiar nunca, pero no puedo seguir traicionándome solo porque hemos idealizado un amor de juventud —dijo ella conmovida desde la puerta del salón, triste y liberada a la vez.

Ian cerró los ojos. No era solo el cansancio y la tensión por todo lo ocurrido; se sentía deshecho, como si una parte de él se hubiera quedado rota e irrecuperable. Había perdido a Steve y estaba echando a Alex de su vida; el dolor llegó a un punto insoportable.

Abrió los ojos y se levantó de golpe.

—Alex...

Pero ella ya se había ido.

El vaso, que había olvidado que sostenía, cayó en la moqueta formando un charco sobre las fotos desparramadas a sus pies.



Era lo mejor para ambos. Todo se había torcido desde la primera vez que habían traspasado la frontera inviolable de la amistad. Había estado tantos años amando la idea de los dos juntos que nunca llegó a plantearse si sus sentimientos eran reales o una simple ilusión, y lo único que había conseguido era abrir una herida que se hacía cada vez más profunda.

Se prometió que no volvería a defraudarse a sí misma ni a ignorar su instinto, ese que la había salvado más veces de las que podía recordar y, cuando todo acabara, le demostraría a Gil que estaba preparada para emprender un nuevo camino a su lado.

Se negaba a creer que Steve estuviera siendo pasto de los peces, estaba en alguna parte y ella iba a encontrarlo, pero para eso necesitaba recoger el resto de sus cosas. Caminó deprisa por las calles desiertas de la ciudad en dirección a su apartamento, al que no volvía desde la noche en la que los hombres de Preiss los atacaron, con el principio de un plan desarrollándose en su cabeza.

Lo primero que le llamó la atención al poner un pie en el rellano de su planta fue la puerta entreabierta. No creía que la policía hubiera sido tan descuidada de dejar su piso abierto, así que entró con cautela empujando despacio la puerta con la punta del pie. Un suspiro llenó el silencio cuando vio toda su casa destrozada.

No quedaba nada en pie; sus libros estaban desparramados por el suelo, así como la decoración y los restos de lo que habían sido sus muebles. Habían rajado el sofá y los sillones dejando las tripas de algodón esparcidas por todas partes y su ordenador era un amasijo electrónico. Todo su alrededor era un caos y cuando se asomó a la cocina y a su dormitorio no los encontró en mejor estado que el salón.

Sus ojos se humedecieron con lágrimas de impotencia mientras entraba en el baño y se subía a un taburete para mover las placas de yeso del falso techo. Un poco de polvo le cayó sobre la cara y tosió un par de veces antes de agarrar el asa de una pesada bolsa de tela y la arrastraba para sacarla de su escondite.

La apoyó en el suelo y abrió la cremallera para comprobar el contenido. Su kit de maquillaje profesional parecía intacto, así como distintos pasaportes, dinero en efectivo, dos armas automáticas y un cuchillo. Además, había un ordenador portátil de pequeño tamaño y un teléfono móvil de última generación junto a varios accesorios de vigilancia, todo el material básico que necesitaba.

Cerró de nuevo la bolsa y la llevó consigo al dormitorio, donde cogió un par de mudas al azar de la ropa que estaba tirada por la cama y el suelo. Echó un último vistazo a su alrededor al salir al salón y su vista se paralizó sobre una foto suya que habían clavado detrás de la puerta de entrada. Con un gruñido de rabia, fue hasta ella dando grandes zancadas y la arrancó dejando el puñal sobre la madera. Era una foto suya tomada en Biddeford mientras hacía deporte con una diana dibujada en su frente. La arrugó entre los dedos sintiendo como la ira embotaba sus sentidos y su sed de sangre se hacía más intensa.

Si en algún momento había creído que la dejarían en paz, se equivocaba. No



sabía qué habrían estado buscando en su apartamento, pero el destrozo y la clara amenaza no dejaban lugar a dudas.

—Hijo de puta...

La conocían muy poco si Preiss pensaba que eso bastaría para detenerla, aunque arriesgar de nuevo la vida de sus seres queridos no estaba en sus planes. No tenía alternativa, tendría que tomar una decisión radical si quería encontrar a Steve, pero no podía llevarla a cabo sin hablar primero con su hermano. Dennis era el único que podía mirarla de verdad y no rechazarla, y por nada del mundo iba a dejar que volvieran a hacerle daño, incluida ella.



Alex no estaba segura de querer despertar a su hermano. Parecía tener un sueño tranquilo y agradable. La comisura izquierda de su boca se elevaba unos pocos milímetros, no llegaba a ser una sonrisa, pero se parecía bastante. Se alegraba de que su hermano se estuviera recuperando. Ella, sin embargo, había dejado sus sentimientos en aquel almacén del puerto y no tenía ninguna intención de recuperarlos.

Había tomado una decisión e iba a llevarla a cabo hasta el final, pero no quería que su familia volviera a sufrir las consecuencias, por eso estaba a punto de hacer algo radical.

—¿Me estás acechando? —preguntó Dennis bostezando y recostándose ligeramente—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana —contestó dando varios pasos hacia él, saliendo del haz de luz amarillento que se colaba por la ventana.

—¿Y te han dejado entrar? —quiso saber sorprendido.

Ella se limitó a subir una ceja y Dennis rio por lo bajo.

—No quería perturbarte, pero necesito hacer algo y no puedo sin... —se interrumpió buscando las palabras adecuadas—. No voy a permitir que vuelvan a hacerte daño.

—Eso ha sonado demasiado intenso incluso para ti —bromeó.

—Steve ha desaparecido y soy la única que puede encontrarlo —dijo con tranquilidad.

—¿Que ha desaparecido? Pero...

—Es demasiado largo, es muy tarde y estoy muy cansada para explicártelo.

—Se acercó a la cama y le dio un beso a su hermano en la frente—. No puedo seguir fingiendo lo que no soy, Dennis. Sé que te prometí cuando dejé la CIA que no habría más riesgos ni aventuras, pero esta es mi vida y no puedo darle la espalda.

—No puedo decirte que lo apruebe, me aterra esa manía tuya de intentar siempre salvar el mundo, pero también sé que no podrías ser feliz de otra manera. Solo... prométeme que estarás bien, ¿vale? —dijo buscando sus ojos, pero ella esquivaba su mirada a propósito.

Le acomodó la almohada y le estiró la manta con todas las palabras que quería decirle atascadas en la garganta. Le miró un breve segundo y consiguió sonreír.

—Pase lo que pase y oigas lo que oigas, no olvides que soy una profesional —dijo guiñándole el ojo.

Dennis bufó y ella se echó a reír antes de incorporarse.

—¡Eh! Tampoco olvides volver a casa.

—Eso nunca —le aseguró antes de salir de la habitación.

Él fijó la vista en un punto indeterminado del techo mientras escuchaba las primeras gotas de agua golpear el cristal de la ventana. Desde que Alex le confesó su trabajo como espía del gobierno había aprendido a convivir con el miedo, a aprovechar cada momento con ella y a atesorarlo como algo único e irrepetible.

Solo cuando empezó a vencerle el sueño se dio cuenta de que ella no le había prometido que estaría bien.

Alex se subió a su coche calada hasta los huesos. Que empezara a llover había sido un golpe de suerte, favorecía la realización del plan que había trazado y que llevaría a cabo esa misma noche.

Condujo con la radio apagada hasta que la carretera empezó a acercarse al borde de las escarpadas paredes que flanqueaban el mar en la frontera de Maine con Massachusetts. Puso la música a todo volumen, pisó el acelerador y se preparó para la siguiente curva. Dio un volantazo y precipitó el coche hacia el vacío.

## Capítulo 23

Un sonido estridente y continuo se colaba sin descanso en sus tímpanos taladrándole el cerebro. Un quejido agonizante salió de su garganta al abrir un ojo y sentir los rayos del sol impactando en él.

Ian miró a su alrededor y se sorprendió al verse tumbado sobre la moqueta. Abrió el otro ojo y enfocó los dos en la botella que finalmente decidió vaciar. El molesto ruido provenía de la puerta de entrada y de su teléfono móvil, como si ambos hubieran acordado recordarle por qué era mejor no beber hasta caer redondo.

—¡Ya voy! —graznó poniéndose de rodillas.

Comprobó que podía mantener el equilibrio a pesar de las náuseas y fue a abrir apoyándose en las paredes. Se asomó a la mirilla y apoyó la frente en la madera antes de que Jake entrara.

—Llevo llamándote una hora —le espetó echándole una ojeada—. Cojonudo, Ian. ¿Estás borracho?

—Ya no... Creo —contestó haciendo una mueca al sentir un horrible pinchazo a ambos lados de la cabeza—. ¿Por qué sigue sonando el puto teléfono? —se quejó.

—Más vale que te des una ducha rápida. Tenemos que irnos —dijo cogiéndole de un brazo para llevarlo él mismo al cuarto de baño.

—¿Por qué tanta prisa?

Jake reprimió su frustración y le puso una mano en el pecho para sujetarlo contra la pared. Toda aquella locura estaba empezando a superarle.

—¿Anoche viste a Alex después de que la dejáramos tirada? —le preguntó sin intentar suavizar la realidad.

No había estado de acuerdo con su decisión de marcharse después de que aquel tipo apareciese en escena, pero Ian estaba tan ofuscado que tuvo que elegir entre dejarlo noqueado o sacarlo de allí.

Ian desvió la vista y quiso apartarse. No era buen momento para que su compañero le restregara sus faltas en la cara.

—Es importante —insistió sin mover un ápice la mano.

—Sí, vino a casa más tarde. No llegamos a discutir, yo... creo que le dije

cosas que le hicieron daño y se fue sin... ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué pasa? Esta vez Jake dejó que se moviera. Se llevó una mano a los ojos y se apretó el puente de la nariz.

—¿Te dijo qué pensaba hacer?

—Ya te he dicho que ella se largó. ¿Me estás interrogando? —preguntó sorprendido cuando en su confusión la reconoció la táctica de su amigo.

Jake lo miró y dejó caer los brazos, rendido. De nada servía alargar el momento ni intentar encontrar una forma de darle la noticia sin que le impactara.

—Han encontrado su coche a sesenta kilómetros de Boston. Parece ser que derrapó en una curva. Lo único que sé es que un equipo de buzos iba a hacer un reconocimiento antes de mediodía. Pensé que querrías estar allí por si...

—dejó la frase inacabada para que Ian llegara a la conclusión por sí mismo.

Durante varios segundos no reaccionó. El pasillo pareció alargarse mientras el techo y el suelo se acercaban disminuyendo el pequeño espacio, ahogándolo.

Se sujetó a los hombros de Jake e intentó recuperar el control de sus sentidos, pero el alcohol que aún corría por su torrente sanguíneo no ayudaba.

—Te haré un café mientras te duchas.

Ian se limitó a asentir mientras se dejaba ayudar por su mejor amigo. Se había quedado completamente bloqueado, como si hubiera entrado en un bucle interminable de pesadillas.

Durante la escasa media hora que duró el trayecto, ninguno habló. Jake respetó el silencio de su compañero sabiendo que tenía mucho que asimilar, por eso, cuando llegaron al lugar del accidente, se bajó primero para darle unos minutos más.

La zona estaba acordonada por varias patrullas; una grúa había subido el coche del fondo rocoso y la policía científica se movía alrededor haciendo una primera inspección.

Desde el asiento del copiloto, Ian observó el vehículo destrozado sin terminar de creer que aquello hubiera sucedido de verdad. Tenía la impresión de estar sumergido en una pesadilla infinita y nada de lo que hiciese podría sacarle de ella.

Su teléfono volvió a sonar y lo sacó de la chaqueta para ver el número. Era Becky. Llamaba por enésima vez, pero él no sabía qué decirle y prefería no contestar. Como el cobarde que era.

Ulrich, así lo había llamado ella, no se había equivocado. No había sabido

protegerla, al contrario, la había empujado a eso.

El sonido del móvil comenzó de nuevo y cerró los ojos antes de descolgar.

—Solo quiero saber si ella estaba en el coche. —La voz extrañamente serena de Dennis le hizo mirar de nuevo el vehículo.

«Haré lo que sea necesario».

Durante un instante, todo a su alrededor desapareció y las palabras llenas de ira y pasión de Alex resonaron en su cabeza como si las acabara de escuchar.

Volvió a mirar al coche destrozado y murmuró una disculpa antes de colgar. Algo no encajaba, aunque no estaba seguro de si era su propia esperanza la que le hacía desear que lo que tenía delante solo fuera el truco de un ilusionista.

Se bajó del turismo de Jake y caminó despacio hacia el montón de chatarra, pero se detuvo al reconocer la figura de un hombre a varios metros.

Ignoró la mirada inquisitiva de su compañero y avanzó más allá de la cinta policial. Hizo amago de agarrar la pistola que siempre llevaba en la sobaquera, pero maldijo al recordar que había salido de casa sin ella.

Apretó las manos en dos puños y endureció la expresión de su rostro mientras sus pies parecían volar sobre el asfalto.

Ulrich levantó la vista de las señales de la carretera y escondió las manos en los bolsillos del pantalón esperando a que llegara hasta él. Sonrió sin querer al notar la furia que emanaba a cada paso.

—¡Debería matarte! —exclamó Ian apuntándolo con un dedo cuando lo alcanzó.

—Ponte a la cola —replicó con tranquilidad.

—Tú sabes dónde está.

—No, no lo sé —aseguró, aunque se abstuvo de decir «todavía».

—No juegues conmigo, Ulrich. Se trata de Alex —dijo como si eso lo explicara todo.

—Precisamente porque se trata de Alex estoy aquí —reconoció mostrando por primera vez al hombre que era en realidad.

Ian lo observó con curiosidad. No tenía buen aspecto ni parecía tan frío y seguro como otras ocasiones. Tampoco era indiferente a lo sucedido. Sus ojos no paraban de desviarse del coche a la carretera; fue su inquietud mal disimulada lo que provocó que la angustia volviera a atenazarle la garganta.

—¿Está muerta? —se atrevió a preguntar después de varios minutos de silencio.

—Mira el suelo.

Sin entender el motivo de por qué le pedía eso, obedeció, pero no vio nada importante.

—No hay nada —contestó exasperado.

—Exacto. No hay señales de frenada —explicó mirándolo de forma significativa.

—¿Estás diciendo que... lo hizo a propósito? —preguntó controlando el tono de su voz—. ¿Tiene esto algo que ver con Steve?

—Nunca he conocido a nadie tan testarudo e imprudente. —Suspiró—. Ni tan valiente, fuerte y con esa determinación. Tenía talento innato cuando llegó a la agencia, yo solo la enseñé a aprovecharlo en su beneficio. Si hay algo en lo que siempre ha destacado es que ha protegido a los suyos sin importarle las consecuencias.

—Parece que la conoces muy bien.

Gil posó sus ojos marrones en el policía y esbozó una mueca; después se masajeó la nuca con cansancio. Era consciente de que no había sido un buen apoyo, ni un buen compañero y mucho menos un buen amigo. No había parado de presionarla desde que había vuelto a su vida y había permitido que sus emociones le controlaran.

Cualquier cosa que le sucediera sería culpa suya.

Se giró y empezó a caminar por el arcén alejándose de Ian.

—¡Ulrich! —le llamó el policía. Solo cuando le miró volvió a hablar—. Son mi familia. Déjame ayudar.

Gil lo observó un breve segundo antes de asentir.

—Contactaré cuando averigüe dónde están.

Ian lo vio alejarse sintiendo el peso que tiraba de su alma un poco más ligero.

—¿Ese era...? —Jake apareció por su espalda.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó sorprendido al ver a Ian mucho más relajado.

—Que Alex ha ido a buscar a Steve. —Le colocó una mano sobre el hombro y consiguió sonreír al ver cómo sus labios se entreabrían y sus cejas se arqueaban—. Volvamos a Boston. Tenemos un montón de casos que no se van a resolver solos.

—¿Estás seguro?

—Ese tío está enamorado de Alex y no me preguntes por qué, pero confío en él.

Ulrich se subió a su todoterreno y se llevó el móvil a la oreja, encendió el motor y puso en funcionamiento el aire acondicionado. Después de un par de tonos, Charlie contestó.

—¿Te has arrepentido ya de jubilarte tan joven? —dijo a modo de saludo.

—¿Jubilarme? Alex no para de darme trabajo extra —se quejó.

La risa de Charlie le hizo sonreír, aunque nada de todo aquello tenía la menor gracia.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó divertido.

—Estrellar su coche y fingir su muerte. —Su voz sonó seca e irritada.

Escuchó a su especialista informático carraspear al otro lado de la línea telefónica y reprimió un suspiro.

—Espera un minuto —le dijo adivinando lo que Ulrich quería pedirle—. Mierda... —murmuró lo suficientemente alto para Gil diera un respingo.

—¿Qué pasa?

—Pues que ha cortado la señal del localizador y no sé dónde cojones está. Te juro que fui muy discreto cuando se lo coloqué en Cincinnati.

Gil guardó silencio mientras su mente analizaba sus opciones a toda velocidad. Su equipo siempre había trabajado con ese extra de seguridad y todos y cada uno de sus miembros sabían que bajo ninguna circunstancia debían quitárselo. Que ella lo hubiera hecho le demostraba hasta qué punto estaba cabreada.

—Oigo tus pensamientos como si le hablaras directamente a mi cerebro. Mira, sé que tu historia con ella es complicada y que se cortarías la lengua antes de admitir que no puede hacerlo todo sola, pero esto ha sido una llamada de socorro más grande que el Pentágono. Ve a buscarla, Ulrich. Te daré toda la cobertura que pueda.

—Gracias, Charlie.

—¿Disculpa? ¿Acabas de darme las gracias? Esto tengo que grabarlo...

Gil cortó la llamada cuando las risas de su amigo resonaron dentro del coche.

Sin el localizador tardaría un poco más de tiempo en averiguar dónde había ido, pero no importaba. Charlie creía que Alex lo había hecho para llamar su atención; él pensaba justo lo contrario, que era su forma de decirle que no lo quería en su vida.

En cualquier caso, nunca se abandonaba a un compañero y Alex siempre había sido mucho más que eso.

# Capítulo 24

Había seguido la pista de la furgoneta en la que lo habían trasladado hasta una gasolinera en dirección sur, a las afueras de Boston. Pero después de eso se había quedado sin un rastro que seguir. Había ido a la estación de servicio y había preguntado discretamente, pero nadie recordaba el vehículo ni a ninguno de los hombres que iban en él. Así que había decidido hacerle caso a su instinto y había viajado a Filadelfia, el lugar dónde todo había empezado para Steve. Si querían deshacerse de él lo más lógico era que lo hicieran en un terreno que conocieran y manejaran con seguridad.

Había entrado en los servidores del FBI y pirateado el expediente del caso; con los pocos recursos que tenía, había colocado cámaras inalámbricas frente a los lugares donde solían operar y, desde entonces, simplemente esperaba. Y eso la estaba matando porque sentía que estaba perdiendo un tiempo precioso, tal vez, en el lugar equivocado.

Metió la mano dentro de la bolsa de patatas fritas y se llevó un puñado a la boca para masticarlas con rabia. Era lo único comestible que había encontrado en la despensa de Steve y estaba hambrienta y de muy mal humor.

Clicó en otra de las imágenes y agrandó el reproductor de video para ver a un par de hombres acompañando a varias muchachas al interior de uno de los bares que Finch dirigía. Pero esos hombres tampoco eran los que habían metido a Steve en la furgoneta.

Se limpió los dedos en la pernera del pantalón y se reclinó en la silla de la cocina donde había instalado todo el sistema informático. Redujo la pantalla al mismo tamaño que las demás y maldijo su poco espacio de maniobra.

—Si tuviera el programa de reconocimiento facial... —meditó para sí misma. Pero eso implicaría llamar a Charlie y después de descubrir que le habían colocado un localizador subcutáneo sin decírselo estaba muy enfadada. Le había extrañado que Gil siempre apareciera en el mismo momento y lugar que ella y después del último encontronazo estuvo casi segura. Descubrió el pequeño pinchazo a la altura de la cadera y la sorprendió que se lo colocaran sin que lo notara, aunque no estaba segura de cuál de los dos había sido ni cuándo.



Se levantó de la silla y caminó por la pequeña cocina del apartamento de Steve mordiéndose el labio.

Llamar a Charlie sería como enviar una bengala de color amarillo fosforito a Ulrich y no estaba segura de querer volver a ver su mirada llena de odio.

Miró la pantalla de nuevo y suspiró. Se trataba de la vida de Steve y ni su orgullo ni su posible dolor tenían cabida.

Cogió el móvil de prepago que había llevado consigo y marcó su número esperando que aún fuera el mismo.

—Deberías saber que nunca contesto llamadas de números ilocalizables.

—¿Y por qué has contestado esta?

—Porque esperaba que fueras tú. Joder, H, ¿en serio era necesario montar toda esa pantomima? —La voz de Charlie estaba llena de reproche.

—Intentaron matar a mi hermano, Charlie, pusieron mi piso patas arriba y me dejaron una amenaza clavada con un puñal en mi puerta —replicó harta de tener que excusar sus acciones—. Quitarme de en medio fue lo único que se me ocurrió para seguir con esto sin poner en riesgo la vida de mi familia. Además, tienes muy poca vergüenza echándomelo en cara cuando me inyectaste un localizador sin decírmelo —se aventuró a decir esperando confirmación por su parte.

—Ya conoces el poder de persuasión de Ulrich —se limitó a decir sin ningún tipo de arrepentimiento.

—Necesito tu ayuda, ¿vas a dármela o no? —No quería hablar de Ulrich y mucho menos perder el foco que la había llevado hasta allí pensando en él.

—Tú pide y ya veremos —dijo impregnando de humor su tono de voz mientras ponía en marcha el sistema de localización de llamadas esperando que Alex aguantara lo suficiente para que funcionara.

—Necesito encontrar a dos tipos. Las imágenes no son muy buenas, pero es lo único que he podido conseguir. Te las estoy enviando. Por favor, date prisa con esto.

—¿Quiénes son? —preguntó intentando ganar tiempo.

—Estoy en Filadelfia, Charlie, solo tenías que preguntarlo —dijo antes de colgar.

Charlie bufó mientras tecleaba a una velocidad asombrosa.

—No entiendo la manía que tenéis los dos de dejarme siempre con la palabra en la boca —se quejó—. ¿La has oído?

—Sí. Pásame la información cuando la tengas —dijo Ulrich colgando a continuación.

—Genial, chicos. Es un placer volver a trabajar con vosotros —murmuró el informático trabajando a toda velocidad.

Alex tiró el teléfono sobre la mesa y se atusó el pelo, nerviosa. No estaba convencida de haber hecho lo correcto, pero era crucial comprobar dónde estaban esos hombres y esa era la manera más rápida y eficaz de hacerlo.

Echó un vistazo a las pantallas y vio otro puñado de mujeres entrando en uno de los pubs.

Debería quedarse allí, oculta, esperando, pero la paciencia nunca había sido una de sus virtudes.



El apartamento estaba en completo silencio a excepción de un extraño ruido amortiguado que provenía del interior. Ulrich lo siguió hasta la cocina, donde encontró dos ordenadores portátiles conectados a una torre de discos duros con ventiladores, que provocaban aquel sonido.

Echó un vistazo a las pantallas y las ignoró volviendo a salir al pasillo. Registró todo el piso buscándola; encontró una bolsa llena de cabello en el cuarto de baño y diferentes tintes para el pelo, así como maquillajes y prendas de ropa muy alejadas de la mujer que él conocía.

Maldijo en voz alta al presuponer que había salido a buscar por su cuenta la información que Charlie había encontrado. No debería sorprenderse, más ahora que ya no tenía nada que perder. Solo esperaba que esta vez no cometiera ninguna estupidez si apreciaba la vida de su amigo.

Volvió a la cocina y buscó entre las notas que había sobre la mesa. Si iba a salir a buscarla, quería tener al menos un lugar por el que empezar.



Los barrios de la zona norte de Filadelfia no tenían nada que envidiarle a las zonas más deprimidas y decadentes de Estados Unidos. Los edificios, repletos de grafitis enormes y las calles, destrozadas y llenas de basura, convertían el paisaje en un lugar para el olvido. A Ulrich no le extrañaba que el centro de

operaciones de Finch estuviera ubicado allí, donde podía atraer fácilmente a los jóvenes con promesas que nada tenían que ver con la realidad.

Finch regentaba cuatro locales de copas y varias tiendas de licores y, aunque la policía los había clausurado una decena de veces, su actividad criminal no había cesado. Tráfico de armas, prostitución y trata de mujeres eran sus principales fuentes de ingresos, a lo que se sumaba la reciente gestión de los canales de distribución de drogas de Leonard Preiss.

Un hombre que controlaba toda una organización de esas características era de suponer que no se marcharía dejando todos sus negocios sin nadie al mando y esa era la principal razón de que Ulrich se hubiera decidido a buscar a Alex.

La conocía mejor que a sí mismo y su mayor temor era que se aventurara a buscar a Steve sin tener todos esos datos en cuenta. Ella era muy capaz de entrar pegando tiros sin medir el peligro que podía correr.

Aparcó el coche a un par de calles de distancia y se abrochó la chaqueta hasta el cuello al sentir una ráfaga de aire helado colarse por el cuello de su camisa. Anduvo hacia el local y observó las motos de alta cilindrada estacionadas en la puerta; una pareja se besaba en las sombras del lateral y un grupo de jóvenes fumaba marihuana sentados en la acera.

Algunos lo observaron sin disimulo cuando se acercó, evaluando su ropa, sus zapatos y el reloj de su muñeca, pero parecieron descartarlo tan pronto lo vieron de cerca.

Las luces de neón refulgiendo en la oscuridad le dañaron los ojos al entrar en el bar, la música sonaba estridente y el ruido de las voces y las risas no mejoraba el ambiente.

Rodeó algunas mesas para acercarse a una esquina de la barra, esperó a que uno de los camareros le atendiera y pidió un whisky solo con hielo; cogió el vaso y se acercó al borde de la pista de baile para buscar a Alex con la mirada.

El lugar tenía un piso superior al que se accedía por unas escaleras laterales, en las cuales había un tipo enorme impidiendo la entrada. Cerca de la barra había otra puerta, también custodiada, y distinguió varios grupos repartidos en parejas por toda la superficie del local. No tenía claro si su objetivo era vigilar a posibles víctimas de secuestros o que no hubiera ningún altercado con los camellos que pasaban drogas. En cualquier caso, eran demasiados para reducirlos entre los dos.

En su campo de visión se coló el movimiento insinuante de unas caderas embutidas en unos leggins de cuero brillante negro, que cubrían unas piernas

interminables sostenidas sobre unas botas de caña alta. La blusa, negra y transparente, mostraba más que ocultaba el diminuto sujetador con pedrería que ensalzaba el más que proporcionado busto de la mujer.

Su pelo, rubio platino, era muy corto y rapado en la nuca, por lo que dejaba ver el nacimiento de un tatuaje y unos pendientes largos con flecos que llegaban a acariciar la tela que cubría sus hombros.

Fue el tatuaje lo que hizo que empezara a descartar la idea de que aquella mujer fuera Alex y giró la cabeza al tiempo que la mujer fijaba su mirada en él, haciendo que detuviera el movimiento. A pesar del pelo, el maquillaje ostentoso y los piercings que adornaban sus cejas y nariz, sería capaz de reconocer esa mirada felina, que le había perseguido en sus sueños y pesadillas, entre un millón.

Se llevó por inercia el vaso a la boca, aunque no le apetecía beber, y esperó a que ella se acercara primero; sin embargo, se alejó hacia el otro extremo de la pista balanceándose sobre unos tacones de vértigo que atraían la mirada de medio bar.

La descubrió bailando en el lugar perfecto para que la pudieran ver desde el mirador de la planta superior, con los ojos cerrados y los brazos en alto, como una sirena llamando a los marineros a la muerte.

Ulrich casi sonrió al imaginar a los pobres incautos cayendo en su canto irresistible, pero la sonrisa se le torció en cuanto vio a uno de los hombres agarrándola de un brazo y arrastrándola hacia las escaleras que había localizado al entrar.

Si quería llamar la atención de los matones de Finch, desde luego lo había conseguido. Y él estaba a punto de convertirse en el novio celoso. Apuró lo que quedaba del vaso y lo dejó en la primera superficie que encontró mientras la seguía.

—¿Adónde coño crees que te llevas a mi novia? —gruñó arrastrando la voz y dejándose caer sobre el cuerpo del hombre, como si estuviera borracho, y así disimular un certero golpe en las costillas que lo dejó sin respiración.

—¿Qué estás haciendo? Por fin iban a llevarme al piso de arriba —siseó enfadada cuando Ulrich sustituyó el agarre del desconocido por el suyo y la llevaba en dirección contraria.

—Claro, para que te drogaran y te metieran en uno de esos contenedores con destino a Dios sabe dónde con otra veintena de mujeres.

Ella le miró dolida y dio un tirón para librarse de su mano, pero la sujetaba con tanta fuerza que le resultó imposible.

—Estoy harta de que penséis que soy una loca descerebrada.

—¡Pues deja de comportarte como una!

Alex le pisó con la aguja del tacón y consiguió lo que pretendía: que la soltara y hacerle daño a la vez.

Sorteó a la gente que bailaba frenética en el centro de la sala y salió a la calle hecha una furia. Tiritó al notar el aire helado atizarle la piel, pero enseguida unas manos colocaron una chaqueta sobre sus hombros. Ella se la cerró a la altura del pecho sin agradecer el gesto.

—Tú sabes de lo que soy capaz porque tú me lo enseñaste, así que para ya de echarme en cara mi supuesta falta de profesionalidad. Si he tenido que llegar a esto es porque me habéis dejado sin elección. Además, te esperaba hace una hora y sabes que odio que me hagan esperar.

—Encontré algo de tráfico —dijo Gil reprimiendo las ganas de reír cuando ella lo miró como si quisiera matarlo—. De todas formas, ibas a arriesgarte para nada; Steve no está ahí.

—Steve no está ahí —canturreó burlona—. Podrías darme una buena noticia, para variar.

—Charlie encontró a tus hombres en los alrededores de un polígono industrial a varios kilómetros de aquí, un poco más al norte. Los satélites muestran bastante actividad de personal y vehículos, los suficientes para que tú y yo no bastemos para una operación de rescate.

—Podemos pasar información encriptada al FBI y que ellos organicen un equipo de asalto.

—Tardarían semanas, Alex, y creía que tenías prisa —comentó alzando una ceja.

—Odio cuando te pones paternalista —refunfuñó.

—Solo intento ser el compañero que no he sido estas últimas semanas —confesó antes de carraspear y rozar con los dedos el contorno del tatuaje que nacía en su nuca.

Alex fijó los ojos en los suyos sintiendo cómo la piel se erizaba debajo de la chaqueta sin que el frío tuviera nada que ver. Su cuerpo reconocía su contacto como si el tiempo no hubiera pasado y su mente se llenó del recuerdo de otra noche en otra ciudad, de los dos temblando de frío debajo de un puente esperando a que su equipo los evacuara. Él la había abrazado por todas partes transmitiéndole todo su calor, susurrándole tonterías para mantenerla despierta, con la cara enterrada en su cuello y los labios pegados a su piel acariciándola con su cálido aliento.

Deseó que la besara donde la estaba tocando, pero bajó la mano por su espalda presionando ligeramente para que se pusiera en movimiento, rompiendo la magia.

Alex lo miró de reojo dejándose llevar. La barba de varios días y las profundas ojeras le daban un aspecto demacrado y tenso, aunque su mirada seguía teniendo esa determinación y seguridad en sí mismo que siempre la habían atraído. Y no solo eso, sino su férrea honestidad y capacidad de saber lo que estaba bien y lo que no. Siempre había sido el espejo en el que mirarse y se había esforzado mucho por no defraudarlo y estar a la altura de lo que esperaba de ella. No podía entender cómo no se había dado cuenta antes de que cuando estaba con él estaba en casa, de que nada más importaba y que no tenía que fingir ser otra persona.

Ulrich notó su mirada fija en él y frunció el entrecejo con desconfianza. Esperaba una explosión iracunda cuando le dijo que Charlie le había pasado la información antes que a ella, pero que no hubiera reaccionado le ponía a la defensiva. Alex se limitó a sonreír, lo que provocó que acentuara aún más su ceño.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó ella con suavidad.

—Llamar a tu novio —contestó torciendo la boca en una mueca involuntaria.

—¿Y luego la loca soy yo? —exclamó sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Steve es su hermano y quiere ayudar. No veo el problema. Es inspector de homicidios, al menos sabrá utilizar una automática, ¿no?

—Gilbert...

—Sube al coche, Alex, tenemos mucho trabajo que hacer y estás llamando demasiado la atención.

Ulrich se subió al vehículo sin darle opción a réplica mientras la escuchaba soltar una sarta de improperios todos dirigidos hacia su persona y sus labios se elevaron en una sonrisa auténtica.

Había echado de menos esas discusiones, trabajar a su lado, su intolerancia a las órdenes... Volvía a sentirse vivo y pensaba aprovechar cada minuto de esa última misión a su lado.

# Capítulo 25

Seguir en el apartamento de Steve era arriesgado, así que trasladaron el centro de operaciones a un motel apartado del centro urbano. Ulrich había desaparecido durante algunas horas y había vuelto con el maletero del coche lleno de material balístico: armas, bombas de humo, explosivos, detonadores y hasta un dron que no quiso explicarle de dónde había sacado. Alex supuso que del mercado negro, pero no insistió. Lo necesitaban si querían hacer el ruido suficiente para sacar a Steve del almacén donde lo tenían retenido y salir indemnes.

Todavía le escocía que Gil quisiera involucrar a Ian y no quiso analizar sus motivos, pero era cierto que necesitaban toda la ayuda posible. No se habían despedido en muy buenos términos y no confiaba en que Ian fuera lo suficientemente maduro para no dejar que sus sentimientos personales influyeran en la operación.

—Hay cámaras aquí, aquí y aquí —dijo Ulrich rodeando con un rotulador rojo los puntos en el mapa—, pero no me preocupan, podemos inutilizarlas fácilmente. Deberíamos intentar el asalto desde la zona de carga y descarga y entrar en línea recta hasta esta zona. Ojalá hubiera podido conseguir uno de esos sensores que ven personas a través de paredes, pero con tan poco tiempo... Tendremos que conformarnos con las imágenes infrarrojas del dron —comentó estirando el brazo por encima de la colcha para coger un trozo de pizza.

Estaban tumbados el uno junto al otro sobre la cama, estudiando los mapas y planos que habían conseguido en las últimas horas y con los que estaban intentando idear un plan de rescate. La noche anterior habían conseguido sobrevolar la vieja fábrica industrial con el dron y sacar imágenes que mostraban una veintena de puntos rojos repartidos por toda la propiedad. Una de esas manchas era una figura tumbada en una habitación, la cual estaba custodiada por otras dos que no se movían de la puerta.

Tenía que ser Steve. No había cabida para otra conclusión. El problema era que tenían que atravesar toda la nave, un almacén y una sala llena de gente para llegar hasta él. Perderían el factor sorpresa una vez lo localizaran y,

además, ignoraban su estado físico, por lo que salir por el mismo sitio sería un auténtico suicidio.

—La entrada no será un problema. Lo haremos como en Lyon.

—De eso nada. Todavía no sé cómo me dejé convencer para que lo hicieras —gruñó cogiendo otro trozo de pizza.

—Porque era una idea cojonuda y lo sabías.

—No. Además, no creas que he olvidado que no estás recuperada del todo. Subiré al tejado de esta nave —la señaló en el callejero— y limpiaré la entrada desde ahí; después me reuniré contigo y entraremos juntos. Cole nos esperará en este punto y, cuando tengamos el paquete, volaremos el muro con C4. No debería llevarnos más de siete minutos.

Siete minutos. Era factible con Ulrich de su parte.

Lo miró mientras comía concentrado en los planos y tuvo que reprimir el deseo de pasar sus dedos con ternura por su cabello ensortijado. Era el mejor estratega que había conocido y un francotirador excepcional. Era muy capaz de «limpiar» la zona antes de que ninguno se diera cuenta de lo que pasaba y así mantener el factor sorpresa hasta que fuera demasiado tarde para que pudieran reaccionar.

Sintió el nerviosismo de la acción acelerando sus pulsaciones y sus músculos tensarse, preparados. Paseó la vista por el cuerpo cincelado de Gil y se humedeció los labios al sentirlos reseca. En otras circunstancias, un solo gesto o murmullo habría sido suficiente para que se amaran como si fuera la última vez y no estaba segura de cómo mostrarle que seguía siendo así.

El deseo de tocarlo venció al temor de ser rechazada y cedió al impulso de rozar su mandíbula sin afeitar con las yemas de los dedos. Tragó saliva y cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, se encontró con la mirada preocupada de Ulrich taladrándola.

—Saldrá bien —le dijo suavizando la voz.

—Lo sé. —Forzó una sonrisa—. Es solo que... te he fallado muchas veces, sin embargo, tú siempre estás ahí y no creo que lo merezca.

—No podría estar en ninguna otra parte —murmuró cubriendo la mano de ella con la suya y girando la cara para posar sus labios sobre su palma—. Somos compañeros, ¿no?

Estaba cansada de ser fuerte, segura y valiente; tenía ganas de llorar y no quería que él la viera. Apartó la mano disimulando su decepción y se despezó antes de levantarse de un salto.

—Voy a darme una ducha; Ian no tardará en llegar y tendremos que ponernos



en marcha.

Ulrich la observó encerrarse en el diminuto cuarto de baño sintiendo que acababa de perder su última oportunidad; se giró sobre la cama y quedó boca arriba con los brazos extendidos por encima de la cabeza.

El sonido de la ducha evocó sus recuerdos y un gemido ahogado escapó de entre sus labios. La vio debajo del agua, con la cara levantada, los ojos entornados y una sonrisa relajada mientras el vapor empezaba a rodearla y las gotas acariciaban su piel dejando regueros que recorrían su cuerpo desnudo.

Tenía ganas de romper algo, como la maldita puerta que lo separaba de lo que más quería. Era un verdadero estúpido por seguir amándola a pesar de todo y estaba demasiado cansado de vivir soñando y recordando lo que habían tenido. Ya era tarde para proteger su corazón y era posible que no volviera a tener otra ocasión para entregárselo. Se levantó y abrió la puerta.

Alex estaba sentada en la tapadera del inodoro con la mirada perdida mientras el grifo de la ducha escupía agua todavía fría. Giró la cabeza cuando le escuchó entrar, pero no intentó disimular la humedad de sus ojos, que amenazaba con desbordarse.

—No es solo porque seamos compañeros. No estoy aquí por obligación —dijo sin moverse del umbral—. Si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo...

No quería que se fuera, quería que se quedara con ella para siempre. Se levantó y anduvo hacia él tambaleante, cogió su rostro entre las manos y lo besó con voracidad; las lágrimas que tanto trabajo le había costado contener se escaparon de su control.

Nunca nadie la había hecho sentir así, tan amada y aceptada a pesar de su oscuridad interior. Tal vez porque él era como ella, porque su lucha interna era más llevadera si estaban juntos. Porque no tenían que ocultarse el uno del otro. Echó hacia atrás la cabeza para darle acceso a su cuello y pegó cada curva de su cuerpo al suyo; sentía una necesidad física incontrolable de fundirse con él, de transformarse en uno solo en cuerpo y alma.

Lo que compartían era mágico, algo mucho más profundo que el sexo y que no había comprendido hasta entonces.

Ulrich la separó un poco y la miró a los ojos. Quería comprobar que no había sombra de duda o arrepentimiento, que el fantasma de otro hombre no ocupaba parte de sus pensamientos, pero solo vio pasión y entrega. Su corazón se inflamó de un amor puro y eterno y las palabras salieron solas por voluntad propia, tal vez consciente de que no tendría otra oportunidad de decirlas en

voz alta.

—Te amo...

Notó cómo Alex se estremecía entre sus brazos mientras las lágrimas dejaban un rastro brillante en sus mejillas y una sonrisa resplandeciente y emocionada iluminaba su rostro.

Él comenzó a devolverle la sonrisa y acercó de nuevo su boca a la suya. Se moría por volver a saborearla, por abrasarse al sentir su piel, por atravesar el cielo y el infierno como solo ellos eran capaces.

—Gil... yo...

Dos golpes contundentes e inesperados retumbaron dentro de la pequeña habitación y Ulrich cerró los ojos con fuerza sintiendo un dolor punzante en el centro del pecho.

—Debe ser Cole —dijo apartándose de ella a una velocidad agonizante.

—Gil... —Intentó retenerlo entre sus brazos, pero él apartó sus manos de su cuerpo con decisión, aunque la expresión desesperada de su rostro mostrara lo contrario.

—Pronto anochecerá y tendremos que irnos. No tardes mucho —dijo entornando la puerta sin dirigirle la mirada.

—Gil, por favor, no hagas esto. Lo que hay entre Ian y yo no es...

—No importa. Ha sido una estupidez completamente inadecuada y fuera de lugar —la interrumpió cortante—. Tenemos una misión. Concéntrate.

Volvía a ser el agente entrenado para acallar sus emociones y Alex sintió cómo todo se hundía a su alrededor cuando la encerró en el baño dando un firme portazo.

La puerta sonó de nuevo con un golpe y Ulrich no perdió el tiempo en analizar lo que acababa de pasar. Había vuelto a cometer un error de cálculo imperdonable al olvidar que ella pertenecía a otro.

Cogió un revólver y quitó el seguro antes de acercarse a la puerta y abrir. Ian entró en tromba en la habitación mirando a su alrededor.

—¿Está contigo? —preguntó desquiciado.

—En la ducha.

—¿Está bien?

—Pregúntaselo tú mismo —replicó de forma desagradable mirando al otro hombre que le había acompañado y que le observaba con atención—. Tunner... ¿también te ha metido en esto?

—Nunca se abandona a un compañero, ¿no?, sobre todo, si además es un amigo.

Ulrich cerró la puerta y guardó la pistola en la cinturilla del pantalón. Se cruzó de brazos y los miró a los dos intentando controlar la rabia y la frustración que le producía la idea de trabajar con esos hombres.

—Creemos que Steve se encuentra en una vieja fábrica a varios kilómetros de aquí —empezó a explicar.

—¿Creéis? ¿No estáis seguros? —Ian pareció reaccionar al escuchar el nombre de su hermano y dejó de observar la puerta el baño para mirarlo a él.

—Para estar seguros hay que entrar y por eso te he invitado a venir. No hagas que me arrepienta —contestó de malhumor.

Una nube de vapor perfumado invadió el pequeño espacio cuando Alex salió vestida de negro y con el pelo húmedo peinado hacia atrás.

—Vas a conseguir que mi cabeza se llene de canas antes de los cuarenta —murmuró Ian sin atreverse a acercarse a ella y abrazarla como quería, así que se limitó a esbozar un amago de sonrisa.

—Quiero dejar claro que no estoy de acuerdo con que participéis en esto —dijo ella con seriedad sin responder a su sonrisa.

Aquello no era ninguna broma y aunque Gil y ella eran expertos en ese tipo de operaciones, Ian y Jake no, y no estaba dispuesta a cargar también con la muerte de ambos.

—No es tu decisión —contestó Ian mirándola ceñudo.

—Lo sé —replicó mirando a Gil de reojo—. Solo espero que esta vez cumplas con tu parte y no te largues en mitad del operativo.

Ulrich disimuló una sonrisa al notar cómo la cara de Ian se enrojecía y se colocó entre los dos para evitar que la discusión se descontrolara.

—Si estamos todos... —dijo extendiendo los planos encima de la cama, la superficie más amplia con la que contaban—. Yo seré el que dirija la operación, obedeceréis mis órdenes sin discusión y nadie hará nada sin que yo lo apruebe, ¿ha quedado claro? —Esperó a que todos asintieran y fijó la vista en Alex medio segundo. No había atisbo de lo sucedido un rato antes entre ellos y asintió satisfecho. No era el momento de distraerse, había que actuar con rapidez y eficacia y ella tenía toda su confianza en ese aspecto—. Bien, esto es lo que vamos a hacer.



Había cuatro hombres en la zona de carga y descarga de la fábrica; dos

introducían mercancía en un furgón mientras uno los observaba y otro merodeaba por los alrededores con un AK47 colgado del hombro.

Ulrich concentró la vista en la mira telescópica y siguió con el cañón de su fusil al que consideró más peligroso. Cerró los ojos y sintió el aire mover el pelo que caía sobre su frente, el olor a humedad que acompañaba la noche, el ruido de los hombres trabajando a unos metros de él, ignorantes de lo que estaba a punto de pasar.

Abrió los ojos e hizo cuatro disparos consecutivos. Recogió el material y se descolgó por el lateral del edificio colindante para reunirse con los demás.

Jake condujo la furgoneta negra que habían robado a una banda rival hasta la puerta de carga, ocultando la vista de la entrada y los cuerpos diseminados por ella. La intención era que pareciese un enfrentamiento entre bandas, de ahí que ninguno llevara su arma reglamentaria, solo las conseguidas por Ulrich en el mercado negro.

Ian se bajó de un salto y ocupó su posición vigilando los alrededores mientras Alex cubría su cara con un pasamontañas y comprobaba la munición de su automática. En cuanto Ulrich llegó, colocó una mano sobre el hombro de Ian y le dio un suave apretón antes de seguir a su compañero al interior del edificio.

Ian intercambió una mirada preocupada con Jake y miró el reloj de su muñeca. En el tiempo convenido deberían mover la furgoneta a la parte de atrás, abrir las puertas del vehículo para que Alex, Ulrich y Steve pudieran subirse y escapar a toda velocidad. Si no aparecían, deberían irse de inmediato y abandonar la furgoneta y el arsenal.

Sabía que estaba rompiendo todas las reglas y saltándose todas las leyes que había jurado hacer cumplir; su obligación era que se hiciera justicia, no convertirse en verdugo, pero cuando aceptó ir hasta allí sabía que tendría que vivir con las consecuencias de sus decisiones.

Comprobó que el silenciador estaba bien colocado y rezó para no tener que utilizarlo.

La nave principal tenía la altura de tres pisos; del techo colgaba un sistema de grúas anclado a vigas de hierro y toda la planta estaba repleta de maquinaria oxidada que conformaba lo que parecía ser una cadena de montaje.

Alex avanzó detrás de Ulrich atenta a cualquier movimiento a su alrededor, pero tal y como creían, esa parte estaba vacía. Apenas perdieron tiempo en atravesar toda la superficie hasta llegar a la doble puerta de hierro, debajo de la cual se vislumbraba la típica luz de tubos fluorescentes. Ulrich sacó la

cámara endoscópica y la introdujo por el resquicio inferior orientándola de izquierda a derecha. Levantó cinco dedos y después señaló dos al frente, uno a la izquierda y dos a la derecha. Guardó la videocámara y se situó frente a la puerta mientras Alex se pegaba contra la pared.

Respiró hondo y abrió. Disparó a tres de los hombres mientras Alex se ocupaba del resto, como un equipo sincronizado y perfectamente compenetrado sin otro objetivo que concluir su misión.

La sala en la que se encontraban estaba llena de baúles de acero inoxidable con cierre estanco, presumiblemente utilizadas para el tráfico de armas, pero no tenían tiempo de comprobarlo, debían elegir uno de los tres accesos que tenía el salón. Si se equivocaban se encontrarían frente a frente con una veintena de hombres y el plan se vendría abajo. Las imágenes infrarrojas habían mostrado un pasillo custodiado por dos hombres, era posible que en esas horas hubieran trasladado a Steve o que hubiera aumentado el número de guardias, pero no tenían más remedio que arriesgarse.

Steve estaba al alcance de su mano y una emoción desconocida, mezcla de miedo y esperanza, le cerró la garganta.

—Derecha —susurró Ulrich.

El tiempo se les agotaba y no podían dudar. Ulrich atravesó la puerta y operó del mismo modo: cogiendo por sorpresa a los dos hombres que charlaban de forma animada apoyados contra la pared.

Alex esquivó los cuerpos e hizo saltar la cerradura en medio minuto. La habitación estaba a oscuras, pero pudo distinguir la figura de un hombre tumbado en el suelo en posición fetal.

—Steve...

El hedor la golpeó al entrar y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al acercarse a él.

Ulrich cerró la puerta para amortiguar el sonido de la explosión y sacó la linterna; la sujetó con los dientes y comenzó a disponer el C4 por toda la pared con la carga suficiente para hacer un agujero en ella y que no salieran heridos por la onda expansiva.

Alex se agachó junto al cuerpo inerte de Steve y contuvo la respiración mientras buscaba su pulso. Exhaló el aire lentamente cuando lo encontró, débil pero constante. Tenía la cara hinchada y amoratada y la sangre seca cubría gran parte de su pelo; los huesos de la mano derecha sobresalían de forma grotesca a través de la piel y, aunque la visibilidad que tenían solo provenía del pequeño haz de la linterna, le pareció distinguir que le habían arrancado

las uñas.

Notó el sabor amargo de la bilis en la lengua y una arcada estremeció su cuerpo de forma involuntaria.

—Diez segundos.

Sintió más que ver cómo Ulrich se encorvaba sobre ellos un segundo antes de que la pared saltara por los aires. No esperaron a que el polvo se disipara, el ruido de la explosión habría alertado al resto de los hombres de Finch y tenían que largarse sin demora.

—¿Chicos?

La voz de Ian se escuchó amortiguada desde el otro lado del agujero y Ulrich se apresuró a tirar de él hacia el interior.

—Tu hermano no puede moverse, ayúdame a levantarlo.

Se cubrió la cara con un brazo y comenzó a toser cuando las partículas de polvo se introdujeron en su garganta. Los ojos le lagrimearon, pero pudo distinguir el cuerpo de su hermano medio echado sobre la espalda de Ulrich.

—Dios santo... Steve...

Corrió hacia ellos y cargó con parte del peso de su hermano, horrorizado por el deterioro que mostraba.

—¡Daos prisa! —gritó Alex disparando a los hombres que empezaban a aparecer por el lateral del edificio.

—¡Listo!

Alex corrió hacia el asiento del copiloto y saltó sobre él presionando a Jake para que los sacara de allí mientras intentaba alcanzar la puerta y disparaba a la vez.

Jake no se hizo de rogar, giró la furgoneta y pisó el acelerador haciendo volar las ruedas sobre la superficie mal asfaltada del polígono.

Alex se giró en su asiento y miró hacia atrás para ver a Steve acostado sobre el suelo del vehículo y a Ian agarrando su mano con fuerza y con una expresión de absoluto desconcierto en sus ojos.

—No te detengas por nada —le susurró a Jake antes de escurrirse entre los asientos y pasar a la parte de atrás.

Se arrodilló junto a Ian y le abrazó al notar cómo temblaba.

—Se pondrá bien —le prometió con la voz quebrada.

Ian levantó la cara y la miró como si la viera por primera vez; levantó una mano y subió la tela del pasamontañas para verla mejor acariciando su rostro con auténtica devoción.

—Gracias —murmuró—, a los dos... Gracias...

Alex intercambió una mirada con Ulrich y las palabras se atascaron en su garganta. Tenía mucho que decirle, pero no era el momento ni el lugar adecuados, así que sonrió con la esperanza de que él pudiera leer dentro de ella como había hecho siempre.

Gil le devolvió una leve sonrisa e hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza. Por ahora, las palabras tendrían que esperar.

# Epílogo

Le resultaba extraño volver a estar sentada frente a la mesa de su editor esperando una respuesta que estaba tardando demasiado en llegar. Entrar en la redacción una hora antes había sido como revivir una vida anterior, aunque solo hubiesen pasado un par de meses desde la última vez que trabajó allí.

Cuando Guilfoyle terminara de leer su último artículo estaba convencida de que le pediría que volviera, pero para ella todo había cambiado y ser periodista ya no la llenaba. Aquello era su despedida, a lo grande, como no podía ser de otra manera.

—Esto... ¿es de verdad? —preguntó su exjefe después de leer durante varios minutos el extenso artículo.

—El jefe de policía dará una rueda de prensa esta tarde y saldrá en las noticias de las nueve. Si quieres la exclusiva, tendrás que sacarlo en la edición de la tarde.

—Sí, sí, por supuesto... Esto es auténtico periodismo de investigación, Weaver. Nunca he dudado de ti, lo sabes, ¿verdad?

Alex se echó a reír y se levantó del asiento moviendo la cabeza con condescendencia.

—Haz con eso lo mejor que te parezca, para mí se acabó.

—Pero... ¡no puedes dejarlo ahora! Eres la periodista más influyente del estado, la mejor de tu generación... ¡Te subiremos el sueldo!

—Gracias, pero no es lo que quiero.

—¿Es por Hamilton? Sé que ha sido muy duro para todos y más para ti, pero estoy seguro de que él no querría que echaras tu futuro por la borda.

Jess solo era uno de los motivos, pero sus razones eran más profundas y no quería compartirlas con Guilfoyle.

—Gracias por todo, Paul. —Extendió el brazo esperando que él dejara de intentar convencerla y le estrechara la mano.

A pesar de sus continuas discusiones y diferentes puntos de vista, había aprendido mucho a su lado y eso era algo que siempre llevaría con ella.

—Si alguna vez quieres volver, siempre tendrás abiertas las puertas del Mirror. —Utilizó ambas manos para estrechar la suya y sonrió con verdadero



afecto—. Buena suerte, Weaver.

Ella asintió y le devolvió la sonrisa antes de girarse y salir del despacho. Las pocas cosas que conservaba en su mesa de trabajo estaban guardadas en una caja; la cogió con un pequeño suspiro y paseó la vista por la redacción por última vez.



Ian estaba sentado en el sofá con un botellín de cerveza en la mano y un brazo apoyado en el respaldo mientras veía las noticias de la televisión. Cuando empezaron a hablar de la detención de Leonard Preiss y de Roger Finch se incorporó y subió el volumen del aparato.

—¡Ya sale! —gritó.

Alex salió del dormitorio y agarró otra cerveza antes de dejarse caer a su lado. Se miraron sonrientes y chocaron las botellas haciendo un brindis silencioso.

La grabación de Finch dando la orden de ejecución de un agente federal había sido una prueba más que concluyente para poder dismantelar toda su organización. Su detención se había producido en cuanto Steve tuvo la fuerza suficiente para declarar y el ayudante del fiscal de Massachusetts tomó bajo su tutela la investigación del caso. Una vez detenido, no tardó en hacer un trato que implicara la caída de Preiss; su participación en los asesinatos de Davis y Jess y la contabilidad sumergida que establecía una conexión entre el narcotráfico y sus empresas legales fueron determinantes para verlo esposado en todas las cadenas de televisión.

El círculo se había cerrado y, de repente, el futuro se presentaba completamente diáfano e incierto.

—Entonces, ¿vas a volver a Biddeford? —le preguntó Ian mirándola con atención.

—A Dennis ya le han dado el alta, pero necesita rehabilitación, y con el bebé en camino, Becky no puede ocuparse de todo. Además, me he quedado sin trabajo, ¿recuerdas?

—Sigo sin entender por qué has renunciado. Estoy seguro de que Guilfoyle te habrá suplicado de rodillas después de llevarle la exclusiva del caso Preiss

—dijo entre risas.

—Siempre querré ir más allá y... —Suspiró antes de darle el último trago a la

cerveza y ponerse de pie—. Tengo que parar. Lo necesito.

Ian supuso que no solo se refería a descansar de las exigencias del periódico, pero guardó silencio. La siguió al dormitorio y se apoyó en la jamba de la puerta para observar cómo hacía las maletas.

En las últimas semanas habían arreglado juntos el apartamento y sustituido los muebles que no podían rescatarse, lo que les había servido para iniciar un acercamiento y empezar a reconstruir la amistad que tenían antaño, pero no era nada fácil cuando se habían hecho tanto daño y se habían decepcionado tanto. Se querían a pesar de todo y ese tipo de cariño siempre merecía luchar por él; sin embargo, ella seguía distante y fría, triste en ocasiones, y tenía la sospecha de que había algo más.

—¿Has sabido algo de Ulrich? —preguntó con fingido desinterés.

Ella dejó de doblar la blusa que estaba a punto de guardar durante una breve milésima de segundo, suficiente para Ian supiera que había dado en el clavo.

—No. —Metió la prenda en la maleta y descolgó otra del armario.

Ulrich había desaparecido en el hospital después de que llevaran a Steve. Había estado tan preocupada y pendiente de que Ian no se viniera abajo, que cuando quiso buscarlo, él ya se había ido. Había vuelto a dejarla sola sin una explicación, dando por hecho que su vida estaba al lado de otra persona, pero Gil le había confesado sus sentimientos y eso lo cambiaba todo.

Saber que la quería y no poder hacer nada al respecto estaba mermando su espíritu poco a poco.

—Me habría gustado darle las gracias de nuevo —siguió diciendo pendiente a todas sus reacciones.

—Es habitual en él, largarse en cuanto acaba una misión. No te ofendas —replicó esbozando una sonrisa tensa.

—¿Y por qué te ofendes tú? —le dijo con suavidad.

Ella enderezó la espalda y dejó la ropa sobre la cama para mirarlo con el ceño fruncido y el iris ambarino de sus ojos, refulgente.

—Yo no estoy ofendida, estoy cabreada. De todas formas, no creo que sea algo de lo que deba hablar contigo.

Siguió haciendo la maleta, pero su mente ya no estaba ocupada en doblar cuidadosamente la ropa para que no se arrugara. Hablar con Ian de Gil no era algo que pudiera hacer después de todo lo que había pasado entre ellos. Su amigo seguía dolido y tener la certeza de que amaba a otro hombre no sería el camino ideal para suavizar su relación.

Gil se había ido de su vida para siempre y no podía hacer nada para

cambiarlo. Se sentó lentamente en la cama cuando notó que sus piernas no podían sostenerla y que algo muy profundo de su interior se hacía pedazos.

El colchón se hundió cuando Ian se sentó a su lado.

—Nos hemos equivocado mucho tú y yo, pero hay algo que siempre he deseado por encima de todo y es que seas feliz. Siempre.

Le dio un beso en la sien y se levantó para dejarla pensar en soledad. Alex era la persona más testaruda y tenaz que había conocido y estaba seguro de que no dejaría que la felicidad se le escapara de entre los dedos solo por orgullo.

Alex no se movió. Tenía ganas de acurrucarse, llorar y autocompadecerse, pero ese no era su estilo. Y si Gil pensaba que podía confesar sus sentimientos y después librarse de ella como si nada, no se lo iba a permitir. Él mismo lo había dicho, solo juntos podían vencer su oscuridad interior y no iba a dejar que la sustituyera por nada ni por nadie. Nunca.

Se estiró sobre la cama para alcanzar el teléfono, que estaba en la mesita de noche contraria, sin importarle que la ropa se arrugara y se tumbó boca arriba. Buscó el número que quería en los contactos y no se dio tiempo para arrepentirse. Si la felicidad solo dependía de sí misma, iría a buscarla.

—Hola, Charlie. Necesito un último favor.



Escuchó el ruido de la sierra eléctrica mucho antes de terminar de subir la colina por la estrecha carretera de tierra. No le había resultado nada fácil llegar hasta allí, parecía que Ulrich se había tomado muy en serio lo de desaparecer y, exceptuando su llegada a Knoxville en avión, el resto del trayecto había sido arduo y agotador.

Se detuvo un momento para secarse el sudor que resbalaba por el escote de la camiseta y dejó en el suelo la mochila de montañismo que llevaba a la espalda. Estaba a menos de doscientos metros, podía ver un trozo de tejado de madera y lo que parecía la baranda de un porche, pero de repente todo el valor que la había empujado a ir hasta allí se estaba evaporando. Aquel era su espacio privado, su lugar de retiro y tal vez se estaba extralimitando invadiéndolo sin permiso.

«¿Cuándo te ha importado eso?», la azuzó una voz dentro de su cabeza.

—Nunca —afirmó.

Agarró de nuevo la mochila y se la colocó haciendo un gesto de dolor que le

arrancó un gemido. No iba a rendirse al borde de la meta. Si Gil no la quería allí, tendría que decírselo él mismo.

Caminó, decidida, hacia el final del sendero y la construcción de madera rojiza apareció completa ante sus ojos. Una sonrisa embelesada transfiguró su expresión y no pudo evitar girar sobre sí misma para contemplar aquel paraíso en medio de la nada. Aquella tarde, las vistas del lago eran espectaculares, el agua cristalina lanzaba destellos que cegaban los ojos y la vegetación que lo rodeaba impregnaba de colores rojizos cada rincón.

Jamás habría imaginado que Gil tuviera la sensibilidad de apreciar aquella paz y tranquilidad que podían respirarse; los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar que él quiso compartir esa belleza con ella y que su respuesta solo fue el silencio.

Un perro enorme, de raza indeterminada y color negro, empezó a gruñir a un par de metros de ella y todo su cuerpo se tensó. Miró a su alrededor buscando algo con lo que defenderse en caso de ataque, pero no había nada útil. Muy despacio, empezó a deshacerse de la mochila para ganar en agilidad si tenía que salir corriendo. Era fundamental que el perro no la considerara una amenaza, pero tampoco era aconsejable mostrarse temerosa o débil, así que abrió las piernas y afianzó su posición.

—¡Quieto! —ordenó con autoridad; sin embargo, el perro enseñó los dientes y gruñó un poco más fuerte—. Perro estúpido, eres igual de cabezota que tu dueño, ¿eh? ¿Quieres comerme? Te aseguro que soy difícil de roer.

—En eso estoy de acuerdo.

Se había concentrado tanto en el animal que no se había dado cuenta de que Ulrich caminaba con paso tranquilo hacia ella desde un lateral de la casa, limpiándose las manos con un trapo lleno de grasa.

El perro corrió hacia él cuando silbó y saltó a su lado sacando la lengua y empujándole las piernas.

—Buen chico —susurró acariciándole entre las orejas sin perder de vista a Alex, que los observaba mordiéndose el labio.

Había escuchado los gruñidos del perro desde la parte de atrás, pero había pensado que sería algún senderista perdido, ni en sus más remotos sueños habría imaginado ver a Alex allí. Le había cogido tan desprevenido que no sabía cómo reaccionar, así que no se movió, solo la observó controlando las ganas de cogerla en brazos, meterla dentro de la casa y encerrarla con llave.

—Sí —dijo ella de pronto dando un paso hacia delante.

—¿Sí qué?

—Sí a tu pregunta.

—No recuerdo haberte preguntado nada —replicó, confuso.

—Te fuiste sin que pudiera dártela. —Su tono debió revelar algo de resquemor, porque Gil suspiró de forma visible.

—Alex... ¿qué estás haciendo aquí?

Estaba cansado, por eso se había ido, cansado de verla con otro hombre, de saber que nunca podría ocupar otro lugar que no fuera el de ser solo su compañero, de hacerse daño imaginando un futuro diferente cuando el destino no dejaba de señalarles caminos contrarios.

Se había hecho a la idea de que no volvería a verla. Pasara lo que pasara en su vida, no pensaba volver a ella. Quería dejarlo todo atrás, intentar reconstruirse y empezar de cero. Y ahora estaba allí haciendo que su corazón volviera a latir con su sola presencia.

—Cometí un error de cálculo —dijo andando decidida hacia él—. Debí decirte que sí cuando me sugeriste dejarlo todo. Nos habríamos ahorrado muchos malentendidos, y por eso lo hago ahora, así que mi respuesta es sí, me largaré contigo.

Ulrich abrió los brazos por inercia cuando ella se lanzó hacia ellos y la miró con una abierta expresión de esperanza en sus ojos.

—Te fuiste sin que pudiera decirte lo mucho que te quiero.

La boca de Ulrich se apoderó de la suya mientras sus manos la apretaban contra su cuerpo de forma posesiva. No iba dejar que se arrepintiera. La alzó cogiéndola de las nalgas y caminó con ella en brazos hasta la casa. Abrió de una patada y no la soltó hasta depositarla en la cama provisional que había instalado junto a la cristalera.

—No habrá vuelta atrás después de esta noche —murmuró besándola en cada trozo de piel que tenía a la vista—. Estoy cansado de jugar a esto. Esta vez será de verdad, ¿lo entiendes, Alex?

—Para mí siempre lo ha sido —confesó atrayéndolo hacia ella con fuerza mientras una lágrima solitaria resbalaba desde su ojo hasta la almohada.

Gil se apoyó en los codos y la miró con tanta ternura que se sintió avergonzada. Giró la cabeza para que sus ojos no la traicionaran, pero él no se lo permitió. La besó en la frente, en las cejas y en el puente de la nariz para después secar sus lágrimas y abordar sus labios con infinita delicadeza.

—Para mí también...

La besó despacio, una vez, dos..., tiró de su labio inferior con los dientes e invadió el interior de su boca con una pasión que los abrasó a ambos. Se

desvistieron mutuamente sin dejar de mirarse entre susurros y sonrisas, acariciándose, tocándose como si fuera la primera vez, con miedo a que todo se desvaneciera, y, sin embargo, podrían reconocerse entre una multitud. Conocían cada cicatriz y señal que desfiguraba sus cuerpos, cada pequeña hondonada, lo que necesitaban sin tener que decirlo con palabras.

Gil recorrió cada centímetro de su piel desnuda, palpando, mordiendo, saboreando cada rincón mientras ella elevaba las caderas sin dejar de buscarlo. La cubrió con su cuerpo y le levantó los brazos por encima de la cabeza para sujetarla de las muñecas con una mano, mientras que con la otra iba más allá y la invadía provocando que sus jadeos se entrecortaran y su respiración se volviera irregular.

—Mírame, Alex.

Ella hizo lo que le pidió y clavó sus ojos en los de él mientras jugaba con su cuerpo rompiéndolo en mil pedazos. Absorbió su grito besándola y la penetró con una sola embestida liberándola de su agarre. Alex se abrazó a su espalda y acompañó el movimiento de sus caderas al suyo, hasta que un nuevo estremecimiento comenzó a crecer donde sus cuerpos se unían y se expandía para llevarlos a casa.

Se despertó al escuchar un ruido proveniente del exterior. Sin abrir los ojos, agudizó su sentido del oído para asegurarse de que solo era la naturaleza y volvió a oírlo. Se sentó de golpe y un sudor frío le recorrió la espina dorsal al encontrarse solo en la cama.

Hizo amago de coger la pistola que siempre guardaba debajo de la almohada y soltó un bufido de exasperación al recordar que había decidido dejar de ser ese hombre. Se obligó a tranquilizarse. Nadie sabía que estaban allí, nadie les perseguía, nadie les amenazaba; no corrían peligro.

Se levantó despacio y caminó sin hacer ruido hacia la cristalera, por la que se colaba el frío nocturno. Asomó la cabeza y la vio sentada en la terraza abrigada con una manta que la cubría hasta el cuello.

—Me has dado un susto de muerte —la regañó.

Se agachó su lado entre tiritones y la obligó a sentarse sobre su regazo para taparse juntos.

—No podía dormir —dijo echando la cabeza hacia atrás hasta tocar su pecho y poder mirar las estrellas con comodidad—. ¿Crees que lo conseguiremos?

—preguntó después de unos minutos de silencio.

—¿El qué? —quiso saber sin entender del todo a qué se refería.

—Dejarlo todo atrás, olvidar lo que somos...

—Lo que fuimos —la corrigió—. Sí, estoy seguro.

—¿Por qué? —Alex giró la cabeza buscando sus ojos con la duda y el miedo reflejado en ellos.

—Porque, juntos, somos imparables —contestó bajando la cabeza para capturar su boca.

Sintió cómo crecía su sonrisa debajo de sus labios y se sujetó más fuerte a sus brazos. No sería fácil para dos personas con tanto que redimir comenzar de nuevo, pero como él había dicho, juntos eran capaces de todo.

*FIN*

# Agradecimientos

Puede que no lo creas, pero esta es, junto con la redacción de la sinopsis, la parte más difícil. Soy una persona bastante solitaria y el proceso de creación siempre es entre las palabras y yo, pero sin el apoyo de mi familia jamás podría dedicarme a este trabajo que me apasiona, me llena y me hace feliz, así que mis primeros agradecimientos son para mi marido y mis hijos, por comprender mi necesidad de rascar minutos a su tiempo. Sois mi vida entera.

Gracias a Alissa Brontë por estar siempre ahí, por ser mi amiga, mi pepito grillo, por empujarme a superarme en cada historia. Esta novela es tan tuya como mía y decirte gracias no alcanza ni de lejos a expresar todo el cariño y amistad que siento por ti. Espero que nunca te vayas de mi lado.

Gracias a Yasnaia Altube, por hacerme un hueco y ayudarme a ver los defectos que pasé por alto al terminar el primer borrador. Muchísimas gracias por tu ayuda y tu disponibilidad. Esta novela también tiene un pedacito de ti.

Gracias a ti, lector/a, por llegar hasta aquí y acompañarme en esta nueva aventura, espero de todo corazón que la historia de Alex te haya emocionado.



# Otros títulos



Meses antes de que Napoleón se proclame emperador de Francia, llega a oídos de la defensa británica la existencia de una organización de lores ingleses que está financiando las campañas militares del corso. Se hacen llamar La Hermandad y el encargado de averiguar quiénes están detrás de ella es James Sutton, duque de Rutherford, un exmilitar y espía inglés que vive retirado en el campo.

Para lograr infiltrarse, necesita ganarse la confianza del conde Seindfield, un hombre depravado y cruel bajo cuya protección vive lady Sarah, una joven que ha perdido la inocencia y las ganas de vivir debido al maltrato al que ha sido sometida. Sin embargo, todos los planes de James se verán frustrados tras una noche terrorífica de violencia.

El inesperado cambio de rumbo le hará replantearse toda su estrategia, si bien el nuevo objetivo le parecerá mucho más interesante; averiguar lo que se esconde tras la mirada amatista de la joven se convertirá en su único deseo, aun a riesgo de perder su corazón.

Pero no será el único en querer conocer lo que Sarah oculta y una sombra planeará sobre ellos hasta conseguir silenciarlos para siempre.

[Cómprame](#)



La vida de Claire se fundamenta en la rutina: su trabajo, sus alumnos y su almuerzo semanal con sus amigas. Vive en una burbuja de autoprotección que la aleja del dolor pero también de la felicidad. Cuando su mundo se tambalea, algo se rompe dentro de ella y comprende que dejar pasar los minutos no es vivir, así que dejándose llevar por un impulso decide cumplir el mayor de sus sueños: viajar a Escocia.

Volver a encontrarse a sí misma y abrir su corazón no será nada fácil, pero conocer a Gabe, un arquitecto que esconde mucho más de lo que aparenta, hará que su ordenada vida se desmorone y que sus sentimientos latentes se despierten con más fuerza que nunca.

Cuando al volver a casa descubre que todo lo que daba por hecho es mentira, solo persiguiendo a su corazón podrá encontrar todo aquello que siempre ha soñado.

[Cómprame](#)



Una sola pincelada de esperanza puede desmontar toda una vida de oscuridad.

Han pasado diez años desde que Logan se marchó de San Francisco, pero ha llegado el momento de volver y cumplir una promesa que se hizo a sí mismo: destruir al hombre que le arrebató lo que más quería.

Su alma está hecha pedazos y lo único que puede recomponerla es llevar a cabo su venganza, una obsesión que le ha convertido en un hombre frío, oscuro y manipulador. Lo último que espera es que su camino se cruce con el de Allyson Brennan, una artista apasionada y vital que transforma su visión de la vida y que desmonta sus planes uno a uno.

Sin embargo, no todo en Allyson es luz y optimismo. Dentro de ella también hay sombras que se presentan en su vida de manera inesperada justo cuando creía que por fin estaba a salvo, arrastrándolos de nuevo a la más profunda y siniestra oscuridad.

[Cómprame](#)

- (1) Tamara, cariño, despierta.
- (2) ¿Qué pasa?
- (3) Debemos irnos. Vístete. ¡Rápido!
- (4) Me estás asustando.
- (5) Te prometo que estarás a salvo, Tamara.
- (6) ¿Confías en mí?
- (7) ¡Alá es Grande!